

## DEL ANTIGUO AL NUEVO

Avanzando hacia lo bueno - lo mejor, y lo óptimo.

Comparaciones y contrastes entre Juan el Bautista y Jesucristo.

Ricardo Hussey

## ÍNDICE

Prólogo: Por Jesús Giraldo Prieto.

Sobre el Autor.

Introducción.

Capítulo 1.- Gabriel, el ángel de los anuncios.

Capítulo 2.- Yo no soy – Yo soy.

Capítulo 3.- Antorcha que ardía y alumbraba – La luz del mundo.

Capítulo 4.- Juan Bautista vio corrupción.  
Jesucristo no vio corrupción.

Capítulo 5.- Dos muertes muy distintas.

Capítulo 6.- Mayor que todos sus antecesores.

Capítulo 7.- Menor que el más pequeño en el Reino de los  
Cielos.

Capítulo 8.- Bautismo en agua para arrepentimiento.

Capítulo 9.- Bautismo en el Espíritu Santo.

Capítulo 10.- Luz parcial.-

Capítulo 11.- Luz plena (1).-

Capítulo 12.- Luz plena (2).-

Capítulo 13.- Fe que flaqueó y fe que nunca vaciló.-

Capítulo 14.- La voz que clama en el desierto.-

Capítulo 15.- La voz sin igual.-

----- ( ) -----

## PRÓLOGO.

Jesús Giraldo Prieto

Mientras se disipaba la oscuridad de la noche, iba caminando a las afueras del pequeño pueblo que me vio nacer en la meseta castellana. La intención en esa alborada de un caluroso verano era ver el amanecer del nuevo día, mientras buscaba la intimidad con Jesús. Andando entre los rastrojos a la orilla del río, veía los árboles que en mi infancia fueron plantados, crecidos, robustos y llenos de follaje, donde se alojaban decenas de pajarillos que saludaban los primeros rayos del día. El Señor traía a mi memoria este versículo: *“La senda del justo es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto.”*

¡Qué importante descubrir ese destino en Cristo que gobierna la creación terrenal desde su inicio: creced, multiplicaos y llenad la tierra! Quiénes somos de Cristo, hemos sido llamados a experimentar al completo su promesa: *“Yo he venido para que tengáis vida y vida en abundancia.”*

Desde el invierno del año 1992 el autor nos ha visitado con una regularidad anual, hospedándose en nuestro hogar y ministrando la bendita Palabra en las reuniones. Sus visitas siempre han sido de refrigerio, alimento y renovación para la congregación, a la vez que han confirmado nuestras vidas en los principios eternos del Evangelio y de la persona de Cristo. Hemos sido enriquecidos por su sabiduría y pericia acumuladas a través de los años, y respaldadas por una trayectoria sin tacha, ampliamente reconocida, que a los más jóvenes nos amplía la perspectiva. Su ejemplo intachable de servicio abnegado y sacrificado a la iglesia local, reforzado por la disposición a viajar de manera incansable mientras sigue produciendo obras de manera prolija, nos admira y motiva a servir a Cristo.

Con mucha satisfacción y gratitud prologamos este octavo libro, en el que nuestro hermano Ricardo nos espolea a mantener una actitud espiritual de búsqueda intensa de las profundidades de la nueva vida en Cristo. Nos incita a que cada día estemos ávidos de perseguir la continua llenura del Espíritu. Y lo hace exprimiendo pasajes de las Escrituras conocidos por todos y comparando la vida de Juan el Bautista, como representante de lo antiguo, con la de Jesús, modelo supremo de la nueva dispensación de la gracia. Nos impulsa a redescubrir a Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Pero a no quedarnos ahí, sino a proseguir hacia su misión completa: bautizarnos en Espíritu Santo y fuego. Nos ayuda a entender de manera original el bautismo séptuplo.

En unos días cuando la superficialidad se ha introducido en las filas de la iglesia, la pasividad en el diario caminar con Cristo y la mentalidad de espectáculo en las reuniones, el autor nos reta a vivir con una actitud de avance, progreso y superación. A cultivar los hábitos de madurez espiritual de manera sólida y vital.

Con la minuciosidad y sencillez que le caracterizan, desentraña las diferencias entre la muerte de Juan y la de Cristo, la gracia del arrepentimiento y la profundidad de la afirmación enigmática sobre Juan el Bautista: el mayor de todos sus predecesores, y el menor en el Reino de los Cielos. Compara de manera plástica y certera el nacimiento natural con el espiritual, y, con ocurrencia original y única, las siete caras del bautismo del Espíritu Santo.

Nos persuade a esforzarnos por crecer en la plenitud de la gracia, muriendo al yo y dejando que El crezca en nosotros y nuestro yo mengüe. Además nos infunde una sagrada persuasión a vivir enfocados en la gloriosa herencia de los santos en la luz, en medio de una generación sin esperanza que sólo habla del “carpe diem” y el goce egocéntrico de lo inmediato.

También incluye una exhortación a que, como Juan el Bautista, respondamos al llamado de servir en lugares que no son notorios ni concurridos, pero que están en el centro de la voluntad de Dios para nosotros. En definitiva, nos levanta a la superación espiritual en el ejercicio de una fe perfecta e inmovible, como la de nuestro Maestro.

Oro para que mientras tú lo lees y lo meditas tranquilamente, oigas la voz poderosa de Jesús invitándote con ternura a una intimidad más profunda, mientras aguardamos con expectación inefable el glorioso día de estar siempre con El en sus moradas eternas.

*Jesús Giraldo Prieto nació en un pequeño pueblo de la meseta castellana, Mazuecos de Valdeginete (Palencia) el 11 de Julio de 1959.*

*Sus padres le llevan al Seminario Menor Católico de Palencia, de donde pasa al Mayor y la Universidad Pontificia de Salamanca, con el deseo de prepararse para ser sacerdote misionero y hacer los votos religiosos. Sin embargo, su alma tenía muchas preguntas y una gran sed de experimentar al Cristo vivo de los evangelios. Le invitaron a asistir a las reuniones del Grupo Carismático Católico en Salamanca, donde un hermano sencillo le presentó el verdadero evangelio. Tuvo una experiencia de conversión radical, que le llevó a bautizarse en agua y salir de la Iglesia Católica. Cursó la carrera de Profesor de Primaria, especializado en Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca. En 1981 conoció en Londres a la que ha sido su esposa por 26 años y su ayuda idónea en el ministerio. Regresó a España y se integró en la Iglesia Salem bajo el ministerio de Manuel Vidal. Mientras trabajaba como profesor de Primaria y de Inglés, se formó en el ministerio pastoral y de la enseñanza de la Palabra, dando atención pastoral a una pequeña congregación en un barrio de la capital de España durante ocho años. Contrajo matrimonio en Madrid el 8 de Enero de 1983, del que nacieron dos hijas, Ruth y Elizabeth. Además de su formación autodidacta en las Escrituras, el Señor le dio la oportunidad de prepararse en Eastern Pentecostal Bible College, en Peterborough, Canadá. Al regreso en Octubre 1990, con la colaboración sabia y eficaz de su esposa Ester, asumió el pastoreo de la Iglesia Salem en Santurce y Bilbao, donde cuidan la congregación hasta hoy. Han servido en diferentes posiciones a nivel nacional dentro de su propia familia denominacional, a nivel del País Vasco y de España. Ahora están involucrados en las misiones, la plantación de iglesias y el entrenamiento de obreros, mientras siguen como pastores.*

### **SOBRE EL AUTOR**

Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Se convirtió al Señor a la edad de 15 años y poco después de concluir el servicio militar, ingresó en el Centro de Enseñanza Bíblica de la Unión Misionera Neotestamentaria en Temperley, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, donde cursó estudios de 1949 a 1951. Fue allí donde conoció a la que iba a ser su esposa, Sylvia Meyler Charles, con quien contrajo matrimonio en 1958.

Muy poco después se trasladó con ella a Inglaterra, y por 13 años fue funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas, en Londres primero, y posteriormente en Manchester. Durante este período nacieron 4 de sus 5 hijos.

Paralelamente a su trabajo secolar, durante 18 meses fue pastor laico de una asamblea Elim, en el condado de Kent, y a poco de ser trasladado por su empresa a Manchester, pasó a ser miembro del presbiterio de una iglesia en Liverpool, en la cual el Señor derramó ricas bendiciones, y de la cual salieron posteriormente siervos y siervas hacia otras partes del Reino Unido y a muchos otros países también.

En Mayo de 1971 pasó a servir al Señor a tiempo pleno, habiendo renunciado a su cargo en Aerolíneas Argentinas. Desde entonces ha servido al Señor junto con su esposa Sylvia, liderando una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales por casi 7 años, y como misionero en España por poco más de 10 años, y en la Argentina por 5 años.

Actualmente y desde Octubre de 1994, reside con su esposa en Reading, cerca de Londres, estando integrado en el “Earley Christian Fellowship”, en el cual forma parte del equipo ministerial y es además anciano consultivo. Es también consejero de la iglesia de habla hispana C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres.)

A menudo acompañado por su esposa, ha estado realizando por unos buenos años viajes ministeriales, mayormente a España, donde él y ella son bien conocidos en muchas iglesias por casi todo el país, incluyendo las de los hermanos gitanos de Filadelfia. También realizan en pequeña medida visitas ministeriales dentro del Reino Unido, y en el pasado lo han hecho asimismo con regularidad cada año a Irlanda del Sur y Chipre.

Juan Torres, misionero de la Cruzada Mundial de Evangelización, lo conoce desde hace unos 35 años. En una ocasión, al presentarlo en una iglesia de Valencia donde no era bien conocido, lo hizo diciendo de él que muchos siervos de Dios de la actualidad en España han sido formados o enriquecidos por su ministerio.

Éste es su octavo libro, constando la lista de los siete anteriores en la solapa de la contratapa. También tiene en preparación otro más, y si el Señor tarda en Su segunda venida y le prolonga la vida y las fuerzas, abriga la esperanza de poder publicarlo en un futuro no muy lejano.

Reading, Noviembre de 2009.-

----- ( ) -----

## **INTRODUCCIÓN**

### **Avanzando hacia lo bueno, lo mejor, y lo óptimo.**

Estábamos a punto de terminar los manuscritos de nuestra obra titulada “Volviendo a las Fuentes Primitivas.”

Siempre con el ánimo de seguir en la brecha a pesar de la edad avanzada en que nos encontramos, rogamos al Señor que nos hiciese saber sobre qué tema habría de versar nuestro próximo libro.

Estando de gira por España, puntualmente en la localidad de Santiponce (Sevilla), fue como si se abriese y corriese el telón, y se nos presentase en el escenario, con caracteres vivos y frescos, el contraste y la comparación entre los dos personajes del título, Juan el Bautista y nuestro amado Señor Jesús.

En cuestión de menos de una hora fuimos visualizando más de una docena de puntos, muchos de ellos bien conocidos, pero igualmente importantes y suculentos, y sobre todo, traídos a nuestra mente y espíritu con la frescura y la gracia que sólo el hálito de la inspiración del Espíritu divino les puede conferir.

Siguiendo el orden correcto establecido por Dios en las Escrituras – primero la palabra hablada, después la escrita – muy poco después pasamos a compartir oralmente, en una reunión de los hermanos gitanos de Filadelfia, lo que acabábamos de recibir.

Antes de hacerlo de esa forma por segunda vez, y mientras nos encontrábamos sumidos en exquisita comunión con el Señor, tomamos conciencia de que ése podía y debía ser el enfoque y la panorámica de éste, nuestro octavo libro, que habrá de salir a luz en un futuro no muy lejano, si el Señor así lo permite.

Para la portada hemos elegido un cuadro inusual, pero muy hermoso,

que nos ha llamado la atención e inspirado.

Usando la imaginación, en los edificios a la izquierda vemos como una gran la fortaleza a la ley, que es a la verdad santa, y el mandamiento santo, justo y bueno, tal como Pablo nos dice en Romanos 7:12.

Sin embargo, no nos puede impartir vida, dado que nos deja librados a nuestros propios recursos para cumplir sus muy elevadas exigencias. De esta forma, queda como algo estático, sin ninguna posibilidad de avance ni progreso para quienes estén sujetos y amarrados a ella.

Mas en el centro vemos una vistosa embarcación, que ha soltado amarras y se desliza gallardamente, repleta de hombres y mujeres ávidos de descubrir nuevos y vastos horizontes.

En ella visualizamos la nueva y privilegiada dispensación de la gracia y del nuevo pacto en que nos encontramos, que nos libera del yugo insoportable de la ley, y nos transporta gradual y progresivamente a las riquezas inescrutables del evangelio pleno de gracia y de gloria que nos ha legado nuestro Señor Jesús.

A lo largo de los capítulos que irá leyendo, el lector podrá visualizar esto, al ver, uno tras otro, contrastes, diferencias y comparaciones entre los dos personajes protagonistas, Juan Bautista y Jesucristo.

Alguno de los contrastes le hablará por una parte de algo malo, o por lo menos no muy bueno, del primero de esos dos personajes. En contraposición a ello, encontrará en el mismo capítulo – o a veces en el siguiente – la otra cara de la medalla – lo bueno, exhibido en la vida del Señor Jesús.

Eso entrará dentro de lo que llamaríamos “*De lo malo hacia lo bueno.*”

Otros contrastes y muchas diferencias, hablarán de lo bueno en Juan el Bautista, comparado con lo mejor en Jesús. Esto a su vez, caerá bajo el encabezamiento “*de lo bueno hacia lo mejor.*”

Y por último, algunas diferencias nos elevarán de lo bueno o aun muy bueno en Juan el Bautista, hasta lo óptimo o el sùmmum en Jesucristo.

En todo esto estará latente el espíritu de avance, progreso y superación, que siempre proviene del Espíritu del Dios viviente, para con los que pertenecemos al reino celestial.

En el orden terrenal, las cosas van a menos:- después de la primavera de la juventud dorada, gradualmente viene una declinación inevitable, hasta desembocar en el ocaso de la vejez.

Con Dios, nuestra vida entra en el régimen celestial, y así, “*la senda del justo es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto*”, tal como se nos dice en Proverbios 4:18.

Inevitablemente, en algunas partes del libro, al pasar a lo mejor que tenemos en Jesús y en el Nuevo Pacto que Él nos ha legado, nos hemos extendido considerablemente, dejando transitoriamente y por un buen espacio, toda mención de Juan Bautista.

Lo hemos hecho movidos por la necesidad y el desafío de escudriñar en alguna medida, las inmensas riquezas del nuevo régimen, sellado con la sangre del Cordero de Dios. En realidad, el no hacerlo habría equivalido a dejar sin cristalizarse el fin primordial de esta obra, que es el de procurar que comprendamos – por lo menos hasta donde lo permitan nuestras posibilidades como seres finitos – las riquezas superlativas de la herencia que nos ha tocado, como los inmensamente agraciados hijos de Dios que somos.

Oramos al Señor que este nuevo libro, que sale a la luz y se ofrece como siempre a precio muy módico, y sin que derivemos de él ninguna ganancia económica, sirva para despertar una visión más amplia, e infundir una fuerte dosis de renovación, optimismo y fe en los corazones

de los muchos hijos de Dios que, actualmente, por diversas causas, se encuentran en una etapa de estancamiento y sequía espiritual.

Y al mismo tiempo, que sirva como acicate para otros que no están en esas condiciones, para moverlos a sondear y apropiarse de nuevas profundidades y escalar nuevas alturas.

Tanto lo uno como lo otro habrá de colmar nuestras más caras aspiraciones.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 1 – Gabriel, el ángel de los anuncios**

Las Escrituras del Antiguo Testamento se habían cerrado en el último capítulo de Malaquías, prediciendo el próximo acontecimiento de importancia dentro del programa divino.

Se trataba de que el profeta Juan el Bautista – representado simbólicamente con el nombre de Elías – había de venir y preparar el camino del Señor, haciendo volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los hijos hacia los padres.

Cuatro largos siglos habían transcurrido, y dando rienda suelta a nuestra imaginación, podemos pensar en la atmósfera de expectativa, y casi de impaciencia, que podría imperar en medio de las huestes celestiales, que estarían preguntándose tal vez cuánto más tendrían que esperar, hasta ver por fin cristalizarse tan significativo y trascendental evento.

De repente, en el reloj celestial suena la campanada que, por fin, anuncia el próximo amanecer en el planeta tierra, sumido hasta entonces, moral y espiritualmente hablando, en la más densa penumbra.

Se presenta así la necesidad de que un mensajero celestial sea comisionado para descender de las alturas, como pregonero y anunciador de tan feliz e importante acontecimiento.

De entre los millares y millares de seres celestiales, semejante honra recae sobre uno muy distinguido, de nombre Gabriel, que significa *el poderoso de Dios*.

Con ejemplar esmero y la más rigurosa puntualidad, se sitúa dentro del templo en Jerusalén, a la derecha del altar del incienso.

Es precisamente a esa hora – la del incienso – la de la oración.

El piadoso sacerdote Zacarías, marido de la igualmente piadosa, pero estéril y de edad avanzada Elisabet, entra en el santuario para ofrecer el incienso de la manera prescrita en la ley mosaica, mientras el pueblo, afuera, se encuentra orando, habiendo dejado de lado toda otra ocupación.

Él y ella son los agraciados personajes que han de ser padre y madre de la singular criatura, que una vez alcanzada la mayoría de edad, habrá de erguirse en gran profeta del Altísimo, mayor que todos sus predecesores, según hemos de ver en detalle en un capítulo posterior.

Al advertir la presencia del enviado celestial, Zacarías se turba y le sobrecoge temor. Seguramente que nunca le había sucedido algo semejante, pero la voz de Gabriel le infunde calma, al pronunciar las palabras:

*“Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan.”*

Antes de que Zacarías pudiese asimilar bien cuánto significaban esas maravillosas palabras, Gabriel prosigue con su glorioso anuncio, que contenía mucho, muchísimo más.

*“Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno*

*del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre.”*

*“Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos.”*

*“E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver el corazón de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.” (Lucas 1:13-17)*

Anonadado por tan grandiosas promesas, Zacarías responde preguntando cómo ha de saber que eso ha de ser, siendo él muy anciano, y su mujer también de edad avanzada.

Es a esa altura que el inesperado anunciante da a conocer su identidad. Se trata nada menos que del ángel Gabriel, que mora delante del Dios todopoderoso y ha sido comisionado especialmente para traerle esas buenas nuevas.

Al mismo tiempo, advirtiendo una nota de incredulidad en la pregunta de Zacarías, pasa a comunicarle que desde ese momento, y hasta el día en que su profecía se cumpla, habrá de quedar mudo, *“por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.” (1:20)*

Y esto nos lleva al primer punto de contraste.

*El hombre al cual fue el hecho el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista dudó; mientras que, como veremos, la mujer a la cual se le trajo la promesa del nacimiento de Jesús, creyó la palabra que le fue dada.*

*“Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.”*

*“Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería ésta.”*

*“Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.”*

*“Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.”*

*“Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” (Lucas 1:28-33)*

Al recibir la noticia que Gabriel le traía, de que iba a concebir en su vientre y dar a luz un hijo que sería llamado Jesús y sería grande y llamado Hijo del Altísimo, la virgen María también le formuló una pregunta a Gabriel:

*“¿Cómo será esto? Pues no conozco varón.” (Lucas 1:34)*

No obstante, esta pregunta no denotaba incredulidad o duda. Se trataba de querer saber cómo iba a ser semejante cosa, debido a su virginidad, pero sin cuestionar de ninguna forma que en verdad fuese a suceder.

Gabriel, que había advertido la incredulidad de Zacarías, encontró que, por el contrario, en María había fe, y esto último fue confirmado por el Espíritu Santo al inspirar a Elisabet, como parte de su profecía, a exclamar en Lucas 1:45:

*“Y bienaventurada la que creyó...”*

Este contraste que tenemos entre Zacarías y María, puede parecer, a primera vista, un mero detalle, pero por cierto que no lo es. En cambio, se trata de algo muy substancial, de fondo y no de forma, y que apunta a una diferencia importantísima entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Significativamente, con la ayuda de una concordancia, podremos comprobar que en el Antiguo Testamento la palabra *fe* como sustantivo sólo aparece en dos ocasiones a todo lo largo de sus treinta y nueve libros canónicos. (Isaías 57:11 y Habacuc 2:4)

En cambio, en el Nuevo Testamento la tenemos más de doscientas

veces como sustantivo, a lo que hay que agregar las numerosas veces en que aparece como verbo. Debemos tener en cuenta que en el griego, esta acepción del verbo se deriva de la misma palabra fe (pístis).

El régimen del antiguo pacto se basaba en cumplir todas las palabras de la ley mosaica, so pena de caer bajo maldición.

El del nuevo pacto se sustenta por la fe en la obra redentora, consumada y perfecta de Cristo a favor nuestro en la cruz del Calvario, y en toda la provisión de Dios para la vida cristiana.

Al descubrir por la revelación del Espíritu Santo, cuán satisfactoria y maravillosa es, tanto esa obra redentora, como esa provisión divina, de muy buen grado y con mucho gozo, uno deposita en ellas, y en toda la palabra de Dios, su absoluta fe y confianza.

Al mismo tiempo, el eslabón que se rompió en la caída de Adán y Eva – el de creer y confiar plenamente en el Dios y Creador Supremo al que le debemos todo – queda restaurado y restablecido, y así nos encontramos otra vez unidos y en feliz comunión con Él.

¡Cuán hermoso es tener fe en Dios y Su palabra, y confiar plenamente en Él!

Nos trae, más que descanso, un dulce reposo, y además, transforma nuestro panorama totalmente, llenándolo de luz, esperanza y ganas de vivir, amar, luchar y vencer.

Sin buscar hacernos más grandes de lo que Dios nos ha hecho, debemos, no obstante, tener una sana aspiración de que nuestra fe se desarrolle y aumente.

Pablo daba gracias a Dios que la fe de los tesalonicenses iba creciendo. (2ª. Tesalonicenses 1:3)

Cuando los discípulos le pidieron al Señor *“aumentanos la fe”* Jesús comparó a la verdadera fe con un grano de mostaza. (Lucas 17:5-6)

En otra ocasión, denotando el gran potencial de crecimiento del grano de mostaza, Él afirmó:

*“El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol...”* (Mateo 13: 31-32)

Sí, debemos tener una sana aspiración de que nuestra fe crezca y se incremente.

Desde luego que esto no lo lograremos por nuestros propios esfuerzos, pues es un don de Dios. Sin embargo, para que el Espíritu de fe (2ª. Corintios 4:13) encienda y vivifique la fe en nuestros corazones, Él necesita una actitud de búsqueda y de avidez por nuestra parte.

Si nos ve despreocupados por el tema, y sin una saludable disposición y deseo, poco es lo que podrá hacer al respecto en nosotros.

Como medios principales de gracia para esto, tenemos la oración y también la palabra de Dios, recordando que *“la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”* (Romanos 10:17)

Además, sin duda, debemos añadir el ayuno. El mismo no debe interpretarse como una forma de acumular méritos y así merecer el favor de que se nos aumente la fe.

En cambio, es una demostración práctica y palpable de que “vamos en serio” con Dios, y para ello, estamos anteponiendo los valores espirituales y eternos, a los carnales y temporales.

Por otra parte, en la mayoría de los casos el ayuno es muy beneficioso para nuestra salud, y tiene, además, la virtud de fortalecer nuestra fuerza de voluntad.

Aun más que eso, quienes practican debidamente el ayuno, pueden atestiguar que al dar la palabra de Dios lo hacen con mayor peso y



autoridad.

Asimismo, sienten los beneficios de poder orar con más fe por los necesitados, y de gozar de una mayor claridad en el discernimiento de las cosas, pues el ayuno tiende a despejar el espíritu y agudizar así la visión espiritual.

Naturalmente que estas ventajas sólo se cristalizan si, al ayunar, uno se centra debidamente en las cosas del Reino de Dios. Decimos esto, porque es posible ayunar, pero abocarse al mismo tiempo a lo terrenal, lo cual no ha de traer ningún beneficio espiritual.

Que al saber que estamos en la dispensación de la fe y de la gracia del Nuevo Testamento, tomemos plena conciencia de ello, y cortemos y rompamos con la duda y la incredulidad, para ser hombres y mujeres de fe.

Aunque ya lo pusimos en una obra anterior – nuestro segundo libro, “Hora de Volver a Dios” – reiteramos la importancia de que sepamos cuál es la medida de nuestra fe, como fruto del Espíritu y para nuestra vida diaria de relación con el Señor.

Para ese fin – no el de la labor ministerial de cada uno, que difiere en unos de otros según el caso – la medida que se nos ha dado a todos por igual es cuarenta y uno.

Como ya explicamos en ese libro anterior, esta conclusión – que podrá parecer algo extraña a primera vista para algunos – la basamos en el hecho de que en el libro de Romanos – que es el que mayor número de veces nos da la palabrita *fe* – la encontramos 41 (cuarenta y una) veces.

Sin querer ahondar en la numerología – que es, sin embargo, un ingrediente que indiscutiblemente se presenta en las Escrituras – acotamos que el número cuarenta aparece en un buen número de ocasiones.

Citamos las principales: en el diluvio en tiempos de Noé, llovió por cuarenta días; Moisés estuvo en tierra de Madián antes de recibir el llamamiento de ir a liberar a Israel del yugo de Faraón en Egipto, por cuarenta años; los espías enviados a explorar la tierra prometida volvieron al cabo de cuarenta días; Elías completó su marcha épica desde el enebro debajo del cual estuvo durmiendo, al Sur de Beerseba, hasta Horeb, el Monte de Dios, en cuarenta días; nuestro Señor Jesús, al ser tentado por Satanás, estuvo en el desierto por cuarenta días.

Con la sola excepción de los cuarenta días después de Su resurrección, en que Jesús se presentó vivo a Sus discípulos “*hablándoles acerca del Reino de Dios*”, (Los Hechos 1:3), en todos los demás casos el número cuarenta se relaciona con pruebas, paciente espera, tribulación, etc.

Y aquí viene lo de la medida de fe – cuarenta y uno – que se nos ha dado. Una fe que, siempre que la empleemos correctamente, nos habrá de alcanzar para superar las muchas “*cuarentas*” que habrán de jalonar nuestro camino, y todavía sobrándonos uno para echar una mano al que la está pasando mal.

Para algunos, un razonamiento y una conclusión no del todo acorde con la homilética y ortodoxia más depurada. Sin embargo, responde elocuentemente a la verdad incuestionable de que la santísima fe que nos ha sido dada (Judas 3 y 20), nos es bien suficiente para afrontar airoosamente todas las pruebas y contingencias que se nos presenten.

De modo que, a tomar plena conciencia de esa medida – cuarenta y uno – de nuestra fe, y ponerla en funcionamiento en nuestro andar cotidiano.

*Gabriel y lo que se nos enseña a través de él.-*

No debemos cerrar el capítulo sin rendir un cumplido tributo a Gabriel, el ángel de los anuncios, según reza el título de este primer capítulo.

Para no extendernos demasiado, nos ceñimos solamente a las dos intervenciones tuyas que se nos narran en Lucas, dejando de lado las anteriores de que sabemos, que tuvo en tiempos de Daniel.

Es de la más elemental lógica señalar que la primera encomienda que se le dio – la del anuncio del nacimiento de Juan el Bautista – la cumplió cabalmente, con toda puntualidad, esmero y precisión.

De no haber sido así, seguramente que no se le habría vuelto a enviar para la segunda. Pero, habiendo desplegado total responsabilidad y exactitud en esa primera, seis meses más tarde se le volvió a comisionar para otro anuncio, y éste de mucha mayor importancia: el del nacimiento del prometido y tan largamente esperado Mesías, que había de ser el Redentor de la humanidad perdida.

Esto no es sino una forma más – práctica, objetiva y viva – de enseñarnos Dios – en este caso a través de un ángel – la necesidad de que seamos fieles en aquello que se nos ha confiado.

No importa que ello no sea muy grande, ni que los estemos haciendo sin que nadie lo advierta; con tal de que lo hagamos plenamente a conciencia y para el Señor, a su tiempo Él nos habrá de premiar, otorgándonos encargos o tareas de mayor responsabilidad y envergadura.

¡Gracias, Gabriel, por lo que el Espíritu Santo nos enseña y corrobora a través de tu ejemplo!

Danos la gracia, querido Señor, de ser fieles de verdad.

*“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.”* (Lucas 16:10)

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 2 – Yo no soy – Yo soy**

Al ser preguntado por los sacerdotes y levitas *“Tú, ¿quién eres?”* Juan el Bautista respondió: *“Yo no soy el Cristo.”*

Insistieron entonces, preguntándole: *¿Qué pues? ¿Eres tú Elías?”* e igualmente les replicó *“No soy.”* Y como persistieron, inquiriendo si era el profeta, les respondió con un tercer *“No”*, lacónico y rotundo. (Juan 1:19-21)

Posteriormente, al venir los judíos y señalarle a Juan que Jesús, que había estado con él al otro del Jordán, y de quien él había dado testimonio, bautizaba, y que todos venían a Él, volvió a reiterarles:

*“Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo...”* (Juan 3:26 y 28)

En más de una ocasión Jesús afirmó:

*“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...”* (Mateo 16:24; Marcos 8:34; Lucas 9:23)

Este negarse a sí mismo supone, desde luego, negarse a los apetitos carnales, al egoísmo, a la comodidad excesiva e indebida, al conformismo, al lujo, a la ambición personal y muchas cosas más.

Para el siervo del Señor, una de estas *muchas cosas más*, la constituye la importancia de su propia imagen ante los demás – lo que se piensa de él, ya sea en comparación con otros siervos, o bien en cuanto a su ministerio, a su visión, a la unción que reposa sobre él, etc.

Se sobrentiende que sí debe preocuparse de que su conducta y testimonio ante todos sean limpios y ejemplares.

Recordamos haber oído afirmaciones de algunos en el pasado, tales

como:

“Las cintas de mi ministerio son las que más se venden.”

Otro, citando comentarios de terceros sobre su persona:

“Usted, con ese caudal que tiene, hace mucha falta que venga a radicarse en mi país.” o palabras parecidas.

Otro más, después de haberse estado hablando de su ministerio, dijo en voz baja, pero que alcanzamos a percibir: “el mejor del mundo.”

Ésas, y otras similares, nos resultaron algo chocantes, entre otras razones, por haber tenido en nuestra juventud el ejemplo de siervos que eran exquisitamente prudentes y cuidadosos en ese sentido.

Nunca oímos de sus bocas cosas que hayan oído a la autoalabanza, o la proclamación de sus éxitos o de sus propias virtudes. Se cuidaban mucho de no hacerlo, y, a veces, al contar experiencias que habían tenido, tendían a elegir aquéllas en que el Señor los había reprendido o corregido por algún error o desliz – no otras, que seguramente deben haber tenido, en las cuales Dios los usó significativamente para ser de bendición a otros.

Con todo, al citar los tres casos anteriores, no hemos querido ser enjuiciatorios.

Por una parte, reconocemos que esos tres – dos de los cuales ya han partido para estar con el Señor – y cuyos nombres desde luego no divulgamos, fueron buenos siervos, que evidentemente en su tiempo fueron usados por Dios para el bien de muchos.

Por la otra, no dudamos de que no todos han tenido el privilegio de contar con ejemplos tan irreprochables, en esto, que, quizá con un poco de condescendencia, se puede considerar como más bien una cuestión de modales y buen gusto.

Con todo, estos modales y buen gusto, están reflejados en la palabra de Dios:

*“Alábetelo extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos.”* (Proverbios 27:2)

Por lo tanto, nos conviene a todos adoptarlos como un principio normativo en nuestra vida. Esto, de paso, nos servirá para evitarnos el peligro de caer en el envanecimiento, que ha acarreado la ruina espiritual de tantos que corrían bien.

Pero, volviendo a Juan Bautista, vemos que la misma tónica aparece en muchos otros de sus dichos. Veamos algunos de ellos:

*“Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.”* (Marcos 1:7)

*“Este es aquél de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.”* (Juan 1:30)

*“El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos.”* (Juan 3:31)

Muy significativamente, al irrumpir en el escenario y comenzar a desarrollar Su ministerio, el Señor Jesús en muchas ocasiones usó esas otras dos palabras: “YO SOY.”

Las mismas están en abierta contraposición a las anteriores de Juan Bautista – “YO NO SOY.”

Desde luego que en el uso que les dio Jesús, no había nada que se pueda tildar ni remotamente de jactancioso o envanecido. En todos los casos, se trataba de afirmaciones claras y precisas de verdades incuestionables de Su persona, y Su obra como Redentor del género humano.

Si bien son muy conocidas, pasamos a citar algunas de ellas:

*“Yo soy la luz del mundo...”* (Juan 8:12)

*“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida...”* (Juan 14:6)

*“Yo soy la vid verdadera...”* (Juan 15:1)

*“Yo soy el pan de vida...”* (Juan 6:35)

*“Yo soy la puerta...”* (Juan 10:9)

*“Yo soy el buen pastor...”* (Juan 10:11)

*“Antes que Abraham fuese, YO SOY.”* (Juan 8:58)

Tenemos entonces el contraste entre Juan Bautista, que decía *Yo no soy*, y el Señor, que afirmaba *Yo soy*.

Esto nos fija con claridad un principio fundamental en cuanto a todo verdadero siervo del Señor: el de negarse a sí mismo, desde luego que en todos los aspectos, pero en particular en el de no proyectar su imagen, personalidad, carisma, méritos y logros, para que él sea visto y admirado.

Por el contrario, su conducta, espíritu y enfoque han de llevar impresos el *Yo no soy* de Juan Bautista, reconociendo que de por sí y aparte de la gracia divina, nada puede – nada vale – nada sabe y nada tiene.

Al mismo tiempo, y siguiendo también el ejemplo de Juan Bautista, su mensaje y su prédica han de centrarse en proclamar las virtudes, la grandeza y la gloria de Jesús, señalándolo a Él en toda instancia como el único digno de que se le acuerde la preeminencia en todo.

Esta doble proyección de negarse a uno mismo y hacer de Cristo el tema y el centro de todo, desde luego que también la tenemos fielmente manifestada en la vida y el ministerio de los primeros apóstoles después de Pentecostés. Y por supuesto, también se ha hecho y se hace extensiva a todo otro auténtico siervo o sierva del Señor

Desde luego que no se trata de palabras, de decir “Yo no soy nada”, pero con actitudes o aires que luego lo desdicen.

Lo que venimos diciendo es tan conocido, que algún lector hasta se podrá preguntar:

¿Y quién no sabe todo eso?

Sin embargo, a pesar de que con las palabras se diga lo que suena correcto y glorifica a Dios, en tantos casos la gloria del hombre, y su personalidad, unción y ministerio, andan flotando en la atmósfera, y en las loas de muchos admiradores.

Incluso, más de una vez se han colocado grandes cuadros o murales del siervo encumbrado, ya sea en la plataforma o en lugares destacados de los edificios de reuniones, o bien en tiendas de campañas masivas.

No cabe duda de que los buenos siervos del Señor son dignos de honra, y corresponde que se los honre siempre que proceda hacerlo. No obstante, hay una diferencia grande entre hacer esto con sabiduría y recato, y crear, por parte del siervo mismo y sus seguidores o admiradores, un ambiente de continuas loas para con su persona y ministerio.

Y por supuesto que esto también puede llevar a un envanecimiento peligroso, que podría acarrear consecuencias funestas, como en no pocas ocasiones ha sucedido.

Se dice que el círculo de colaboradores de Billy Graham siempre ha escatimado sobremanera los elogios de su persona, teniendo como fin al proceder de esa forma, el evitar que llegase envanecerse – algo muy sabio y digno de tenerse en cuenta.

Resumiendo entonces, el YO NO SOY de Juan el Bautista correctamente asumido en el espíritu de la verdad que contiene, es lo que ha de dar lugar en nuestras vidas y servicio al Señor, a que Él los rubrique con el sello aprobatorio de Sus YO SOY.

Con todo, desde este lugar a que hemos llegado, nos trasladamos

hacia delante, situándonos como hombres y mujeres redimidos en la esfera del Nuevo Testamento.

Sin que esto suponga una contradicción de lo anterior, como beneficiarios de todo el vasto legado que nuestro Señor nos brinda, está, entre muchos otros, el inmenso bien de poder decir, también nosotros, YO SOY.

Nos explicamos, para evitar cualquier confusión.

Antes de experimentar una verdadera conversión, un alma que está buscando a Dios, sentirá y dirá que está intentando o tratando de alcanzar a ser o lograr algo, en esa búsqueda a que está abocada.

Pero, al cristalizarse la misma en un genuino renacimiento, descubrirá que en realidad no se trata de procurar o intentar ser algo, sino sencillamente llegar a serlo, en virtud de ese renacimiento, que es una gracia que se le confiere, y por la cual ahora puede decir con toda certeza:

YO SOY un hijo de Dios – un redimido – un sacerdote, un rey, un santo – un escogido – un amado de Dios.

Pablo expresa esto de alguna forma en 1ª. Corintios 15:10

*“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy...”*

En otras palabras, Jesús, como cabeza de la nueva raza a que ahora pertenecemos, y como el eterno YO SOY que es, nos confiere y otorga que nosotros también podamos afirmar con toda propiedad, pero desde luego sin ningún atisbo de engreimiento:

YO SOY – un hijo de Dios – una oveja de Su redil – un redimido.

No obstante, con una salvedad: por buen gusto y para cerrar toda puerta al egocentrismo, omitimos, como Pablo, el YO y en vez decimos *Por Su gracia soy – un hijo de Dios - soy un redimido – soy un sacerdote- soy un rey- soy un escogido, etc.*

----- ( ) -----

### **CAPÍTULO 3 – Antorcha que ardía y alumbraba – La luz del mundo**

*“Él era antorcha que ardía y alumbraba.” (Juan 5:35)*

Jesús pronunció estas palabras acerca de Juan el Bautista, como testimonio de su persona y del rol que había desempeñado como precursor Suyó.

Un testimonio muy veraz, desde luego, y al mismo tiempo, muy elocuente y significativo.

Juan fue lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre, como se nos dice en Lucas 1:15.

Una vez llegada la hora de su manifestación a Israel, (Lucas 1:80b), la palabra que Dios le había encomendado brotaba limpia, clara y valiente, de su corazón – un corazón que ardía con la llama con que el Espíritu Santo lo había encendido.

Esa palabra ardiente era una luz que alumbraba en medio de las densas tinieblas que se habían cernido sobre el pueblo de Dios, debido a la profunda decadencia espiritual de los sacerdotes, escribas y ancianos de aquella época.

Su impacto fue tan fuerte que el pueblo estaba en expectativa, preguntándose si acaso él sería el Cristo. (Lucas 3:15)

Mas Juan se apresuró a desmentirlo, señalando que no era él, sino uno que estaba en medio de ellos, a quien ellos no conocían – uno que venía después de él, el cual era antes de él. (Juan 1: 27)

Llama mucho la atención la afirmación de Juan de que él mismo no lo conocía, sobre todo por el parentesco que tenía con Jesús, por ser su

madre Elisabet parienta de María, la madre de Jesús. (Lucas 1:36)

Y llama más la atención, todavía, la señal que Dios le dio a Juan para que pudiese identificar al que estaba anunciando que venía.

Fue como decirle: “Verás a muchos hombres que se te irán acercando, pero no te fijes ni en la estatura, ni el porte, ni el color del cabello ni de los ojos. En su momento vendrá uno del cual tendrás una señal clara e inconfundible: verás que sobre Él desciende el Espíritu Santo y permanece sobre Él. *Ése* es el que tú buscas y esperas.” (Juan 1:33)

¡Qué momento maravilloso habrá sido para Juan cuando esta señal tan inequívoca se cumplió delante de sus ojos! ¡Con qué aplomo y confianza podía afirmar de ahí en más que Él – Jesús de Nazaret – era el Mesías prometido y tan largamente esperado!

Verdaderamente, su función fue, aparte de otras más, la de ser una antorcha que ardía y alumbraba, tal como lo definió el Señor. Y, agregamos, una antorcha bendita, con una llama ardiente que iluminaba todo el escenario, proclamando que por fin había llegado el personaje celestial que iba a ser el Redentor de la humanidad perdida.

Ahora bien, una antorcha no es autosuficiente, ni se basta por sí misma. Necesita que alguien la encienda, y que se encargue también de que el aceite, la vela, o lo que fuere, no falte.

Además, su lugar y su tiempo están fijados por la oscuridad del entorno y la duración de la noche. Al rayar el alba y llegar la luz del sol, ya pierde su razón de ser, y su luz, brillante y claramente visible durante la noche, ahora se hace apenas perceptible ante la llegada de una luz mucho mayor.

Todo esto – tan aplicable a Juan Bautista y su misión de ser el precursor del Mesías – nos muestra a las claras cuán acertado y preciso fue el símil de la antorcha, escogido por Jesús en esa ocasión de Juan 5, en que testificaba a los judíos.

En verdad, Sus parábolas y las analogías que nos ha dejado, con ser casi todas ellas claras y sencillas, tienen al mismo tiempo, por una parte una lógica cristalina e impecable, y por la otra, una profundidad y una riqueza realmente admirables.

Por cierto que Él es el Maestro de los maestros.

Retomemos ahora el hilo central, pasando de la antorcha que fue Juan, a la luz del mundo que es Jesús.

Debemos notar al hacerlo, la diferencia en el tiempo del verbo – Juan era una antorcha que ardía y alumbraba – es decir, algo temporal, que tuvo su razón de ser a su tiempo, pero que luego estaba destinado a extinguirse y desaparecer.

Jesús, por Su parte, es la luz del mundo, en un presente que perdura hasta el día de hoy, y que no tendrá fin ni se extinguirá jamás.

En Juan 1:4, hablando de Jesús como el Verbo Eterno, la Escritura nos dice que *“En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”*

Esa luz, de la cual Juan Bautista vino a dar testimonio, resplandeció y resplandece en medio de las tinieblas, las cuales no prevalecieron ni prevalecerán contra ella.

Loado sea Dios, el poder de esa luz es mucho mayor que el de las tinieblas. Dios mismo ha establecido la supremacía de la luz, que la hace invencible, y en su lucha contra ella las tinieblas se encuentran totalmente impotentes.

La comparación más aproximada que tenemos en cuanto a Jesús como la luz del mundo, la constituye la luz solar.

En esto tenemos la armonía del diseño o patrón de lo natural con lo espiritual, también establecido por el Señor como el Creador Supremo. En

Malaquías 4:2 la descripción profética lo llama “*el Sol de Justicia.*”

Por otra parte, en el Salmo 19:4b-6, se describe el sol creado como una figura de Él, el sol increado y eterno.

En su encuentro con el Señor en el camino a Damasco, Saulo de Tarso, como todavía se llamaba entonces, quedó deslumbrado totalmente por esa luz de Jesús que le rodeó repentinamente.

Al testificarle al rey Agripa años más tarde, en Los Hechos 26:13 Pablo la describió, diciendo que al mediodía vio una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual lo rodeó a él y a los que iban consigo.

En 2ª. Corintios 4:4-6 Pablo relaciona la luz del evangelio de la gloria de Cristo, y la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios, con la faz, o sea el rostro de Jesucristo.

Resulta particularmente significativo que en ninguna de las cuatro biografías que tenemos de Jesucristo en las Escrituras – Mateo, Marcos, Lucas y Juan – se nos consigna el menor detalle en cuanto a los rasgos físicos o las facciones de Él. El hecho de que tampoco encontramos ninguna mención de su estatura o peso, o alusión al color del cabello o de sus ojos, etc., creemos que constituye otra muestra de la inspiración divina de los cuatro evangelios.

Si hubieran puesto, por ejemplo, que sus cabellos eran rubios y sus ojos azules, siendo el ser humano tan proclive a mirar lo externo, y a la idolatría también, tendríamos una multiplicidad de pinturas, cuadros, efigies y estatuas del Cristo de cabellos rubios y ojos azules, preparada para que la gente los compre y los adore, postrándose ante ellos.

Aun sin que se cuente con ningún detalle en los evangelios, ya se ha hecho tanto en ese sentido particular, y que va en línea totalmente opuesta a la que Dios nos señala como la Suya en Su palabra: - “...*porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.*” (1ª. Samuel 16:7)

Seguramente que a muchos lectores, al contemplar de cerca un cuadro o pintura de Jesús, les ha pasado lo mismo que a quien esto escribe. Es decir, muy bonito el cuadro, pero mirando el rostro, y en especial los ojos, uno sabe que ése no es el Cristo que uno conoce, y que le ha sido revelado por el Espíritu Santo a través de las Escrituras. Es otro distinto, ideado por un ser humano, desde luego que con buena intención y también quizá con buenos dotes de pintor o escultor – pero no el Cristo vivo que los Suyos conocemos.

Debemos preguntarnos entonces cuál es el rostro o la faz de Jesucristo a que Pablo alude en la escritura ya citada de 2ª. Corintios 4:6.

Creemos que hay una clara respuesta en las Escrituras. Veamos:

“...*y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol.*” (Mateo 17:2)

“...*y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza*” (Apocalipsis 1:16)

“...*cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol...*” (Los Hechos 26:13)

Aquí tenemos, en base a estos tres pasajes, una descripción del rostro de Jesús, dada a sus cuatro principales apóstoles del Nuevo Testamento, a saber, Pedro, Juan, Jacobo y Pablo.

La misma lo define *como* el sol – no precisa y exactamente un sol, sino lo más parecido o aproximado, dentro de lo que conocemos, aunque con una luz mayor, según lo afirma Pablo en la tercera cita que va más arriba.

Esto nos da un buen asidero para extraer de la comparación, tres puntos principales en cuanto a lo que Cristo es para con los Suyos, en

esta acepción particular de ser la luz del mundo.

Si bien gran parte del mundo no lo admite como tal, nosotros los redimidos sí lo reconocemos como la luz verdadera que, por cierto, ilumina todo el mundo de nuestra propia vida.

El primero de esos tres puntos es que el sol, como la inmensa esfera de fuego que es, da luz y calor a nuestro planeta. Si estuviese más alejado, quedaríamos congelados y petrificados a muy breve plazo. Si, por el contrario, estuviese bastante más cerca, moriríamos todos incinerados y carbonizados, también a muy breve plazo.

Es el que nos da luz, y esa luz proviene de la vida que hay en Él (Cristo), y que nos ha impartido a nosotros. (Ver Juan 1:4)

Asimismo, Él es el que ha transformado nuestros corazones duros y fríos, llenándolos del calor de Su amor.

El siguiente punto se refiere al girar de la tierra en torno al sol en órbitas constantes e ininterrumpidas: – la de rotación, que señala el día y la noche dentro de las 24 horas, y el de revolución, que enmarca el año de 365 días.

Así como la tierra gira en torno al sol, como el centro del sistema planetario solar en que nos encontramos situados, nuestras vidas giran en torno a Él, como nuestro centro.

Su voluntad, Sus propósitos, Su provisión y protección, Su guía y todo lo demás, nos condicionan y disponen para que estemos enfocados hacia Él, en todo lo que la vida nos presenta y nos depara.

Si nos salimos de esa órbita en torno a Él, bien pronto entramos en tinieblas, frustración, turbación o cosas peores. Mas loada sea Su gracia, podemos remediarlo arrepintiéndonos y retomando la órbita con la ayuda del Espíritu Santo.

El tercer y último punto que señalamos – reconociendo que seguramente debe haber más – es el que se relaciona con el poder deslumbrante de esa luz.

Pablo lo manifestó diciendo en Los Hechos 22:11 *“Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz...”*

Aun cuando nuestra experiencia no haya sido tan sobresaliente como la de Pablo, el efecto ha sido el mismo, y es lo que acontece en toda auténtica conversión.

Nos explicamos. En lo natural, nuestros ojos no pueden mirar el sol fijamente cuando brilla, debido a que la intensidad de su luz nos encandila y puede dañar la vista.

A veces lo hacemos accidentalmente y por sólo una fracción de segundo. Eso es suficiente para que nuestra visión se vuelva nublada, por lo menos por unos momentos, de tal modo que las cosas u objetos que antes veíamos y distinguíamos con claridad, ahora no las veamos así, sino desdibujadas y borrosas.

Lo mismo sucede en nuestra vida cuando Jesús, la luz del mundo, nos ilumina con Su luz admirable. Muchas de las cosas que antes veíamos con claridad y como importantes, y que nos apetecían y absorbían, ahora se nos aparecen como nubladas y carentes de sentido e importancia, o aun de razón de ser. Y mientras esto sucede, Él pasa a ser la luz de nuestra alma, que nos conduce por una senda nueva, distinta e inmensamente mejor.

Esa luz, de ahí en más, pasa a ser la fuerza rectora de nuestra vida, que ha de seguir brillando a todo lo largo del camino, con su fulgor tan benéfico y glorioso.

Cierto es que, así como sucede en lo natural, en lo espiritual las nubes de pruebas, dificultades, presiones y tensiones, pueden interponerse e impedir que veamos la luz del Sol de Justicia en todo su



esplendor.

Sin embargo, de la misma manera en que un avión despegue y remonta vuelo, perforando las nubes y llegando a un lugar por encima de ellas, así también nosotros podemos tomar alas por el Espíritu Santo, perforando también las nubes que se interponen y alcanzando un lugar de mayor altura.

Desde el mismo, volvemos a ver al Sol de Justicia brillando con todo su fulgor, estando ahora bajo un cielo radiante y despejado. Las nubes no han desaparecido; siguen como antes, pero con dos puntos de diferencia muy importantes.

Ahora están debajo nuestro, no encima como antes, y desde lo alto – créase o no – siempre, o casi siempre, se las ve blancas, muy blancas, y no oscuras o grises como a menudo se las ve desde abajo.

Esto último nos da el sencillo pero alentador mensaje que las nubes de dificultades, pruebas y problemas, en realidad han de redundar para nuestra bendición y la purificación y emblanquecimiento de nuestras vidas.

¡Loado sea Dios! A los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien.

Y además, a pesar de esas nubes grises u oscuras, Jesús, nuestro sol y la luz del mundo, está ahí como siempre, fiel e inamovible.

----- ( ) -----

#### **CAPÍTULO 4 – Juan el Bautista vio corrupción.**

##### **Jesucristo no vio corrupción.-**

Por corrupción entendemos el proceso que sigue el cuerpo después de la muerte, corrompiéndose al cesar la respiración y el latir del corazón.

Mientras el alma pasa al más allá, el cuerpo se va desintegrando gradualmente, de tal forma que, eventualmente, no quedan más que los huesos.

Aparte de nuestro Señor Jesús, sólo tenemos conocimiento de dos hombres, en toda la historia, a partir de Adán, que no experimentaron este proceso de corrupción, a saber, Enoc y Elías.

Del primero se nos dice en Génesis 5:24 - *“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.”*

En cuanto a Elías, subió al cielo en un torbellino, después de haber cruzado el Río Jordán de Oeste a Este, acompañado por Eliseo, su sucesor.

Ninguno de los dos murió, y por lo tanto, sus cuerpos no atravesaron por el proceso de corrupción y descomposición.

Todos los demás seres humanos, en virtud del principio inexorable establecido por Dios – *“el alma que pecare, esa morirá”* (Ezequiel 18:4b) - han muerto a su tiempo, unos antes, otros después, y así han experimentado corrupción.

Juan el Bautista no fue ninguna excepción en este respecto, y terminó su carrera terrenal al ser decapitado por orden del rey Herodes. Enterados de su muerte, sus discípulos vinieron y tomaron su cuerpo y le dieron piadosa sepultura. (Marcos 6:29)

Nuestro Señor Jesús, a diferencia de Enoc y Elías, gustó la muerte, pero, a diferencia de todos los demás mortales, Su cuerpo no experimentó corrupción.

Tanto Su muerte, como su resurrección, encierran verdades y tesoros que son sumamente importantes y preciosos, y que nos resultan de mucha edificación.

Pasamos primeramente a hablar de Su muerte.

La misma no fue algo inevitable, y contra lo cual Él luchó hasta el último momento, como sucede con una gran parte de los seres humanos.

Por el contrario, Él mismo depuso Su vida de Su propia voluntad, y en un todo de acuerdo con la voluntad del Padre. (Juan 10:18)

Tampoco fue algo que se pueda calificar meramente de una gran injusticia, que le hicieron por odio y envidia los gobernantes y religiosos de aquella época, la cual no se merecía, por su vida intachable y el inmenso bien que había hecho a los demás.

Aunque eso fue verdad en sí, muy por encima de todo ello estaba el propósito previamente determinado por Dios de que así fuese, como única forma de lograr la redención del ser humano perdido en el pecado y las tinieblas. (Los Hechos 2:23 y 4:27-28)

Siendo la muerte algo que quedó establecido por el pecado como causa fundamental, y habiendo sido Su vida entera totalmente sin pecado, nos atrevemos a afirmar que, de no haber depuesto Su vida con Sus palabras finales de Lucas 2:46 – *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* - hasta el día de hoy seguiría en vida.

Es claro que esto es una hipótesis, porque como ya dijimos, Él quiso gustar la muerte. Es más: sabía que debía hacerlo, y que para eso, fundamentalmente, había venido al mundo.

Pero, el hecho que queremos puntualizar y enfatizar es que no murió como víctima del pecado, ni por cierto, de ninguna enfermedad ni desgaste de Su organismo físico.

En esto, también, Su muerte fue distinta de todas las demás, anteriores y posteriores.

Su pronta resurrección al tercer día, y el mismo factor que Él señaló en Marcos 14:8 de que la mujer que había derramado sobre Él el alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio, lo había hecho – tal vez sin comprenderlo plenamente – para ungirlo para Su sepultura - estas dos cosas, decimos - contribuyeron sin duda a que no viera corrupción.

Pero, fundamentalmente, había una razón de fondo mucho más poderosa

El apóstol Pedro nos la dio en su discurso del día de Pentecostés:

*“...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”* (Los Hechos 2:24)

El hades – el lugar de los muertos – tenía un poder sobre cada ser humano que llegaba al mismo por vía de la muerte. Se trataba de un poder que le permitía retenerlos, en virtud de la ya citada sentencia de que *“el alma que pecare, esa morirá”* (Ezequiel 18:4)

Ese poder le fue otorgado al príncipe de este mundo, Satanás, por nuestros primeros padres, Adán y Eva.

A ellos se les había acordado el dominio sobre la tierra, pero al desobedecer a Dios y darle lugar a la serpiente en sus vidas, abdicaron vergonzosamente, y desde entonces el maligno se ha erigido en el príncipe de este mundo, título con el cual nuestro Señor lo identifica en Juan 14:30.

No obstante, Cristo llegó a ese lugar del hades en condiciones totalmente distintas:- de ninguna forma como víctima del pecado, como todos los demás.

Antes bien, lo hizo como visitante voluntario – si así podemos expresarlo – y a cumplir una serie de cosas muy importantes, después de lo cual su visita temporal llegó a su fin.

Por más que las potestades de las tinieblas hayan intentado retenerlo, se encontraron totalmente impotentes, y faltas de toda autoridad, derecho y poder para hacerlo.

En efecto: su persona totalmente exenta de pecado, resultó totalmente inmune e intocable para todas ellas – no pudieron retenerlo de ninguna manera, y así, ese primer Domingo de Pascua, se levantó en gloriosa y triunfal resurrección.

Una resurrección que, además, resultó distinta de todas las demás de que tenemos conocimiento, por otras dos razones.

La primera es que fue operada soberanamente por Dios, sin que mediase agente o intermediario alguno. En todas las otras de que se nos da cuenta en las Escrituras, el Señor se valió de instrumentos humanos, como Elías, Eliseo, Pedro, Pablo y el mismo Señor Jesús, como el hijo del hombre.

La segunda estriba en la verdad de que todos los demás resucitados – Lázaro, Lidia, el hijo de la viuda de Naín, etc. – volvieron a morir.

Maravillosamente, Cristo resucitó para no volver a morir jamás.

*“...yo soy...el que vivo y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y el hades.”*  
(Apocalipsis 1:17-18)

En Su visita al hades, un designio muy importante, aun cuando, por supuesto, no el único, fue el de arrebatarse de las manos del maligno las llaves de ese lugar.

Así pudo, en Su resurrección, resucitar juntamente consigo a los cautivos que se encontraban allí.

*“Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad.”* (Efesios 4:8)

*“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos) y juntamente con él nos resucitó.”*  
(Efesios 2:4-6)

Su resurrección es la garantía de nuestra resurrección. De hecho, al nacer de nuevo, habiendo estado antes muertos en delitos y pecados, hemos resucitado espiritualmente, pasando a disfrutar de una vida nueva en Cristo.

Ahora bien, si el Señor tardare en Su venida, a su debido tiempo cada uno de nosotros que somos Suyos de verdad, habremos de ser llamados a Su presencia, es decir que dormiremos en Cristo.

Así, nuestro cuerpo mortal verá corrupción, pero la resurrección de Cristo sin ver corrupción es la prenda y garantía de la futura resurrección nuestra, cuando nos levantaremos revestidos de un nuevo cuerpo espiritual, totalmente exento de corrupción.

La enfermedad, el cansancio y el dolor dejados atrás, viviremos así en una nueva dimensión, eterna y gloriosa.

Aunque tal vez las conozcamos ya, será oportuno que leamos ahora con una comprensión más amplia, las Escrituras que nos atestiguan sobre el maravilloso futuro que nos aguarda.

*“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, **y los muertos serán resucitados incorruptibles**, y nosotros seremos transformados.”*

*“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.”* (1ª. Corintios 15:51-53)

*“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, **el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya**, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”* (Filipenses 3:20-21)

Todo esto constituye una esperanza bienaventurada y gloriosa,

avalada por la promesa fiel y firme de la palabra de Dios. Una esperanza que nos ha de alentar a seguir en las pisadas del Maestro, amándole y sirviéndole con el mayor empeño, sabedores de que estamos marchando rumbo a una eternidad tan bendita y maravillosa.

Notemos también, al poner punto final a este capítulo, que estos contrastes y comparaciones entre Juan el Bautista y el Señor Jesús, son mucho más que una comprensión y un trazado correcto de la palabra, en cuanto a la diferencia fundamental entre los dos pactos – el Antiguo, del Viejo Testamento, y el Nuevo, instituido por Jesús a través de Su obra redentora.

Bien que esta comprensión y este trazado correcto son muy importantes y de mucha edificación, lo más maravilloso es la forma en que nos benefician y enriquecen a nosotros, los herederos de la salvación.

Casi sin excepción, cada punto que vamos tocando supone algo más de lo mejor y de lo óptimo de que hemos sido hechos depositarios, por esa gracia superlativa que encierra el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

*“...porque todo es vuestro; ...sea el mundo, sea la vida, sea la muerte; sea lo presente, sea lo porvenir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.” (1ª. Corintios 3:21-23)*

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 5 – Dos muertes muy distintas.**

Efectivamente, Juan Bautista y Jesús tuvieron muertes muy distintas.

Mientras el uno – Juan – murió en una cárcel oscura, tal vez con un solo testigo, el verdugo que le dio muerte, el otro – Jesús – murió en público, levantado en alto y a la vista de muchos que presenciaron Su crucifixión.

La muerte de Juan fue casi instantánea, al ser decapitado por orden de Herodes, para satisfacer el malvado pedido de Herodías, la mujer de Felipe su hermano, con la cual él estaba viviendo en adulterio.

La muerte de Jesús fue la que es propia de la crucifixión, es decir, un proceso largo y lento, en el que el organismo físico se va desangrando mientras se agoniza de dolor.

Imaginemos a alguien colgado de una barra en un gimnasio. Tomado de ella con sus dos manos, siente, por la ley de la gravedad, el peso de su cuerpo, sea de 65, 70, 75 ó más kilos.

Después de unos minutos, sus manos empiezan a sentir ese peso más cada vez, y tal vez, como máximo, después de una media hora, no aguantará más y habrá de soltar la barra y dejarse caer en tierra.

Empero, en la crucifixión es muy diferente. Uno no se está tomando de una barra y aguantando el peso con las manos intactas. En cambio, cada una de ellas, y cada uno de los dos pies, atravesados en carne viva por un clavo, tienen que soportar – con muchísimo dolor, desde luego – el peso del cuerpo, y no por el espacio de unos minutos o media hora, sino por muchas largas horas.

Y todo esto con el agregado y agravante de no poder cambiar de posición.

Sabemos que cuando uno está guardando cama por enfermedad, una de las formas de obtener alivio, aun cuando el mismo sea muy breve, es el poder darse vuelta, ponerse de espaldas, luego apoyarse sobre la derecha, luego sobre la izquierda y así sucesivamente.

No obstante, nada de esto puede hacer el crucificado, pues se encuentra reducido a una total inmovilidad.

Todo esto en cuanto al aspecto físico de la muerte de ambos, y de lo cual, por cierto que se podría decir mucho más, sobre todo si apelásemos a lo que nos tiene que decir la ciencia médica sobre el particular, especialmente en lo que atañe a las muchas agonizantes repercusiones en diversos órganos internos del crucificado.

Pero ahora pasamos al aspecto moral de la muerte de ambos.

Empezando por Juan el Bautista, digamos que fue la muerte muy digna de un verdadero mártir. En toda su trayectoria anterior había hecho gala de una nobleza y un negarse a sí mismo realmente encomiables, como ya hemos visto anteriormente, por lo menos en parte.

Cuando las multitudes acudían a él para bautizarse en el Jordán, se mantuvo firme en su posición de ser meramente una voz que proclamaba y señalaba a uno mayor que él, que había de venir a muy breve plazo.

No cayó de ninguna manera en la tentación en que otros muy bien podrían haber caído, de engolosinarse al ver a tanta gente que venía a él, y envanecerse y autoproclamarse como “el hombre de la hora” o algo así por el estilo.

Adicionalmente, las palabras que encontramos en Juan 1:40 – *“Andrés...era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús”* nos hablan con clara elocuencia de su verdadero altruismo.

¡A cuántos hoy día se les oye hablar de sí mismos de tal forma, que quienes los oyen, en vez de seguir a Jesús, les siguen a ellos!

Pero su valentía y verdadera grandeza, nunca quedaron mejor desplegadas que en la ocasión en que se plantó ante el rey Herodes, y sabiendo seguramente que le podría costar el ser encarcelado, le denunció su pecado con las tajantes palabras *“no te es lícito tener la mujer de tu hermano.”* (Marcos 6:18)

Esto, de hecho, no sólo le costó la cárcel, sino que también, como sabemos por el relato, le ocasionó el odio de Herodías, la mujer de Felipe, que estaba viviendo en adulterio con Herodes.

Así las cosas, el día del cumpleaños de Herodes, se produjo el cruel y triste desenlace de que fuese decapitado en la oscura cárcel, y su cabeza fuese traída en un plato a la hija de Herodías, y ésta a su vez se la diese a su madre.

Cruel y muy triste, pero el fin muy digno de la vida del que Jesús había dicho que, de los nacidos de mujer, no se había levantado uno mayor que él, y que tuvo el altísimo honor de sellar su ministerio y su fugaz carrera, con la muerte de un mártir auténtico y fiel de verdad.

En esto tenemos la genuina grandeza, evaluada no por las apariencias engañosas, sino por el dictamen certero de Jesús: ninguna señal, falta total de cartelera publicitaria del “personaje famoso de la actualidad”, ni nada de esa índole, que tanto se levanta en alto hoy día.

En cambio, auténtica humildad, fidelidad a carta cabal, y el saber ceñirse a la voluntad divina, ni más ni menos, y aun cuando le costase la vida.

La muerte de Jesús fue algo único y sublime, que va mucho más allá de lo que nuestras mentes finitas pueden comprender, y nuestras pobres palabras expresar.

Pasamos a continuación a comentar algunos de los múltiples aspectos que contiene, todos ellos llenos de enseñanza, ejemplo y la más alta inspiración.

Desde luego que el Señor era plenamente consciente de antemano de la muerte que iba a experimentar. Es más:- sabía que era el fin primordial para el cual había nacido y venido al mundo, y además, Él la preanunció a Sus discípulos en reiteradas ocasiones.

Lucas, al consignar la transfiguración, nos da la importante aportación de que Moisés y Elías, que se presentaron junto a Él rodeados de gloria, *“hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén.”* (Lucas 9:30-31)

Esto nos da un asidero sólido para pensar que, siendo Su crucifixión y muerte algo tan superlativamente trascendente, y que iba a demandar de Él el máximo sacrificio concebible, estos dos insignes y probados varones, venían de alguna manera para identificarse con Él, hasta donde les era posible. Al mismo tiempo, en ese hablar con Él cabrían los acentos de su mayor apoyo y fiel aliciente, en cuanto al magno e inigualable sacrificio que iba a efectuar.

El jalón muy importante, e inmediatamente previo en Su trayectoria hacia el Calvario, lo constituyó incuestionablemente el Getsemaní.

El nombre Getsemaní significa *el lugar de las aceitunas*, es decir, el lugar donde son machacadas.

Las lámparas del candelabro ardían en el tabernáculo levantado por Moisés en base a aceite puro de *olivas machacadas*. (Levítico 24:2)

Con toda reverencia y tierna gratitud, a Jesucristo – el Cristo, el Mesías, el Ungido de Dios – lo llamamos la oliva o aceituna por excelencia, que aquí fue machacada al máximo, para procurar así el aceite puro que habría de hacer arder las lámparas del candelabro de Su iglesia de todos los tiempos, y hasta el fin de la historia.

Allí, en el Getsemaní, tuvo consigo a tres de Sus discípulos – Pedro, Jacobo y Juan – que, al igual que los otros nueve, en la ocasión de la tormenta que azotaba la barca, estaban despiertos y ansiosos, mientras Jesús dormía plácidamente sobre un cabezal en la popa. (Marcos 4:38)

Ahora se invierten los papeles, y mientras Jesús velaba y agonizaba en oración, ellos, que debían estar orando y velando, cayeron sumidos en un profundo sueño.

Así es la carne - ¡siempre haciendo al revés de lo que debiera hacer!

Las palabras de Lucas 22:43-44 - *“...y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”* - nos brindan una perspectiva muy valiosa e importante.

Si añadimos a ellas las que figuran en Mateo 26:38 y Marcos 14:34 – *“Mi alma está muy triste, hasta la muerte”* – no podemos menos que relacionarlo con Hebreos 5:7

*“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.”*

La conclusión que nos resulta muy razonable y bien fundamentada, es que la carga y angustia que recayó en esa hora sobre Su alma era tan tremenda, que estaba a punto de sobrepasar el límite de lo que podía soportar Su organismo físico y psíquico, con un serio peligro de muerte. Una muerte que, por otra parte, no era la muerte a la que Él había venido.

En ese trance tan crucial, Él hizo oír Sus ruegos y súplicas, acompañados de un gran clamor y lágrimas; y lo hizo con tal intensidad, que llegó a agonizar, derramando, como hemos visto, gruesas gotas de sudor. Posiblemente sólo pudo llegar a ese punto supremo de prevalecer sin perder la vida, merced al fortalecimiento del ángel celestial que vino en Su ayuda en momento tan crucial y trascendente. Y decimos esto último, plenamente conscientes de que Su muerte prematura en ese punto, habría malogrado el propósito principalísimo por el cual había venido al mundo.

Después de esto, como consta en el relato tan bien conocido de los evangelios, vino la turba, conducida por Judas, para apresarle. A esto siguió el largo y cruel proceso en que fue acusado y calumniado,

condenado, abofeteado, escupido, azotado y escarnecido.

Cada vez que en nuestra lectura de las Escrituras llegamos a esa parte en cualquiera de los cuatro evangelios, amándolo como lo amamos, nos conmueve y nos duele pensar en todo lo que tuvo que padecer por nosotros, al punto que a veces se nos hace difícil continuar con la lectura.

Pero ése fue otro hito ineludible en Su marcha por la vía dolorosa hacia el Calvario, donde había de consumir Su sacrificio redentor.

En cuanto a Su crucifixión en sí, si bien no se puede precisar el tiempo exacto que transcurrió hasta Su muerte al encomendar al Padre Su espíritu, podemos estimarlo del orden de unas seis horas.

Valiéndonos de las constancias de los cuatro evangelios, listamos las ocho veces en que habló durante ese período de tiempo, en el orden probable en que lo fue haciendo.

*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* (Lucas 23:34)

*“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”* (Lucas 23:43)

*“Mujer, he ahí tu hijo.”* (Juan 19:26)

*“He ahí tu madre.”* (Juan 19:27)

*“Eloi, Eloi, ¿llama sabactani?”* (Marcos 15:34)

*“Tengo sed.”* (Juan 19:28)

*“Consumado es.”* (Juan 19:30)

*“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”* (Lucas 23:46)

En más de una oportunidad, hemos leído en forma lenta y pausada estas ocho sentencias, observando en el reloj cuánto tiempo nos llevaba el hacerlo.

Siempre ha sido algo del orden de cuarenta y cinco segundos aproximadamente. No creemos que en el idioma arameo en que Jesús hablaba, le haya llevado mucho más tiempo, lo que nos lleva a una conclusión muy sencilla, pero de mucho peso: durante esas seis horas de dolor y agonía – física y moral – nuestro amado Señor sólo habló por el espacio de un minuto como máximo, y durante cinco horas y cincuenta y nueve minutos guardó un silencio total.

¡Cuánto nos da que pensar esto!

Nosotros, que a veces con un poco de dolor, o en medio de una dificultad o problema que se nos presenta, somos tan propensos a quejarnos o caer en lamentos ¡cuánto tenemos que aprender de esta simple reflexión!

El Crucificado sólo habló por un minuto, y todo el resto del tiempo a lo largo de esas horas, que en un sentido habrán parecido interminables, lo sobrellevó todo en el más noble silencio.

Además, ninguna de Sus sentencias llevaba una amenaza, recriminación o protesta. Las cuatro primeras fueron de amor y preocupación por otros, en medio de Su propio sufrimiento y agonía.

¡Qué difícil resulta, cuando se está agonizando de dolor, abstraerse de ello, para pensar y preocuparse por otros!

Es por eso que nos resulta admirable y maravillosa la forma en que Él lo hizo, mostrando un incomparable amor hacia los demás.

De las otras cuatro sentencias, una se relacionaba con una Escritura mesiánica profética del Antiguo Testamento, y otras dos eran citas directas de la misma índole.

La restante – *“Consumado es”* – que literalmente significa *se ha acabado o terminado* - constituyó una afirmación de triunfo y cumplimiento total.

En nuestra imaginación, la visualizamos como acompañada de un fuerte suspiro final de alivio y gran satisfacción, después de semejante

lucha, angustia y agonía.

Nos llama poderosamente la atención que por los menos en dos ocasiones – la quinta y la última en el orden en que las hemos colocado – Jesús *clamó a gran voz*.

Si a alguien que ha estado engripado y afiebrado, al día siguiente de reponerse se le pidiera que hablara a viva voz a un auditorio de unas quinientas personas, no contándose con micrófonos o altavoces, seguramente que contestaría que se encontraba muy debilitado, y completamente incapacitado para hacerlo.

Pensemos en el largo trayecto emprendido a partir del Getsemaní. Es muy posible, y aun probable, que en todo el mismo no haya gustado un bocado de comida, ni se le haya dado a beber un solo vaso de agua.

También pensamos que, casi seguramente, no se le dio una almohada para recostar Su cabeza, ni para disfrutar siquiera de una sola hora de sueño, para reponerse en algo de semejante agotamiento físico, mental y emocional.

A ello debemos agregar que, habiendo estado sangrando de Sus cuatro heridas durante casi seis horas, Su flujo sanguíneo estaría muy lejos de ser el de una persona normal, en cuyas venas, corazón y arterias circulan aproximadamente unos cinco litros de sangre, poco más o poco menos, según el caso.

Por el contrario, sería algo así como una hilacha muy fina de un caudal de sangre considerablemente reducido. Su rostro también habría sido seguramente un espectro pálido de dolor y gran debilitamiento - la gran paradoja del *Omnipotente* reducido a una casi total *impotencia*.

Nos atrevemos, pues, a afirmar en base a todo eso, que debido a Su estado físico, le habría resultado imposible clamar a gran voz, considerando que para ello debería hacer un gran derroche de energía, energía ésta con la cual indudablemente Él no contaba en semejante situación.

¿Cómo entonces pudo clamar a gran voz, como se nos dice en Marcos que lo hizo al exclamar “*Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?*”, y en Lucas, al pronunciar Sus palabras finales – “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?*”

Creemos que Hebreos 9:14 nos da la respuesta, al decirnos que “*mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.*”

Su ofrenda expiatoria, hecha desde luego en carne viva, fue hecha también por la virtud y el poder del Espíritu eterno de Dios.

En esa ocasión, Él hizo una demostración cabal y suprema del principio que más tarde Pablo aprendió y desarrolló tan bien – “*cuando soy débil, entonces soy fuerte*” – o bien, que el poder divino se perfecciona en la debilidad. (2ª. Corintios 12:10b y 12:9a)

Reducido a una debilidad extrema por lo ya señalado, pudo experimentar el gran poder del Espíritu Santo, que fluía sobre Su garganta, corazón y pulmones, para hacer resonar Su voz en todo el escenario del Gólgota.

“*Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?*” – desamparado Él, para que la misericordia divina nos pudiera amparar a nosotros.

“*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*” Alcanzada la meta que se había propuesto, ahora podía por fin expirar, encomendando Su espíritu al Padre, de Quien había venido.

Son misterios sagrados y sublimes, profundos e insondables, de cuyo verdadero e infinito alcance sólo tendremos una comprensión cabal en el más allá, cuando conoceremos como fuimos conocidos. (1ª. Corintios 13:12)



### La túnica sin costura.-

Ese día de Su crucifixión fue el día del mayor dolor - físico, moral y emocional – de toda Su vida, la del Cristo, “*varón de dolores y experimentado en quebrantos.*” (Isaías 53:3)

No obstante, fue al mismo tiempo el día más glorioso y maravilloso, pues en él logró vencer en la batalla más importante de toda historia, poniendo fin al imperio y dominio de las tinieblas, y consumando totalmente la redención del género humano.

Acorde con esto último – el día más glorioso – entendemos que, por designio divino, Jesús estaba vestido de gran gala; empero, no a nuestro entender, normal y corriente, sino desde la perspectiva divina.

Nos explicamos:- en el sentido habitual, al hablarse de gran gala uno tiende a pensar en prendas de colores muy vivos y llamativos, y tal vez en unos galones dorados – es decir, en lo que reluce y llama la atención desde el punto de vista de la estética.

Como hemos señalado ya en una oportunidad anterior, no en vano se nos dice en 1ª. Samuel 16:7

*“...porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”*

Teniendo esto en cuenta, pasamos a interpretar el verdadero sentido simbólico de esa prenda particular que Él llevaba ese día, la túnica sin costura, según se nos dice en Juan 19:23.

Una prenda normal, tal como una camisa, una chaqueta, un abrigo, etc., lleva una buena cantidad de costuras, con las cuales las distintas partes se han ido añadiendo – mangas, puños, etc. –. En algunos casos de deterioro de la prenda, la costura se usa para hacerle un parche o un remiendo.

La túnica que llevaba Jesús, sin costura y de un solo tejido de arriba abajo, claramente nos habla de Su persona – de Él mismo, que era todo de una sola pieza, sin agregados ni mezclas, y, desde luego, sin parches ni remiendos de ninguna índole.

Esto no fue algo exhibido meramente en forma externa, por esa prenda particular que Él vestía en esa gran ocasión.

En efecto: enarbolado en alto en esa cruz del Calvario, hacia el final de Su trayectoria se elevaba ante la vista del mundo como el Cristo del amor invencible, la santidad más pura, la luz y la verdad eterna – sin mezclas de egoísmo, vanagloria, ni cosa semejante.

Por así decirlo, para poder procurarnos una redención plena Él estaba confeccionando – valga nuestra comparación, algo desacostumbrada – una sábana blanquísima, en la que no debía haber el menor vestigio de mancha ni suciedad.

No debemos subestimar el odio diabólico de las huestes de las tinieblas, que como un aluvión infernal se lanzaron contra Él en esas horas cruciales de Su crucifixión.

A través de las burlas, blasfemias y denuedos de los principales sacerdotes, escribas, fariseos y ancianos, y también de otros que pasaban por el lugar, estas fuerzas demoníacas tan siniestras y malvadas le estaban acosando sin tregua y con todo su odio y furia.

“Sigue dándole; ya verás que se llena de rabia y empieza a gritar y a renegar”, irían diciéndose las lunas a las otras, y seguramente no sólo cosas parecidas, sino también otras mucho peores.

Tal vez, incluso estaría el susurro de la serpiente diciéndole:

“Y el Padre, que piensas que tanto te quiere, y ahora se lava las manos, se queda ahí arriba y te deja a ti aguantártelo todo. Reniega de Él y pásate a mis filas.”

Quizá eso, y quizá mucho más, que está muy lejos de nuestro alcance percibir y comprender, y que no está consignado en los relatos.

Pero lo cierto es que, todos esos dardos de odio y malicia sin par, se estrellaron contra el muro infranqueable de Su persona, pura y perfecta, *toda de una sola pieza*. Y como magnífico broche de oro en esa hora trascendental, *el Cristo de la túnica sin costura*, quedó levantado y enarbolado en alto como lo que de veras era y seguirá siendo por siempre jamás – *todo amor, todo luz, toda verdad – toda santidad blanquísima y purísima, absolutamente exento de mezclas o impurezas*.

Los soldados romanos vieron en esa túnica algo especial, que los movió a no partirla, sino a echar suertes sobre ella, a ver de quién sería.

Nosotros, los hijos de Dios, hemos dejado atrás la costumbre de echar suertes, que fue empleada por última vez en las Escrituras en el primer capítulo de Los Hechos, previo a la venida del Espíritu Santo.

Llegado el Consolador, no recurrimos más a echar suertes, sino que por el mismo Espíritu clamamos con un vivo y santo deseo:

“Bendito Señor, con Tu gracia y Tu singular pericia, día a día, hora a hora, obra dentro de nuestro ser, para ir confeccionando en nuestra vida esa túnica sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Queremos llevarla de verdad, así como el Maestro, y ser nosotros también *toda de una sola pieza*.”

Consumada la obra de la redención, y tras de pronunciar Jesús a gran voz Sus palabras finales – “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” – el próximo hecho que tuvo lugar fue de la mayor trascendencia.

Había en el templo, entre el lugar santo y el santísimo, un velo de lino, azul, púrpura y carmesí, con querubines primorosamente bordados.

Era sumamente hermoso, pero, sin embargo, denotaba un mensaje silencioso, muy desagradable y triste a la vez, como si diese a entender, sin palabras:

“Detrás de mí está el Dios dador de la vida, y de toda dicha y bien que pudiera desear el ser humano. Empero, he sido colocado en este lugar para cerrarte el paso a ti, y a quien quiera intentar pasar a estar delante de Él.”

“Tu condición, y la de todos ellos, de personas contaminadas por el pecado, impiden toda posibilidad de acercarse a estar delante de Su Santa presencia, debido a Su suprema santidad, purísima e inmaculada.”

Mas ahora, consumada como hemos dicho la obra de redención, vertida como ha sido en el escenario del Calvario la sangre del Hijo de Dios como sello del nuevo pacto, ese velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

Este mensaje silencioso, tan triste como desagradable, ha quedado totalmente caduco, y ahora los redimidos tenemos libre acceso a la bendita presencia de Dios.

Lavados, perdonados, emblanquecidos y regenerados, el Padre ahora nos puede recibir, abriendo Sus brazos de par en par, para brindarnos el abrazo y el beso de Su perdón y de la más absoluta reconciliación con Él.

El evangelio de Mateo nos cuenta más cosas que acontecieron inmediatamente después de Su muerte.

Una de ellas fue un terremoto que hizo temblar la tierra, con el cual la mano divina quiso poner Su rúbrica sobre acontecimiento tan magno y glorioso, como lo fue la muerte del Hijo de Dios. Poco más tarde, el primer Domingo de Pascua, hubo otro gran terremoto en celebración de Su resurrección triunfal. (Mateo 27: 51 y 54 y 28:2)

También se nos dice que las rocas se partieron (Mateo 27:51), como un indicativo de que en el régimen de la gracia que habría de inaugurarse muy poco después, los corazones de piedra serían quebrantados por el poder del amor divino y se transformarían en corazones de carne – tiernos y cálidos – según lo prometido en Ezequiel 36:26.

Finalmente, se nos habla de sepulcros que se abrieron y de muchos cuerpos de santos que habían dormido y se levantaron, y después de la resurrección vinieron a la santa ciudad y aparecieron a muchos. (Mateo 27:52-53)

Ésta fue, sin duda, una prenda de la resurrección de los santos de todos los tiempos, que habrá de acontecer en el final.

Como verá el lector, hemos trazado un hilo de lo sucedido desde Getsemaní hasta inmediatamente después de la muerte de Jesucristo. De ahí en más, los resultados y los efectos incalculables de Su muerte gloriosa, han seguido y seguirán manifestándose hasta el final de la historia y por toda la eternidad.

De veras, la Suya fue una muerte sin igual, con proyecciones eternas tan maravillosas como inefables.

Para quienes estábamos muertos en delitos y pecados, es la muerte que nos ha traído vida – vida en abundancia y por toda la eternidad. Y también ha sido la muerte por medio de la cual ha quedado destruido el que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo. (Hebreos 2:14)

Misterio de los misterios, una muerte que parecía señalar una derrota y un fracaso total, y que en cambio y por contraste, resultó ser una carta de triunfo, por la cual la gracia divina nos ha abierto el cielo y trasladado y elevado hasta las glorias más sublimes.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 6 – Juan Bautista, mayor que todos sus antecesores.**

*“De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.”* (Mateo 11:11)

Esta doble declaración de Jesús no deja de ser en cierto modo sorprendente, pues va contra todas las apariencias y contra todo lo que a primera vista parece lógico.

Tomemos la primera parte. Nos está diciendo de Juan Bautista que ninguno de sus predecesores ha sido mayor que él, lo que lo coloca en un plano no de mera igualdad, sino de superioridad con respecto a todos ellos.

### **¿Mayor que Moisés?**

De él se dijo al final de su carrera:

*“Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara; nadie como él en todas las señales y prodigios que le envió a hacer en tierra de Egipto, a Faraón y a todos sus siervos y a toda su tierra, y en el gran poder y en los hechos grandiosos y terribles que hizo Moisés a la vista de todo Israel.”* (Deuteronomio 34:10-12)

En comparación con él, Juan Bautista no hizo ninguna señal, y su ministerio fue mucho más breve – brevísimo en realidad.

### **¿Mayor que David?**

Aparte de las muchas batallas y guerras que ganó, en sus muchos preciosos e inspirados salmos nos ha dejado un legado riquísimo – un verdadero y extenso tesoro.

Contrastado con esto, las palabras y sentencias que nos han quedado de Juan Bautista, aunque certeras y valiosas, no son muchas por cierto.

### **¿Mayor que Daniel?**

Amén de su grandiosa experiencia en el foso de los leones, su figura gigantesca se proyectó con singular aplomo y autoridad ante emperadores ilustres y famosos como Nabucodonosor, Belsasar, Darío y Ciro, extendiéndose su trayectoria por muchas décadas.

En contraste con todo esto, Juan Bautista, sólo alternó con el muy poco ilustre rey Herodes, bien que lo hizo con valentía que le costó la cárcel y el ser finalmente decapitado, como ya hemos visto.

### **¿Mayor que Abraham?**

Además de ser el padre del pueblo escogido de Dios, en la cima del Monte Moriah ofrendó a su amado hijo Isaac en esa memorable ocasión, como resultado de la cual pasó a ser el depositario de la gran promesa y juramento de bendición para él y toda su posteridad, carnal y espiritual.

En comparación con él, Juan Bautista no tuvo sino un reconocimiento breve y efímero del pueblo de Israel, y todo indica que no tuvo hijos propios en la carne, y además, al aparecer Jesús en escena, muchos de los discípulos que tenía le dejaron, para ir en pos del Maestro, quedando al final con muy pocos.

### **¿Mayor que Josué?**

Como verdadero titán en el campo de batalla, venció a cuanto enemigo se levantó contra él, y merced a su obediencia íntegra y absoluta, pudieron cumplirse la totalidad de las promesas que el Señor le había hecho a Su pueblo.

*“...reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas.”* (Josué 23:14)

Ante semejante coloso, los ojos naturales sólo pueden ver en Juan Bautista a uno muy pequeño, y con una carrera algo opaca que desembocó en un triste fin.

### **¿Mayor que Enoc?**

Engendró al hombre de mayor longevidad de toda la historia, y caminó con Dios y le agradó de tal manera, que desapareció, llevado a Su presencia por el Señor, quizá como una prenda o anticipo de los santos que serán arrebatados sin ver la muerte, al venir Jesucristo por segunda vez.

Ante tamaño héroe, Juan Bautista parece tener tan poco que ostentar en su haber.

### **¿Mayor que Elías?**

En la inolvidable ocasión en el Monte Carmelo, enfrentó él solo a

todos los profetas de Baal, y el Señor lo engrandeció a los ojos de todos al hacer descender fuego sobre el sacrificio que ofreció.

Como si ello fuera poco, aun cuando huyendo por su vida, emprendió la épica marcha por cuarenta días desde el desierto, al Sur de Beerseba, hasta Horeb, el Monte de Dios. Y allí, tras las portentosas manifestaciones del poderoso viento, el terremoto y el fuego, pudo oír el silbo apacible de la voz divina, con las repercusiones históricas de los tres personajes que debía ungir, a saber, Hazael, como rey de Siria, Jehú como rey de Israel, y Eliseo como profeta en Israel y sucesor de él.

¡Cuán poco encontramos en el haber de Juan Bautista que pueda equipararse con todo esto!

### **¿Mayor que Eliseo?**

Con la doble porción del espíritu de Elías que tuvo la osadía de pedir, y que, de hecho recibió, hizo milagro tras milagro en una larga y fiel trayectoria, que no supo de desmayos ni claudicaciones, y que se extendió hasta que alcanzara una edad que, a grosso modo, estimamos en cerca de un siglo entero, o quizá un poco más.

En contraste con esto ¡qué fugaz fue la carrera de Juan Bautista, a quien, como ya vimos, no se le concedió que hiciese una sola señal!

### **¿Mayor que José el amado, el undécimo hijo de Jacob?**

Después de ser vendido como esclavo por sus hermanos por veinte piezas de plata, fue posteriormente encarcelado por la infame calumnia de la esposa de Potifar. Pero el Señor estaba con él y le extendió su misericordia, de modo que halló gracia en los ojos del jefe de la cárcel.

Llegado el tiempo de Dios, fue puesto en libertad, y prácticamente de la noche a la mañana, pasó a ser el personaje más importante en toda la importante nación de Egipto de ese entonces.

Sin él, ninguno podía alzar su mano ni su pie en toda la tierra, y él fue quien almacenó toda la abundancia de grano de los siete años de las vacas gordas, para así poder alimentar a la gente de esa época, abriendo los graneros en el tiempo de gran hambre que sobrevino.

Su historia abarca desde el capítulo treinta y siete hasta el final del Génesis, exceptuando el paréntesis del capítulo treinta y ocho.

El relato es uno de los más emotivos de toda la Biblia, y lo presenta como un precioso símbolo de Cristo, alcanzando su figura la dimensión de uno de los más grandes varones de la historia de Israel.

Ante tanta grandeza ¡qué pequeño parece Juan Bautista!

### **¿Mayor que Noé?**

Emprendió bajo el mandato divino la estupenda labor de construir el arca, que le llevó todo un siglo. En ella, él y su esposa, sus tres hijos y sus esposas, junto con los animales y las aves de cada especie, navegaron sobre las aguas del diluvio en lo que debe haber sido una experiencia asombrosa e inolvidable, viendo como el resto del género humano y del reino animal, excepto los peces, perecían ahogados por las aguas del juicio de Dios.

Desde épocas pretéritas en todas las tribus y naciones, ha circulado la leyenda de un gran diluvio acaecido muchos siglos atrás. Noé fue nada menos que el protagonista principal de algo tan tremendo, y que, por promesa divina corroborada por el arco iris, no volverá a repetirse jamás.

De nuevo tenemos que decir, ante algo tan fenomenal ¡qué pequeño

parece Juan Bautista!

### **¿Mayor que Samuel?**

Nacido de la maravillosa oración de una madre atribulada, fue levantado por el Señor como el gran restaurador de su época. Todo Israel, de Norte a Sur, reconocía sin la menor duda que era fiel profeta de Jehová, Quien estaba con él y no dejaba caer en tierra ninguna de sus palabras. (1ª. Samuel 3:19-20)

Ningún otro en la historia del pueblo de Dios se desempeñó en el triple rol de juez que gobernaba, sacerdote que ofrecía el sacrificio, y profeta que traía la palabra de Dios al pueblo.

Otro ilustre prócer de otrora, ante el cual la figura de Juan Bautista aparenta ser tan pequeña y opaca.

### **¿Mayor que Caleb?**

De la misma estirpe de Josué, lejos de temer y amilanarse como los otros diez espías y testigos infieles ante las ciudades fortificadas y los gigantes que habían visto, él estaba dispuesto a subir contra ellos en seguida, completamente confiado en el Señor.

*“...ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis.”* (Números 14:9)

Postergado por poco menos de cuarenta años, hasta que el resto de esa primera generación infiel que salió de Egipto quedase extinta, el Señor detuvo el reloj de su vida.

Así, a los ochenta y cinco años de edad podía decir que seguía tan lozano y vigoroso, que se sentía plenamente capaz, con la capacitación del poder de Dios – se sobrentiende – de desalojar a los gigantes que habitaban en la parte que le tocaba, la ciudad de Hebrón y sus alrededores.

De hecho, pudo lograr esto plenamente, y el campo y las aldeas de esta importante ciudad que conquistó fueron para él y los suyos, mientras que la ciudad en sí fue un centro de acogida y lugar de refugio, como así también la morada de los sacerdotes hijos de Aarón, que ejercían el sagrado oficio delante del Señor.

En fin – toda una merecida y honrosísima distinción, que nos hace decir por duodécima vez ¡qué pequeña y desdibujada se nos aparece la figura de Juan Bautista ante este otro coloso de antaño!

Sin preocuparnos por el orden cronológico, ni por la mayor o menor grandeza relativa de cada uno, hemos tomado a doce insignes varones del Antiguo Testamento, a medida que se iban presentando en nuestra mente y recuerdo.

Las distintas virtudes y la grandeza de todos ellos son innegables, pero la ya citada afirmación de Jesús, de que *“entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”*, nos obliga a indagar en qué radicaba su grandeza, que determinó que ninguno fuera mayor que él.

La postura de que, al decir Jesús que no se ha levantado uno mayor que él, daría lugar a sostener que sí se han levantado otros iguales que él, no nos parece que pueda tener verdadera consistencia.

Evidentemente, el tenor de la afirmación de Jesús lo coloca por encima de todos los demás nacidos de mujer – de eso, que no nos quepa duda alguna.

¿En qué, pues, y por qué, fue mayor que todos los demás?  
Enumeraremos, con algún breve comentario aquí y allá, algunas de las razones.

*“Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta.”* (Mateo 11:9)

Todos los demás, de un modo u otro, profetizaron de la venida del Mesías prometido. Mas a Juan Bautista, por expreso designio divino, se le otorgó el privilegio mucho mayor de ser Su precursor, es decir, el mensajero enviado inmediatamente antes de Él, que le iba allanando el camino, a la par que lo proclamaba a Su llegada diciendo: *“He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.”* (Juan 1:29)

Creemos que ésta es en verdad la razón principal y más importante, avalada también por estas otras palabras de Jesús dirigidas más tarde a Sus discípulos

*“...muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.”* (Mateo 13:17)

A esa primera razón tenemos que agregar varias virtudes muy distinguidas, que lo señalaban como el hombre ideal para un cometido tan elevado y glorioso.

En un principio de su ministerio alcanzó unos días de gran popularidad, al venir a él multitudes de toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán. (Mateo 3:5)

Sabemos que la fama y la popularidad muy bien pueden engolosinar a quienes disfrutan de ellas, y no resulta nada fácil, sin la gracia de Dios, ver de buen grado que otro venga a desplazarlo a uno y a llevarse a las multitudes, mientras que uno va perdiendo todo el brillo y termina por quedarse solo o con muy pocos.

Esto le sucedió a él, y, sin embargo, al venir tantos a escuchar a Jesús hablar con las palabras de amor del esposo, y dejar al mismo tiempo de escucharlo a él, dijo con toda nobleza que *“...el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, éste mi gozo está cumplido.”* (Juan 3:29)

En pocas palabras, humildad absolutamente genuina; abnegación, y nobleza a carta cabal.

A estas virtudes hay que agregar su valentía al denunciar al rey Herodes su pecado, como ya hemos visto, sabiendo muy bien que le costaría la cárcel.

Y en ese lugar, al cual llegó por su gran valentía y fidelidad a su Dios santo y justo, la antorcha de su vida fue languideciendo, hasta extinguirse en la oscuridad y tras las rejas de su prisión.

Afuera, mientras tanto, y en las calles y la plazas de Jerusalén, en Galilea, Samaria y Judea, la luz del Sol de Justicia preanunciada por esa antorcha fiel y ardiente, empezaba a brillar con el esplendor del nuevo día de la gracia que iba amaneciendo.

Para entonces, la antorcha de su vida ya había cumplido su misión de arder y alumbrar en la noche muy oscura en que fue encendida. Ahora yacía apagada en el frío suelo de la cárcel, mientras que, premiada y engalanada con la corona del mártir, su alma noble y fiel era recibida por su Dios en las moradas eternas.

Esta apreciación de Juan Bautista por parte del Maestro, que lo coloca por encima de toda esa galería de grandes siervos del pasado, nos debe dar bastante que pensar.

Vemos en la misma que muchas cosas que nos llaman la atención,

ya sea por su carácter milagroso, sus efectos visibles, sus resultados prácticos y numéricos, o bien por su resonancia pública, no cuentan necesariamente en la perspectiva divina como lo de más peso e importancia.

En cambio, comprobamos que las virtudes del carácter, tales como el verdadero altruismo, la auténtica humildad, de la mano de la abnegación y la valentía para luchar irrenunciablemente por la verdad y la justicia, constituyen los pilares principales en la evaluación de nuestras vidas por parte de nuestro Dios, el Juez Supremo.

Que el Señor nos ilumine y ayude a todos, para ver y discernir según esa perspectiva celestial, y no según la terrenal, que suele estar tan reñida con ella.

Nos tememos que en muchas ocasiones y situaciones de algunas partes del cristianismo de la actualidad, la palabras de Jesús en Lucas 16:15 – “...*lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación*” – tienen clara y puntual aplicación.

Al traernos en Su doctrina la perspectiva divina, Jesús presentó conceptos e hizo afirmaciones que, a menudo, poco o nada tenían que ver con lo que la gente daba por sentado como correcto, o comprendía que era lo que cabía y correspondía.

De sus afirmaciones podemos decir que muchas eran inesperadas e imprevistas; algunas traían verdades nuevas que nunca antes se habían enunciado, por lo menos de la forma en que Él lo hacía; otras resultaban sorprendentes y muy inquietantes, y otras eran sencillamente asombrosas.

Dentro de la categoría de estas últimas, se encuentra la que debemos desgarnar y comentar a continuación, por estar inmediatamente después de la que acabamos de tratar.

Pero, para hacerlo, pasamos al capítulo siguiente.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 7 – Menor que el más pequeño en el reino de los cielos.**

*“...pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.”*  
(Mateo 11:11b)

Ésta es una afirmación verdaderamente asombrosa.

Jesús nos está diciendo que tú, querido lector, y el autor de este libro, y otros más que podemos considerarnos como muy pequeños, somos mayores que Juan el Bautista, del cual a su vez, acababa de decir que, de los que nacen de mujer, no se ha levantado otro mayor que él.

¿Cómo se entiende esto?

Para nosotros, evidentemente la clave que nos da la respuesta es la frase “*de los que nacen de mujer.*”

Aquéllos que verdaderamente hemos entrado en el reino de los cielos, amén de nuestro nacimiento natural de la madre que nos dio a luz, hemos tenido un renacimiento sobrenatural y espiritual al nacer del Espíritu de Dios.

Esto de por sí nos ubica en un orden y un reino superior.

A veces hemos dado el sencillo ejemplo de una piedra preciosa de gran precio, contrastada con una planta – digamos, un rosal – cuyo precio en términos monetarios sería mucho menor.

No obstante, la piedra preciosa en sí, por ser del reino mineral, es estática y no tiene vida ni capacidad de reproducción.

Por el contrario, el rosal, que pertenece al reino vegetal – no al



mineral – tiene vida en sí, con capacidad para crecer, desarrollarse y reproducir, lo que lo coloca en un nivel superior.

En realidad, estamos en el terreno de la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo. Juan el Bautista representaba la culminación, la puntada final, si cabe la expresión, del antiguo pacto. En cambio, cualquier hombre o mujer realmente renacido está dentro del régimen superior del nuevo.

De esta diferencia, y de la superioridad del nuevo, tenemos claras y abundantes matizaciones en muchas Escrituras, entre ellas, de manera especial, 2ª. Corintios capítulo 3 y la mayor parte de la epístola a los hebreos.

En las epístolas de Pedro también tenemos varias que apuntan en el mismo sentido, particularmente dos, a saber:

*“...nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...”* (2ª. Pedro 1:4)

Esta gracia tan superlativa de ser participantes de la naturaleza divina, no se acordaba bajo el antiguo régimen de la ley mosaica.

El siguiente pasaje, tomado de 1ª. Pedro 1:10-12, lo confirma claramente y con todo énfasis:

*“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos.”*

*“A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo, cosas en las que anhelan mirar los ángeles.”*

En Su muy bien conocida conversación con Nicodemo, de que se nos da cuenta en Juan 3, Jesús afirmó de la manera más categórica:

*“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”* (Juan 3:3)

Es decir que, confirmando lo dicho anteriormente, quien está en el reino de Dios, se diferencia de los que no están en él por haber tenido, además del nacimiento natural, un segundo nacimiento, que es espiritual, de lo alto, y por el Espíritu de Dios.

Dado que en la cita de Mateo Jesús empleó las palabras *“el reino de los cielos”*, y en las de Juan 3:3 y 5 dijo *“el reino de Dios”*, estimamos oportuno y necesario hacer una importante apreciación.

Algunos han afirmado, oralmente y tal vez también por escrito, que no son la misma cosa. Según ellos, el reino de Dios está por encima del reino de los cielos, infiriendo que quienes están en este último se encuentran en una escala o grado inferior a los que están en el primero.

Sin embargo, como resultado de una consideración objetiva e imparcial de lo que aportan las Escrituras sobre el tema, hace ya unos buenos años llegamos a la conclusión de que, en realidad, son sinónimos, es decir que se trata de dos nombres distintos para designar la misma cosa.

Notemos que *“el reino de los cielos”* sólo aparece en Mateo, en treinta y tres ocasiones para ser precisos, mientras que *“el reino de Dios”* en el mismo evangelio sólo aparece unas pocas veces.

En los otros tres evangelios y el resto del Nuevo Testamento, sólo encontramos *“el reino de Dios.”*

De una simple comparación entre pasajes de Mateo con el *“reino de los cielos”* y de otros evangelios con *“el reino de Dios”*, vemos que hay una

absoluta coincidencia.

Veamos algunos, empezando por la versión de Lucas de la misma ocasión que nos narra Mateo:

*“Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.”* (Lucas 7:28)

Otros ejemplos:

*“Desde entonces comenzó a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* (Mateo 4:17)

*“...diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio.”* (Marcos 1:15)

*“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.”*

*“Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.”* (Mateo 19:23-24)

La versión de Lucas, por su parte, pone así:

*“Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas.”*

*“Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.”* (Lucas 18:24-25)

Además, están las palabras de Jesucristo dirigidas a Pedro en Mateo 16:19:

*“...y a ti te daré las llaves del reino de los cielos.”*

De ser correcta la tesis de que el reino de los cielos representa una categoría inferior al reino de Dios, tendríamos que concluir que a Pedro, Su primer apóstol, Jesús le dio las llaves de un grado inferior al reino de Dios, lo cual resulta totalmente inadmisibile.

Para cerrar este más bien extenso paréntesis, señalamos que, en su interpretación, las Escrituras deben ser tratadas con el máximo respeto. Cuando para justificar una cierta postura teológica que se pueda tener, se interpretan versículos o pasajes bíblicos con una indebida flexibilidad para hacerlos concordar con la postura que se sustenta, se corre el riesgo de crear confusión y caer en el error.

Retomando ahora el hilo central, volvemos a subrayar cuán privilegiados somos, por estar dentro del régimen actual de la gracia que nos ha legado el nuevo pacto.

No por méritos propios ni por metas alcanzadas en nuestra trayectoria, sino por pura gracia, somos depositarios de un tesoro inmensamente superior al que otorgaba la ley mosaica – y se lo debemos todo a Jesús, Quien tiene tanto mejor ministerio, como mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. (Hebreos 8:6)

Volviendo ahora al encuentro de Jesús con Nicodemo, éste, al dirigirse al Señor, lo reconoció como uno que había venido de Dios como maestro.

¡Cuánta razón tenía, y que Maestro maravilloso es Él en verdad!

Su elección del símil del nacimiento natural, para hacerle entender que, espiritualmente, eso le debe pasar de nuevo a uno para poder ver el reino de Dios, encierra un rico paralelismo, que es muy aleccionador y de mucha inspiración.

Miremos los puntos más importantes del mismo.

1)

Antes de nacer, la criatura en el vientre de una madre está completamente a oscuras. Al nacer, irrumpe en un lugar inundado de luz, donde nunca antes había estado.

De ahí la expresión *dar a luz* o *alumbrar* a un niño.

*“...para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz...”* (Los Hechos 26:18)

- 2) Mientras está en el vientre, si bien el corazón de la criaturita late, todavía no respira, y apenas si se percibe un vestigio muy leve de aliento. Al nacer, lo primero que se hace es comprobar si respira, y en caso negativo la partera suele darle unas suaves cachetadas en las nalgas. Esto hace que al llorar se le destaponen y abran las vías respiratorias, y así pueda aspirar el aliento de vida.  
¡Qué analogía preciosa! Es sólo cuando se llega al punto del renacimiento, que el alma recibe el soplo de vida del Espíritu de Dios, y así como en lo natural de ahí en adelante se ha de vivir merced a ese aliento de las narices, en lo espiritual se ha de vivir y andar por el Espíritu de vida, del cual se ha nacido, y el cual ha penetrado en las entrañas.
- 3) Cuando se acerca el parto, es importante que la posición de la cabeza de la criatura sea la correcta. Si no está inclinada y hacia abajo, para un parto satisfactorio se hace necesario un manipuleo que la ubique correctamente.  
La cabeza inclinada y gacha, nos habla de un estado de contricción que nos hace comprender nuestra necesidad de la misericordia de Dios, a la par que nos hace sentir totalmente indignos e inmerecedores de ella. Quien, tal vez por considerarse menos pecador que la mayoría, o que los más necesitados, no ha alcanzado ese estado de humillación, difícilmente podrá llegar a un genuino renacimiento.
- 4) Durante el embarazo, la criatura se encuentra rodeada de lo que podemos llamar un colchón de agua, que tiene la función de protegerla contra cualquier golpe imprevisto o accidental que la pudiera dañar.  
Hacia el final del embarazo, ese colchón de agua se rompe y las aguas se derraman, lo que normalmente da una clara señal de que el alumbramiento es inminente.  
El agua representa la palabra de Dios, que en muchos casos ha sido sembrada en un alma, u oída por ella. Aun cuando a esa altura no ha llevado a la conversión, la misma le sigue y persigue en su camino. Mas llega un punto en que, al igual que las aguas de la madre que se derraman, esa palabra corre a raudales, y le habla abundantemente y con gran urgencia.  
“Ésta es tu hora. No puedes postergar más tu respuesta. Tal vez no tengas otra oportunidad como ésta. No puedes seguir sintiéndote neutral. Hoy debes decidirte de una vez por todas. Seguir demorando podría resultarte fatal. Ahora – ya – debes dar tu vida a Cristo. Él te aguarda ansioso para darte el perdón y la nueva vida en Él que tanto necesitas. No te detengas. No esperes más.”  
Cuando se llega a esto, es señal inequívoca de que el nuevo nacimiento está a punto de acontecer.
- 5) Las contracciones que experimenta la madre, comúnmente llamadas dolores de parto, tienen el fin de ensanchar el conducto a través del cual ha de irrumpir el bebé. Cuanto esto último se aproxima, la partera suele, con el propósito de ayudar a la madre a dar a luz, exhortarla con palabras como éstas:  
“Empuja mujer, empuja, y tendrás la criatura.”  
Es claro que empujar cuando el dolor puede ser más intenso no es nada fácil, pero a pesar de ello, la madre debe alinearse con el poder y principio de vida que desde adentro pugna por salir, empujando con las dos manos a la criatura para que salga. Esto va en contra de su deseo normal, debido a que aumenta el dolor, pero es la forma más expeditiva de lograr el tan

deseado alumbramiento.

No son pocas las veces que a un alma, por su propia estrechez, le cuesta llegar al punto de renacer. En esa situación, aunque su orgullo, amor propio y posibles complejos se resistan y le duela, deberá “empujar” para que la nueva vida pueda abrirse paso y se pueda llegar a un feliz renacimiento.

- 6) Al nacer la criatura, lo más normal es que, casi en seguida se la oiga llorar. Uno que no sepa el por qué, podría comentar: “Vaya manera de comenzar la vida. Si ya empiezas llorando, ¡qué será de ti cuando tengas veinte años!” Pero hay una importante razón para ese llorar. Como anticipamos bajo el segundo punto, tiene el propósito de abrir las vías respiratorias, que generalmente se encuentran contraídas al nacer. Apenas si hace falta que acotemos que esto nos habla del corazón contrito, que irrumpe en ese llorar de arrepentimiento, el cual, por así decirlo, descongela el conducto espiritual, permitiendo así que la nueva vida en el Espíritu comience a manifestarse. Aunque este punto guarda una relación estrecha con el segundo, nos presenta otro aspecto del mismo: el arrepentimiento, que nunca ha de faltar en una conversión genuina.

- 7) Este último punto es uno *de contraste*. En efecto: en el nacimiento natural no hemos tenido voz ni voto. Ninguno de nosotros ha podido hacer una elección de antemano, optando por nacer y venir a vivir en este mundo. En cambio, ha sido por disposición divina - del Supremo Creador - la cual, valiéndose de la unión y el amor matrimonial de nuestros padres, nos ha dado la vida, junto con el privilegio y la responsabilidad que ella conlleva.

En el segundo nacimiento no es así. Ante la invitación del amor y la gracia del evangelio de Cristo, tenemos la opción de aceptarlo de buen grado y entrar en vida nueva, o bien de rechazarlo, y permanecer así en tinieblas y seguir muertos en delitos y pecados.

Que ningún lector que todavía no haya renacido, opte por esta segunda alternativa. Y que tampoco haya quien ha estado vacilando por bastante tiempo, de modo que coincida con lo que se dice de Efraín en Oseas 13:13

*“...es un hijo no sabio, porque ya hace tiempo que no debiera detenerse al punto mismo de nacer.”*

----- ( ) -----

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 8 – Bautismo en agua para arrepentimiento.**

*“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento...”* (Mateo 3:11)

*“Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados.”* (Lucas 3:3)

Ahora entramos en el vasto e importantísimo tema del bautismo, el cual trataremos en dos partes, destinando un capítulo a cada una de ellas.

Para empezar, y sin ánimo de entrar en polémicas, creemos que hay sobrada evidencia de que el bautismo administrado en el Nuevo Testamento era por inmersión, es decir, sumergiendo totalmente en agua el cuerpo de quien se bautizaba.

Por otra parte, esto coincide con la analogía que Pablo expone en Romanos 6 de estar sepultados por el bautismo con Cristo para muerte y

resurrección, lo cual examinaremos con cierto detalle en el próximo capítulo. (Ver Romanos 6:4)

Antes de continuar, también debemos señalar que en el Antiguo Testamento, no encontramos el bautismo como parte del ritual del sacerdocio levítico instituido por la ley mosaica.

Lo único que se asemeja vagamente son las abluciones o lavajes para quienes tenían impurezas, antes que el sacerdote los pudiera pronunciar limpios.

Las siete zambullidas de Naamán, general del ejército de Siria en el río Jordán, fueron un hecho único y no pueden presentar ningún precedente valedero.

De modo que, aun antes de entrar en vigor el Nuevo Testamento, Dios quiso introducir el bautismo de Juan para arrepentimiento como algo nuevo, y con un fin preparatorio, con miras a los bienes mayores y mejores que habían de venir inmediatamente después.

Algunas partes del resto de este capítulo podrán parecer, a primera vista, no del todo importantes ni relevantes. Con todo, si se las lee con detenimiento a fin de comprenderlas y ubicarlas debidamente, serán de mucho provecho para entender mejor lo que corresponde al régimen mejor del nuevo pacto, diferenciándolo correctamente de lo que a su vez corresponde al antiguo pacto.

Hecha esta aclaración, y continuando con nuestro hilo del bautismo para arrepentimiento, no está demás enfatizar aquí que el Señor necesita siempre que se prepare la tierra de antemano. Es un principio que el hombre conoce muy bien en lo natural: nunca se ha de echar la semilla con miras a una buena cosecha, sin antes labrar y preparar la tierra adecuadamente.

En lo espiritual, la preparación de la tierra tiene como elemento y factor primordial el arrepentimiento. Desde la caída de nuestros primeros padres, a lo largo de todo el recorrido del Antiguo Testamento, y también desde entonces y hasta el fin de los tiempos, el arrepentimiento ha sido y seguirá siendo una de las columnas fundamentales establecidas por Dios.

En realidad, es imprescindible que así sea. En efecto: al haber entrado el pecado en el género humano, cada hombre y cada mujer de este mundo está afectado por el mismo, con las horribles consecuencias que acarrea en términos de estar separados de Dios y expuestos a la ira venidera.

Ahora bien: el hombre o la mujer que no se arrepiente y considera que no necesita hacerlo, pues se piensa justo o justa, o si no, más bien que sus faltas y pecados no son por culpa suya, sino de algún otro, de las injusticias de la vida, o de lo que fuere, ese hombre, o esa mujer, decimos, está apoyándose en un terreno de mentira, totalmente exento de la realidad y la verdad.

Por ser un Dios de pura y estricta verdad, Él nunca podrá establecer una relación de absolución y perdón con quien esté ubicado en ese terreno falso. Aquí es donde con Su sencilla y clarísima lógica, Él ha establecido el arrepentimiento como el puente que permite superar el problema, y llevarlo a una solución satisfactoria.

La razón estriba en que el arrepentimiento empieza por sacar al pecador de ese terreno falso en que se encuentra, para situarlo en el de la verdad, al llevarlo a reconocer su propio pecado y culpabilidad.

Al estar entonces, en virtud de su arrepentimiento, correctamente ubicado en el terreno de la verdad, el Dios al que ya hemos calificado de ser de pura y estricta verdad, puede ahora, y recién ahora, establecer un trato con él sobre una base sólida y correcta – la única en verdad.

La autocompasión o lástima de uno mismo, el conceptuarse justo, o

el intentar acumular méritos propios para obtener el favor adivino, todos, absolutamente todos, quedan excluidos.

Esto nos explica el por qué en tantos lugares de las Escrituras encontramos un fuerte hincapié en la necesidad del arrepentimiento. (Ver, entre muchas otras citas, Lucas 13:1-5, Los Hechos 17:30 y 2ª. Pedro 3:9)

El simbolismo de ese bautismo de Juan para arrepentimiento, representaba un reconocimiento de encontrarse manchados y sucios por el pecado, y un someterse a ser sumergidos totalmente en el agua para así quedar limpiados y perdonados.

Desde luego que era algo transitorio que apuntaba a lo que había de venir muy pronto, lo cual iba a estar apoyado sobre las bases más firmes y sólidas del Nuevo Pacto.

Pero aun así, ese bautismo exigía más que el reconocimiento de haber pecado y la necesidad de ser perdonados. Para merecer la aprobación divina, debía ratificarse con un cambio del cual resultase un abandono del mal que se practicaba anteriormente.

Como vemos por la cita de Lucas 3:3 que pusimos al comienzo de este capítulo, Juan recorrió todo lo largo de la región contigua al Jordán predicando este bautismo, denominado del arrepentimiento para perdón de pecados.

Inspirado por el Espíritu Santo, Lucas cita inmediatamente a continuación el pasaje de Isaías 40:3-5, en que se preanuncia el ministerio preparatorio de Juan el Bautista, dando así claramente a entender que eso que estaba aconteciendo entonces en la ribera del Jordán era el cumplimiento puntual de esa importante profecía.

Dada su importancia, la transcribimos totalmente:

*“Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.”*

*“Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte o collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios.”* (Lucas 3:4-6)

La proclamación de Juan Bautista cundió poderosamente y grandes multitudes fueron a su encuentro para ser bautizadas. No obstante, él pronto advirtió que muchos de ellos no eran sinceros y sólo venían con la motivación de escapar de la ira venidera.

Después de reprenderlos, tildándolos de *“generación de víboras”* que sólo venían a ese fin, les exhortó con sus palabras muy bien conocidas y trilladas: *“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento.”*

Aquí tenemos, pues, lo dicho anteriormente: no bastaba con reconocer su pecado y someterse al bautismo – había que dar evidencias de que el arrepentimiento era sincero y real con una conducta posterior consecuente con él.

En su predicación y exhortación también agregó:

*“...y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.”* (Lucas 3:8)

¡Qué observación certera!

Cuando uno es confrontado con la verdad, muchas veces se pone a la defensiva, argumentando ser de la religión de sus padres, o algo de esa índole, del mismo modo que los judíos se escudaban en ser descendientes de Abraham.

Por lo tanto, les instó a que no hicieran semejante cosa, pues Dios podía – y puede – levantar hijos a Abraham de las mismas piedras.

Mas lo que dijo a continuación fue aun más contundente.

*“Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego.”* (Lucas

3:9)

De la forma más categórica les hace entender que no se pueden atrincherar detrás, o dentro de, refugios falsos. Cada uno de ellos era responsable por sus hechos y sería juzgado de acuerdo con los mismos; y en el tono más solemne les advierte que quien no lleve buen fruto será cortado y echado en el fuego.

Lo vemos aquí a Juan el Bautista como el predicador y mensajero fiel y franco; sin ambages ni rodeos, conciso, al grano, denunciando el mal y advirtiendo del peligro en que se está cuando se vive al margen del bien, la justicia y la bondad.

Afortunadamente, su predicación surtió un efecto muy saludable.

La gente, compungida y alarmada, comenzó a preguntarle:

*“Entonces, ¿qué haremos?” (3:10)*

Debemos considerar esto como un pequeño anticipo de lo que iba a pasar unos tres años más tarde, en el día de Pentecostés, cuando, después de predicar Pedro lleno del Espíritu Santo, la multitud que lo escuchaba *“...se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?”* (Los Hechos 2:37)

Es claro que la respuesta que le dio Juan el Bautista a la gente que venía a bautizarse, no podía ser la misma que Pedro dio en esa oportunidad de Pentecostés, pues el día de la gracia plena no había llegado aún.

En cambio, les exhortó a dar al que no tenía qué vestir o qué comer; a los publicanos, que no cobraran más de lo que correspondía, y a los soldados, que no extorsionasen ni calumniasen a nadie, y que se contentaran con el salario que les estaba asignado.

Como vemos, se trataba de un mensaje de arrepentimiento, llamándolos a deponer el mal y a darse a la justicia y al bien.

¿De qué manera prepararía el camino del Señor esta predicación?

Evidentemente, concienciando al pueblo de su responsabilidad de buscar el bien, y advirtiéndole del peligro que corría si no lo hiciese. Pero además, sensibilizando y enterneciendo los corazones.

No cabe duda de que esto sucede cuando se procede al arrepentimiento, mientras que si se persevera en el pecado pasa todo lo contrario.

A esta altura, resulta oportuno notar los significativos comentarios que poco tiempo después hizo Jesús sobre todo esto.

*“Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan.”*

*“Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan.”* (Lucas 7:29-30)

En Mateo 21:31-32 fue todavía más tajante:

*“De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios.”*

*“Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.”*

Cuando se tratan las cosas sagradas de Dios con hipocresía y justicia propia, se llega inevitablemente a un estado muy peligroso de endurecimiento del corazón, y de una conciencia corrompida y aun cauterizada.

Éste era el estado lamentable en que se encontraban los fariseos, los principales sacerdotes y los ancianos de ese entonces. Sin embargo, nos maravilla pensar que *aun para ellos Dios tenía buenos designios*, según lo dicho por Jesús que hemos citado más arriba. Por la predicación y el

bautismo de Juan, la misericordia divina aun a ellos les presentaba la oportunidad de recibir el inmenso bien que esos buenos designios les podrían procurar.

Triste y lamentablemente, los rechazaron por completo y no se sometieron por dos razones principales: no le creyeron a Juan, y además, seguramente pensaron que, en todo caso, eso era para los pecadores – los publicanos y las ramera – pero no para ellos, que se consideraban justos.

Vemos así los efectos tremendamente perniciosos de tratar las cosas de Dios con hipocresía, sobre todo cuando la misma va de la mano de la autojustificación. Les es mucho más fácil arrepentirse a los que son y se saben pecadores indignos, y que no se han metido hipócritamente en las cosas de Dios.

El resultado de la labor de Juan el Bautista, fue el de poner de relieve una clara divisoria entre los fariseos, escribas y ancianos por un lado, y el resto del pueblo por el otro.

Aquéllos se autoexcluyeron y quedaron endurecidos, mientras que éstos *“justificaron a Dios”*, en las palabras de Jesús que ya hemos citado, accediendo a bautizarse.

Esta misma divisoria continuó después de Pentecostés, con los fariseos, escribas y ancianos erigiéndose en enemigos acérrimos de los cristianos, así como lo habían hecho anteriormente con Jesús. El resto del pueblo, por el contrario, aprobaba y apoyaba a los apóstoles.

*“De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente.”* (Los Hechos 5:13)

En conclusión, vemos que, tanto en el nivel del ministerio preparatorio de Juan, como en el superior de la gracia traída por Jesús y ministrada por los apóstoles a partir de Pentecostés, el factor determinante fue el estado y la actitud del corazón.

Jesús lo resumió de una forma muy sintética, con la parábola que le propuso a los principales sacerdotes y ancianos en Mateo 21:28-30: ellos, los que se consideraban justos, entraban dentro de la categoría del hijo que le dijo al padre que sí cuando éste le pidió que fuera a trabajar en su viña, pero no fue.

Los otros – el pueblo, los publicanos, las ramera y los pecadores en general – estaban representados por el hijo que primero dijo que no, pero después, arrepentido, fue.

Inmediatamente después de la parábola, agregó la solemne sentencia que ya hemos consignado:

*“De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios.”* (21:31)

En suma, y como acotación final sobre el arrepentimiento, digamos que es una gracia que nos procura el primer peldaño, para entrar en la bendición de los buenos designios que Dios tiene para nosotros.

A Juan le tocó la labor de levantar y presentar al pueblo ese primer peldaño, y por cierto que lo hizo cumplidamente y con toda fidelidad.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 9 – Bautismo en el Espíritu Santo.**

*“Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.”* (Mateo 3:11 y Lucas 3:16)

El bautismo en el Espíritu Santo ha sido un tema que por mucho tiempo ha dado lugar a no poca controversia en el ámbito de la iglesia de Cristo.

Debemos reconocer, por empezar, que es una promesa para los hijos



de Dios que aparece tanto en los cuatro evangelios, como en el libro de Los Hechos.

La postura de que esa promesa tan reiterada fue algo con miras al día de Pentecostés solamente, y que en esa ocasión sucedió de una vez para siempre para toda la iglesia de todos los tiempos, no nos parece convincente.

Por una parte, tenemos una ocasión posterior en el libro de Los Hechos. Efectivamente: al explicar Pedro en Jerusalén lo que había acaecido en la casa de Cornelio, diciendo que el Espíritu Santo había caído sobre los que oían su discurso, de la misma manera que en Pentecostés al principio, agregó:

*“Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.”* (Los Hechos 11:16)

Es decir, que él identificaba lo que allí había acontecido como otro cumplimiento de la misma promesa, y además atestiguaba que había sido exactamente igual a lo experimentado por él y los primeros apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés.

Por otra parte, está el hecho bastante incontrovertible de que muchos siervos e hijos de Dios, a lo largo de la historia, han tenido esa misma experiencia, aun cuando con matices diferentes.

Quizá lo que más ha contribuido a convertirlo en un tema polémico, haya sido la insistencia por parte de ciertas vertientes del cuerpo de Cristo, de que es una experiencia que necesariamente debe darse con el sello de un determinado don – concretamente, el de lenguas.

Es harto sabido y comprobado, que muchos siervos muy dignos y que incuestionablemente han sido muy usados por Dios, han tenido la experiencia del bautismo del Espíritu Santo, pero sin que se manifestase ese don.

Adicionalmente, no siempre los que han manifestado haber experimentado el bautismo, han ostentado el testimonio ni la calidad de vida que sería dable esperar, lo que ha movido a no pocos a ver las cosas con cierto escepticismo.

No obstante, para ser justos, también debemos señalar que, como no podía ser de otro modo, hermanos y hermanas en Cristo que han recibido el auténtico bautismo en el Espíritu, han visto sus vidas espirituales revolucionadas y revitalizadas ricamente, y en una gran variedad de sentidos.

Nos proponemos tratar el tema en una forma inusual, viendo en el bautismo siete facetas distintas. Todas ellas están claramente enmarcadas dentro del Nuevo Testamento, y nos permitirán verlo en una proyección mucho mayor, como, lo que nos atrevemos a llamar, el bautismo séptuplo, o más sencillamente, el siete en uno.

No se asuste el lector, que esto no es una doctrina estrafalaria, sino, como irá viendo, será tomar la visión de este tema en la panorámica total que nos brinda el Nuevo Testamento.

Para apoyar lo que pasaremos a presentar, hacemos una breve introducción explicativa.

Entre las siete columnas de la unidad que Pablo nos presenta en Efesios 4:5-6 figura *“un bautismo”* en el singular.

Por otra parte, en Hebreos 6:2 encontramos el plural – *“la doctrina de bautismos.”* (La sugerencia que alguien ha hecho de que la palabra aquí podría ser *abluciones* no tiene consistencia, pues cualquiera puede verificar que el vocablo empleado en el original griego es incuestionablemente *bautismos*.)

Paralelamente, en el mismo pasaje de Efesios 4, Pablo pone *“un*

*Espíritu*” en singular, mientras que en Apocalipsis 1:4, 3:1, 4:5 y 5:6 figura “los siete *Espíritus*.”

Desde luego que la interpretación literal de que se trata de siete *Espíritus Santos* resulta totalmente inadmisibles, y en su lugar, debe interpretarse que se trata del *un Espíritu de Dios* en Su aspecto septidimensional, (#) (teniendo en cuenta que el número siete en las Escrituras, siempre, o casi siempre, nos habla de algo perfecto y completo.

Para mayor abundamiento, esto lo tenemos reflejado en Isaías 11:2, citado a continuación:

“y reposará sobre él el *Espíritu de Jehová* (1) *Espíritu de sabiduría* (2) y de *inteligencia* (3) *Espíritu de consejo* (4) y de *poder*, (5) *Espíritu de conocimiento* (6) y de *temor de Jehová* (7).”

Siguiendo este paralelo, nos proponemos presentar el bautismo en siete dimensiones o facetas, todas ellas parte de un todo completo que encontramos en el Nuevo Testamento.

En estas siete facetas o dimensiones, desde luego que no se entra todo de golpe y desde un principio. Normalmente, es después de algún tiempo de crecimiento y maduración, y también debemos puntualizar que no todos ni mucho menos, llegan a absorber o apropiarse la totalidad y vivir en la esfera de sus muchos beneficios.

También anticipamos que, por pertenecer al título del capítulo y a las palabras de Juan Bautista a que corresponde, nos hemos de centrar con mayor amplitud en la tercera y cuarta faceta – “*en Espíritu Santo y en fuego*.”

No obstante, comenzamos por el bautismo en agua.

1) *Bautismo en agua.-*

Como ya señalamos, debemos aceptar que el mismo debe ser por inmersión, entre otras razones, por corresponder mejor a lo que en realidad simboliza y que iremos viendo más adelante.

Fue claramente establecido por el Señor Jesús, según consta en Mateo 28:19 y Marcos 16:16, y es un testimonio público de un dejar atrás la vieja vida y emprender un camino nuevo, amando, obedeciendo y siguiendo al Señor.

En los muchos casos que se nos presentan en el Nuevo Testamento, se lo administraba casi inmediatamente después de la conversión o profesión de fe.

(#) Si bien este vocablo no se encuentra en el diccionario, nos tomamos la libertad de emplearlo, ya que se presta idealmente para lo que queremos decir, seguros además de que el lector no tendrá inconveniente en comprender su significado y alcance.

Sin embargo, algunos que en los últimos tiempos, y quizá con anterioridad también, para ceñirse estrictamente a las Escrituras lo han practicado de esta manera, se han encontrado, en general, con resultados desfavorables. En efecto, los bautizados con tanta prontitud no han dado posteriormente señales de un verdadero renacimiento.

El bautismo de Saulo de Tarso, como todavía se lo llamaba, nos da claros indicios de la solemnidad con que debe tomarse. Después de tres días sin comer ni beber, se encontraba físicamente muy debilitado. No obstante, una vez recobrada la vista por la oración de Ananías, quiso proceder primeramente a ser bautizado, y solamente después de haberlo hecho pasó a comer y beber.

Además, el vio en el bautismo un profundo sentido que más tarde

explicó en sus escritos - mayormente en Romanos 6 – y que más adelante examinaremos detalladamente.

¿El bautismo en agua tiene en sí virtud, o imparte una gracia especial? La respuesta es no en un sentido, pero sí en otro.

Si se lo administra esperando que, como consecuencia, se podrá superar algún problema pendiente, o se logrará alcanzar un mayor grado de fe o espiritualidad, generalmente se verá que eso no sucede.

El bautismo es, entre otras cosas, un testimonio externo de una transformación interna, y quien no ha experimentado esta última, creemos que no debe ser bautizado.

Ahora bien, en la parte positiva, tenemos los casos de quienes ya han experimentado, por la fe en Jesucristo, un cambio claro y visible que refleja la nueva vida en Cristo.

Quienes, en estas condiciones, dan el paso de bautizarse, seguramente que habrán de recibir la bendición que siempre resulta de la obediencia. Por el contrario, quienes lo postergan sin razón valedera – como podría ser, por ejemplo, un problema de salud – se verán retardados en su crecimiento espiritual.

El padre de quien esto escribe, que hace unos años partió a estar con el Señor, desde la temprana edad de unos doce años fue cautivo del vicio de fumar. Por años luchó contra el mismo, en alguna ocasión incluso con consejería y prescripción médica.

No obstante, todo eso fue en vano. Con todo, leyendo a diario la palabra, y seguramente merced a las insistentes oraciones a su favor de su esposa – mi difunta madre – y otros familiares, se fue despertando en su ánimo un deseo grande de convertirse y pertenecer al Señor.

Poco antes de Semana Santa del año 1960, se presentó ante los dos jóvenes que, como ancianos, presidían una pequeña congregación en la población de su residencia, con el fin de solicitar el bautismo.

Ellos sabían que todavía no había podido dejar de fumar. La norma en casos como ése era postergar el bautismo, pero su sinceridad y deseo de ponerse a cuentas con el Señor eran tan claros, que sintieron que debían acceder.

Por lo tanto, ese mismo domingo de Pascua procedieron a bautizarlo. Para él fue un paso muy grande, pues era muy bien conocido y bien respetado en esa pequeña localidad en que residía, e identificarse públicamente con el pequeño núcleo de evangélicos, significaba exponerse a la crítica y la burla de vecinos y conocidos.

No obstante, su determinación era bien clara y firme, y, después de salir de las aguas, nunca más en su vida volvió a fumar, y ni siquiera tuvo el menor deseo de hacerlo.

En esto vemos que recibió una gracia especial por su bautismo, pero la misma se debió a la sinceridad y el firme propósito con que quería obedecer al Señor y poner su vida totalmente en manos de Dios.

A pesar de este caso – tan favorable y también instructivo en cierta forma – hemos de decir que, en la gran mayoría de los casos que hemos conocido, quienes se han bautizado antes de dejar de fumar, posteriormente tampoco han podido dejar de hacerlo.

Y esto demuestra que, en la administración del bautismo, como así también, desde luego, en todo el resto de la gama de la vida cristiana y el ministerio, se debe ser guiado por el Espíritu en cada caso particular. Él es el de los siete ojos, que todo lo escudriña, y Él conoce mejor que todos nosotros los verdaderos deseos y las intenciones de cada corazón.

Un último punto sobre el bautismo. El Señor Jesús, a continuación de Su bautismo, fue llevado por el Espíritu al desierto, donde fue tentado por

Satanás. (Lucas 4:1-2)

A través de los años hemos observado que muchos creyentes, sin necesariamente ser llevados expresamente para ello por el Espíritu Santo, han sido tentados o atacados por el enemigo muy poco después de haber sido bautizados.

La principal razón estriba en el hecho de que, con el bautismo, uno asume una postura pública de identificación con Cristo ante el mundo que nos rodea. Satanás, desde luego que odia semejante testimonio, y junto con sus huestes demoníacas se empeña en combatirlo y tratar de frustrarlo con cuanto sutil y malvado recurso pueda.

Por esa razón, resulta muy aconsejable instruir y fortalecer a quienes han de bautizarse, incluso advirtiéndoles que a breve plazo podrían tener que enfrentar serias tentaciones y ataques del maligno.

## 2) El bautismo en el cuerpo de Cristo.-

*"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres..." (1ª. Corintios 12:13)*

Éste es un aspecto del bautismo que para muchos pasa desapercibido.

Al nacer de nuevo, pasamos a integrar el cuerpo de Cristo, es decir Su iglesia universal, de la cual, de hecho, nos convertimos en miembros.

Como se ha dicho hasta el cansancio, no se trata de pertenecer a una organización, sino de ser miembros de un organismo vivo.

Ahora bien, dentro del mismo Dios coloca los miembros como Él quiere, según Pablo nos señala en 1ª. Corintios 12:18.

Esto último es muy importante que se tenga bien presente: no es que nosotros podemos elegir o dejar a nuestro arbitrio personal el lugar en que habremos de estar ubicados dentro de la iglesia. Lo que corresponde, es que descubramos la voluntad de Dios al respecto, y una vez hecho esto, nos establezcamos y arraiguemos en el lugar de Su elección, y funcionemos en él con los dones y la capacitación que se nos han dado.

Por no entender bien este principio tan fundamental, muchos creyentes, al surgir la menor desavenencia, o algún roce por desacuerdo o lo que fuere, se marchan de buenas a primeras y tratan de situarse en otra iglesia que resulte de su agrado.

No vamos a detenernos para entrar en muchos detalles sobre este particular. Solamente acotamos que estas salidas precipitadas, resultantes de malentendidos, contenciones o discrepancia de criterios, generalmente no conducen a nada bueno.

Lo más sano y correcto es, sabiendo bien dónde Dios lo ha colocado a uno, permanecer firmemente anclado en ese lugar, entendiéndose que más tarde puede entrar en los planes divinos trasladarlo a otro lugar o destino.

En ese caso, la salida siempre deberá ser en armonía con los demás hermanos, y contando con la aprobación y la bendición del liderazgo.

Todo eso en cuanto al aspecto local de la iglesia.

En el más amplio ámbito de la iglesia regional, nacional e internacional y universal, debemos sentirnos hermanados con todos los verdaderos redimidos del Señor, si distinción de nacionalidad ni de raza, ni tampoco de la denominación o vertiente del cuerpo de Cristo a que pertenezcan.

Las únicas dos excepciones son las de quienes sustentan una doctrina claramente errónea en aspectos fundamentales – no secundarios o de forma – o un testimonio manchado por consentirse abiertamente el pecado.

Desde luego que nuestra comunión no alcanzará el mismo nivel con todos. Con algunos ha de ser estrecha y más profunda que con otros, pero sin despreciar nunca a estos últimos, sino amarlos y valorarlos como hijos

y siervos del mismo Dios al cual amamos y servimos.

Pertenecer de veras al cuerpo de Cristo universal es un gran privilegio. Los siervos de Dios que viajamos de lugar en lugar llevando la palabra, tenemos la dicha de poder alternar y tener comunión con muchísimos hermanos y hermanas, miembros del mismo cuerpo.

Eso nos permite ver en cada uno las maravillas de la obra de gracia en sus vidas, que los ha rescatado, bendecido, dignificado y hermo­seado como sólo Él puede hacerlo.

Descubrimos en muchos de ellos joyas pulidas, en las cuales el amor, la bondad, la verdadera humildad y la gracia brillan con un esplendor celestial, del cual ellos mismos tal vez no estén muy conscientes.

La verdad es que los hijos de Dios – el cuerpo universal de Cristo – somos los seres más benditos y felices de toda la tierra, miembros de la familia real que tiene por monarca al Rey de reyes y Señor de señores.

### 3)El bautismo en el Espíritu Santo propiamente dicho.-

Lamentablemente, este tema ha traído mucha polémica y controversia a través de los años, enfrentando y separando a preciosos siervos del mismo Señor, y en cuyas vidas moraba, y mora, el mismo Espíritu.

Deseamos tratarlo de una forma que no se preste para nada de eso.

Ya hemos puntualizado algunas de las causas que han dado lugar a desacuerdos y contenciones sobre el tema.

Nos proponemos dejar todo eso de lado, y centrarnos en la verdad bíblica que se nos presenta en el Nuevo Testamento, puesto que, como debe ser bien sabido, en el Antiguo no se habla en absoluto de una experiencia con ese nombre.

Creemos incuestionable que el verdadero sentido de la palabra bautismo es el de inmersión, es decir que se trata de sumergir a la persona que es bautizada.

En la revisión de 1960 de la versión de Casiodoro de Reina, Mateo y Lucas emplean la preposición *en*. (Ver Mateo 3:11 y Lucas 3:16)

En cambio en Marcos, Juan y Los Hechos tenemos otra preposición – *con*. (Ver Marcos 1:8, Juan 1:33 y Los Hechos 1:5 y 11:16)

Entendemos que esto se ajusta debidamente al original griego, y que ambas preposiciones reflejan aspectos distintos de la misma experiencia.

Cuando la misma tuvo lugar el día de Pentecostés, significativamente se nos dice:

*“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados.”* (Los Hechos 2:2)

El adverbio de modo *como* denota que era algo que se asemejaba a un viento recio, pero que no lo era precisa y exactamente.

En realidad, era el mismo Espíritu Santo, uno de cuyos símbolos, como sabemos, es el del viento. En el griego la misma palabra significa tanto viento como espíritu.

Es decir, que al llenarse toda la casa de eso que se describe como un viento recio, - pero que, como decimos, en realidad era el mismo Espíritu Santo – la misma se convirtió en un gran bautisterio, dentro del cual los ciento veinte discípulos se encontraron repentinamente sumergidos. No obstante, aunque parezca innecesario, permítasenos recalcar que no era un bautisterio lleno de agua, sino del Espíritu del Dios viviente.

De esta forma, la promesa del Señor se vio cumplida fielmente y al pie de la letra – quedaron bautizados, es decir, inmersos en el Espíritu Santo.

También resulta significativo que, al suceder eso, estaban todos sentados, no en pie ni de rodillas haciendo grandes esfuerzos por recibir la

bendición, como podría suponerse. Se encontraban sentados, en un estado de reposo.

*“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo...” (2:4)*

Al estar sumergidos y envueltos por el Espíritu Santo, sólo tenían que respirar para pasar a ser llenos de Él en su interior.

La única forma de evitarlo habría sido *no respirar* y así ¡perecer de asfixia!

A esta altura, intercalamos el testimonio de cómo nos sucedió a nosotros, hace ya unas buenas décadas.

Desde luego que la experiencia personal nunca debe emplearse para sustentar una doctrina o postura teológica, sino que, por el contrario, la misma debe estar basada en lo que dicen las Escrituras al respecto.

No obstante, cuando la experiencia personal concuerda con aquella o aquellas que están narradas en la palabra, sentimos que estamos pisando sobre un terreno sólido y seguro.

Hace unas buenas décadas, como decimos, quien esto escribe y su mujer se encontraban en un período de búsqueda muy sincera y ávida del Señor. Anteriormente habían cursado estudios bíblicos en un centro de enseñanza bíblica en la Argentina, donde recibieron muy buena base doctrinal, avalada además por el ejemplo de profesores y profesoras de testimonio intachable.

También habían sido usados por el Señor en alguna medida para ganar algunas almas para el reino de Dios, y sentían un vivo deseo de servir al Señor a tiempo pleno en el campo misionero.

Sin embargo, eran conscientes de que, para poder hacerlo con eficacia, necesitaban un algo que todavía les faltaba; y sabían que ese algo, tenía que ver con el que suele ser llamado la tercera persona de la Trinidad, o sea el Espíritu Santo.

El autor debía madrugar para ir a su lugar de trabajo y regresaba por la noche, bastante cansado.

Su esposa, por su parte, se encontraba embarazada de la que iba a ser su segunda criatura, y se trataba de un embarazo bastante dificultoso. A una altura temprana corrió peligro de abortar, aunque a la postre, la criatura nació sana y buena, y felizmente, hasta el día de hoy, vive en buena salud y con toda la capacidad y habilidad de una persona bien dotada, tanto física como intelectualmente.

En esa etapa, y en esas circunstancias, como decimos, ambos teníamos en nuestros corazones un deseo intenso de buscar el rostro del Señor.

Así, una vez acostado para dormir en su camita el hijo de casi tres años que ya teníamos, nos dedicábamos juntos a la oración y el estudio de la palabra.

En esto último, decidimos buscar en la Biblia, ordenadamente, cada referencia sobre el Espíritu Santo, partiendo desde el Génesis.

No pensábamos que esto sería una fórmula o receta especial para lograr lo que buscábamos. Antes bien, lo hacíamos con la convicción de que había una necesidad, un vacío en nuestras vidas de creyentes, y que la respuesta a esa necesidad estaba en la persona del Espíritu Santo de Dios.

Después de proseguir con ese estudio por varias noches, por fin llegamos a la última cita, en el libro de Apocalipsis.

Cerrada la Biblia y concluido el estudio, arrodillado junto a la cama, el autor comenzó a orar. No hubo ninguna manifestación sobrenatural, como de viento recio ni cosa semejante. En cambio, en la quietud de la noche, se sentía algo de la solemne y sagrada presencia del Señor en la pequeña habitación matrimonial en que nos encontrábamos.

La oración esa noche fue muy distinta de otras veces. Sentía que estaba tocando a Dios y Su trono, y al mismo tiempo que el Señor lo estaba tocando a él.

Excitado por lo que había acontecido esa noche, tardó bastante en conciliar el sueño.

Las palabras de Josué inmediatamente antes de que Israel cruzase el Jordán – “...*por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino*” (Josué 3:4) – se nos habían cruzado por la mente con anterioridad en más de una ocasión.

Mas esa noche, sabíamos que habíamos cruzado un puente muy importante, dejando atrás lo anterior, para entrar en una etapa nueva y un camino más alto y mejor, que hasta entonces no habíamos conocido.

Por sobre todas las cosas, sabíamos que nuestra vida ya nunca sería igual.

Las dos cosas que más se transformaron fueron la oración y la palabra de Dios, que son justamente las dos columnas que los primeros apóstoles estimaron irrenunciables, tal como consta en Los Hechos 4:4.

Más tarde – uno o dos años después – comenzamos a recibir los dones del Espíritu, y desde luego, todavía nos quedaba mucho por aprender, y también, bastante por desaprender.

Mirando las cosas retrospectivamente, agradecemos al Señor por dirigirnos a hacer ese estudio ordenado y consciente de la palabra, el cual precedió a la experiencia de aquella noche.

Entendemos que fue como fijar un fundamento sólido – una base bíblica firme y clara – sobre la cual había de apoyarse de ahí en más nuestro desarrollo y crecimiento, en un nuevo andar en el camino fresco y vivo del Espíritu.

Hemos intercalado este testimonio personal – algo extenso, por cierto – para hacer recalcar sobre todo, que en nuestra experiencia personal el bautismo o derramamiento del Espíritu Santo sobre nuestras vidas era algo imprescindible.

De no haber mediado la experiencia de esa noche, que fue como el amanecer de un nuevo día y una nueva etapa, nuestra vida habría continuado en una luz parcial y falta de tantas cosas que hemos ido viendo y absorbiendo desde entonces.

Por nuestra parte, no tenemos inconveniente en cuanto al nombre que se ha de dar a la experiencia, si bien, como ya dijimos, bautismo *en* el Espíritu Santo y bautismo *con* el Espíritu Santo, es lo que se la llama en los evangelios y Los Hechos.

Si otros prefieren llamarla ser llenos del Espíritu, como también figura, aunque en un contexto algo diferente, tanto en los evangelios como en Los Hechos y en Efesios 5:18, por nuestra parte nada tenemos que objetar. Lo esencial es que uno sepa sin lugar a dudas que ha sido lleno del bendito Espíritu de Dios, en una llenura que – resulta importante añadir – puede y debe renovarse a medida que se avanza en el camino.

Las Escrituras nos dice claramente que, al acometer Su ministerio terrenal, Jesús fue lleno del Espíritu Santo, y que operaba merced al poder y la unción del mismo. (Ver Lucas 4:1, 14 y 18, entre muchos otros pasajes.)

Si para Él, el Hijo Eterno de Dios encarnado y hecho hombre, eso era imprescindible ¡cuanto más lo será para todos los demás hijos de Dios que quieran servirle con peso, autoridad y eficacia!

No se nos deben quedar en el tintero unos párrafos en cuanto a cómo se debe – y cómo no se debe – buscar el bautismo en el Espíritu.

Es muy importante que se comprenda bien que las motivaciones del corazón deben ser correctas. Se puede buscarlo con el deseo de tener

poder, o con otros, sutilmente escondidos en el fuero interno, tales como el de descollar en el ministerio, tener una iglesia súper bendecida, etc.

El Señor solo conoce bien a fondo las intenciones del corazón, pero por la parte de cada uno debe mediar un examen franco y sincero de lo que en realidad se está buscando.

En forma muy concisa, esto debe ser el vivir limpiamente delante de Dios cada día y estar capacitado para servirlo *según Su voluntad*, y en el lugar y la medida que Él disponga, y no en lo que uno mismo quiera o se proponga.

En el libro de Los Hechos tenemos casos en que el Espíritu Santo fue mediado a través de la imposición de manos. Tales la ocasión que se consigna en Los Hechos 8:14-17 en que los samaritanos convertidos bajo la predicación de Felipe el evangelista, lo recibieron por la imposición de manos de Pedro y Juan; la de Los Hechos 9:17 en que Saulo de Tarso fue lleno del Espíritu Santo por mediación de Ananías, y la del capítulo 19, versículo 6, en que vemos que los discípulos efesios - que sólo tenían luz y enseñanza parcial - lo recibieron al imponerles las manos el apóstol Pablo.

No cabe duda de que esta virtud de ministrar a otros el Espíritu Santo, o Su plenitud, sigue en pie hasta el día de hoy.

No obstante, nos hacemos un deber puntualizar otro aspecto muy importante, y que encontramos con anterioridad inmediata a Pentecostés, y también en el caso de Saulo de Tarso los tres días que estuvo en Damasco, sin comer ni beber y entregado totalmente a la oración.

Nos referimos a un buscar al Señor con absoluta transparencia y con el mayor ahínco y empeño, como una labor preparatoria de la mayor importancia.

Cuando un hijo de Dios, atraído con cuerdas de amor, se acerca al trono de la gracia en una búsqueda sincera, despojado de egoísmo y con hambre y sed, es cuando puede esperarse un resultado satisfactorio y con derivaciones fructíferas y duraderas.

Oramos que el Señor dé a cada lector la sabiduría y la gracia necesarias, para estar delante de Él en las condiciones ideales, que conduzcan a una cristalización feliz de sus deseos y su búsqueda.

Jesús dijo en más de una ocasión que muchos son llamados, pero pocos escogidos.

Quiera el lector darse tan de lleno a esta búsqueda, y con tal sinceridad y limpieza, que lo conviertan en uno de los privilegiados escogidos.

#### 4) Bautismo en fuego.-

*"...él os bautizará en Espíritu Santo y fuego."* (Lucas 3:16)

*"...y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos."* (Los Hechos 2:3)

Podría darse por sentado que todos los que reciben el bautismo del Espíritu Santo, también son bautizados en fuego, pero la experiencia práctica demuestra palpablemente que no es así.

No nos sentimos capacitados para dar una razón clara, bien fundamentada en las Escrituras, que explique el por qué. Tampoco creemos que sería sabio formular conjeturas o ahondar buscando explicaciones, que bien podrían ser correctas, pero que también podrían no serlo.

Solamente lo presentamos como un hecho concreto en el pragmatismo de la vida eclesial y el ministerio. Estimamos que siervos avezados y con un espíritu franco e imparcial, estarán de acuerdo en que, en la práctica, es eso lo que sucede.

Es decir, que hay creyentes que dan claras muestras de haber sido



bautizados en el Espíritu Santo. Sin embargo, el ojo o el olfato de quien ha recibido de veras el fuego celestial, advertirá que el mismo no da señales de presencia en ellos.

Para algunos esto puede presentar reparos e interrogantes. Tal vez les ayude el pensar que la ocasión inicial de Pentecostés, es la única en Los Hechos en que se nos señala puntualmente el fuego, o mejor dicho, lo que era *como* el fuego.

Esto no da pie a que descartemos por completo que se haya dado en las otras ocasiones del relato de Lucas. De hecho, Pablo evidentemente recibió ese fuego y se lo medió a Timoteo por la imposición de manos.

*“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.”* (2ª. Timoteo 1:16)

También, muy posiblemente se lo haya comunicado también a muchos más, como Tito, Aristarco, Epafras y otros.

La experiencia del autor en cuanto a esto, no puede encasillarse en ningún patrón teológico. El bautismo en el fuego celestial lo recibió a la temprana edad de quince años, sin buscarlo y ni siquiera saber nada de él.

En efecto: al escuchar por primera vez en su vida el mensaje del evangelio claramente presentado, y antes de que finalizase la predicación, su pecho fue atravesado por unas dos o tres ráfagas consecutivas de un fuego poderosísimo, el cual le impactó profundamente, haciéndole muy consciente de la santidad y majestad de Dios.

Esa misma noche y la siguiente, a solas en su habitación, dio la respuesta al mensaje que había escuchado, expresando en oración su arrepentimiento por sus pecados y su fe en la muerte de Jesucristo en lugar suyo y Su resurrección al tercer día.

Fue el inicio de su vida como creyente e hijo de Dios, hace ya nada menos que sesenta y seis años – el comienzo de una larga trayectoria, que en los años inmediatamente posteriores supo de muchos altibajos, e incluso de una etapa de franca decadencia.

No obstante, esa llama impartida sin ninguna duda por el Espíritu Santo, si bien quedó sumergida o en un estado de languidez, por así decirlo, no pudo ser extinguida, ni por sus propias torpezas, ni por el odio con que el enemigo trató de hacerlo.

Llegada la ocasión del derramamiento del Espíritu Santo en su vida, narrada en el punto anterior, la bendita llama comenzó a resurgir y avivarse. Posteriormente, en comunión con otros que también conocían por la experiencia el fuego santo, se encontró con que cobraba más intensidad, y también comenzó a entender el fin que la misma perseguía, según el designio divino, asignado para su pequeño destino en la vida.

Ese fin ha sido desde entonces, entre otros, el de impartir de alguna manera a otros esa bendita llama celestial.

*“Lo que hago, tú no lo comprendes ahora; más lo entenderás después”* le dijo Jesús a Pedro en Juan 13:7.

Muchas veces es así:- el Señor hace algo en nuestras vidas que no esperamos o que no comprendemos, pero más tarde, con el correr del tiempo se van desenvolviendo los acontecimientos, de modo tal que llegamos al punto de entender por qué y para qué lo hizo.

Y esa mirada retrospectiva no sólo entiende el por qué y para qué, sino que también aprecia y valora con inmensa gratitud la sabiduría, pericia y gracia del Señor, desplegadas en todo Su trato con uno.

A esta altura, no debemos dejar de señalar la gran diversidad de formas en que el Señor ha obrado y obra en Sus siervos y siervas. Muchos llegan a un mismo fin, pero, llevados por Su mano diestra y poderosa, por vías y senderos totalmente dispares.

Por eso, entendemos que tratar de encasillar la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo dentro de un mismo patrón, fijo e inamovible, y aplicable para todos por igual, es un craso error que refleja una falta evidente de madurez y de criterio.

Sin ir más lejos, en el Nuevo Testamento tenemos el caso de Pedro y de Pablo – los dos más grandes apóstoles del primer siglo – que llegaron a recibir la plenitud del Espíritu Santo de maneras muy , distintas.

Las verdades cardinales siempre han de estar presentes, pero, como Artífice Supremo que es, el Señor se reserva el derecho de moldear y forjar a unos y a otros de la forma especial y más indicada, según la idiosincrasia, la necesidad y el propósito que Él tiene para con cada uno de Sus hijos.

Hablando del fuego celestial en sí, no se lo debe confundir con euforias, histerismos, ni gritos desaforados, que algunos a veces interpretan como muestras de fuego, poder o unción.

Verdad es que, impregnado del fuego divino, uno puede a veces levantar la voz, como vemos que lo hizo Jesús en más de una oportunidad. (Ver Lucas 8:8, Juan 7:37, etc.)

Con todo, ha de ser con un hablar potente, pero limpio y claro, y que en realidad transmita a los que escuchan el bendito calor de la llama celestial, debidamente enmarcado, claro está, dentro de verdades bíblicas, también limpias y claras.

En ese sentido, hemos reflexionado, y también compartido muchas veces sobre algo que nos llama la atención en un extenso pasaje de Deuteronomio, que abarca desde el capítulo cuarto hasta el décimo.

En el mismo encontramos en nada menos que diez ocasiones, una referencia a que el Señor había hablado a Su pueblo de en medio del fuego. (Ver Deuteronomio 4:12, 15, 33 y 36; 5:4, 22, 24 y 26: 9:10 y 10:4)

Teniendo en cuenta Escrituras como Hebreos 1:7 – *“El que hace... a Sus ministros llama de fuego”* – nos hemos propuesto, y hemos exhortado a otros también, a hacer lo que se nos dice que Dios hizo, y desde luego, sigue haciendo.

Y esto es, antes de que nos toque ministrar la palabra de Dios, meternos dentro del fuego celestial, de ese trono que es fuego consumidor, para que así podamos comunicar y propagar esa llama bendita de amor, santidad y fe, que tanto nos eleva a Dios y a todo lo que es noble y puro.

En fin:- que el bautismo en fuego es algo prometido en las Escrituras, y que constituye una parte integral de este gran bautismo total que estamos considerando.

Como tal hemos de buscarlo, y quienes ya lo hayamos experimentado, hemos de atesorarlo y no permitir que la bendita llama languidezca, antes bien, hemos de cuidar bien de mantenerla viva y ardiente.

##### 5) Bautismo en la muerte de Jesús.-

*“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo...”* (Romanos 6:3-4)

Éste es un aspecto del bautismo que para muchos no cuenta en absoluto. Sin embargo, por esta cita que hemos consignado vemos la gran importancia que Pablo le atribuye, señalándolo como algo clave para todo el resto de la enseñanza del capítulo – enseñanza ésta, por otra parte, que abarca algo totalmente práctico de la vida cristiana.

En realidad, para un concepto integral del bautismo, debemos entender que se trata de una unión e identificación total con Cristo Jesús. Una parte de la misma debe ser, necesariamente, la de morir con Él y en Él, y la

faceta siguiente que hemos de ver – la de resurrección y novedad de vida en Él - nunca puede ser, sin haberse abrazado de lleno primeramente una unión con Él en Su muerte.

No debemos pensar en esto último, como algo que se da por sentado que sucedió en el momento de la conversión, y ya ha quedado atrás, y, casi diríamos, olvidado como algo del pasado.

No cabe duda de que la experiencia de Pablo fue tan radical y tan drástica, que al ser bautizado al tercer día en Damasco, para él fue un abrazar la muerte en cuanto a todo su pasado, al gran error en que se encontraba, y también a su viejo hombre o naturaleza pecaminosa – y esto, de la manera más categórica y real.

No obstante, hemos de reconocer que son rarísimos los casos en que esto sucede en la experiencia práctica, tan pronto después de la conversión. La inmensa mayoría, en un principio apenas si comprendemos verdades elementales, tales como el arrepentimiento y la fe en la obra expiatoria de Cristo para el perdón de pecados.

Sin embargo, quienes perseveran en un anhelo real de crecer y ahondar en la vida cristiana, generalmente llegan a entender la necesidad de un morir con Cristo, a fin de poder andar de veras en la dichosa novedad de vida que Su resurrección nos ofrece y otorga.

En ese proceso, se va más allá de pensar en *pecados* (plural) en sí, para tomar conciencia del *pecado en sí* (singular) como un principio que se encuentra arraigado dentro de la misma naturaleza de uno.

Siguiendo en ese proceso, en el cual suele haber un trato sabio y personal del Señor con cada uno, se cae en la cuenta de que la única salida es la de la muerte.

De esta forma, se descubre que el plan divino de redención va mucho más allá de lo que se pensaba o sabía – que Cristo, en Su muerte en la cruz no sólo se llevó nuestros pecados, sino también nuestra vieja vida – o el viejo hombre – como se lo llama en Romanos 6:6.

*“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”*

¡Qué gloriosa liberación!

Después de luchar infructuosamente contra el pecado y darse por vencido y quedar sin esperanzas...descubrir esta escapatoria gloriosa que Dios ha provisto con tanta gracia y sabiduría.

No más forcejear, ni luchar, ni debatirse con las pocas fuerzas que le quedan a uno – sino sencillamente capitular, rendirse y MORIR EN CRISTO.

El autor ha compartido en más de una ocasión su experiencia personal al respecto.

Hace ya varias décadas, bajo el trato del Espíritu Santo en su vida, llegó a ver a su viejo hombre, la naturaleza carnal, como algo tan egoísta, tan rebelde y tan malo, que llegó a causarle un odio santo y a sentirse asqueado de todo ello.

Si bien nunca había caído en pecados como el crimen, adulterio o fornicación, llegó a verse, ante la santidad purísima de Dios, como totalmente inicuo e incurable, y para lo cual lo único que correspondía era la sentencia de muerte, que, por la palabra de Dios entendía, ya había sido dictada en el Calvario.

Así, acostándose en el suelo, totalmente extendido de la cabeza a los pies, una mañana abrazó por fe esa muerte y sepultura con Cristo, permaneciendo en esa posición por un buen rato, para absorber y asimilarlo plenamente.

Eso marcó un hito importante en su trayectoria. Desde luego que, en

las vicisitudes, problemas y pruebas enfrentados a posteriori, ha tenido, y tiene que, ratificar esa posición de fe adoptada en ese día, en un todo en consonancia con la exhortación de Pablo en Romanos 6:11:-

*“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.”*

Concluimos expresando nuestra convicción de que es muy importante que se tenga una comprensión adecuada de esto – que el unirnos e identificarnos con Cristo en el bautismo, necesariamente ha de incluir hacerlo también con Su muerte.

De lo contrario, el fruto imprescindible de la santificación, de que se habla hacia el final del capítulo sexto de Romanos, podría muy bien no alcanzarse, con las consabidas consecuencias perjudiciales, que, en tantos casos, han manchado el testimonio y hecho añicos las labores tesoneras de muchos años.

#### 6.) Bautismo en la resurrección de Cristo.-

*“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.”*

*“...a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.”* (Romanos 6:4-5)

Ésta es la siguiente faceta del bautismo, que viene, en un orden natural y lógico, después de la anterior de la muerte.

Sin querer ser indebidamente críticos, y mucho menos enjuiciatorios, debemos afirmar, sin embargo, que algunos buscan la vida de resurrección, y tal vez hacen mucho hincapié en ella, pero sin haber pasado previamente por el aspecto anterior que hemos tratado, de morir con Cristo, y en Cristo.

Apenas si hace falta volver a puntualizar que no puede haber una resurrección real, sin que antes se haya experimentado la muerte.

Habiendo dejado eso en claro, pasamos a señalar ahora que, consistiendo el bautismo en una unión e identificación total con Cristo, Su resurrección, de hecho, necesariamente forma parte del mismo.

Esto equivale a decir que, en la visión completa del bautismo, la resurrección de ninguna manera puede omitirse o dejarse de lado.

Además de los versículos de Romanos 6 que ya hemos citado, tenemos lo que se nos dice en Efesios 2:5-6:-

*“...aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos) y juntamente con él nos resucitó...”*

Para mayor abundamiento, tenemos otra cita – ésta del Antiguo Testamento – que predice nuestra resurrección.

*“Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.”* (Oseas 6:2)

Así, tenemos la verdad gloriosa de que nuestra muerte y nuestra resurrección en Cristo y con Cristo, fueron dos cosas que ya acontecieron como hechos consumados por Dios en el Espíritu ese día de la crucifixión del Señor, y el primer Domingo de Pascua cuando Él resucitó, respectivamente.

Esto no queda contradicho de ninguna manera por ser dos cosas que se verifican y revalidan en nuestra experiencia personal ahora, casi dos mil años más tarde.

En efecto: siendo dos cosas consumadas, como ya dijimos, en y por el Espíritu, no se encuentran condicionadas ni por el tiempo ni por el espacio, a un lugar geográfico determinado.

Al tomar plena conciencia de esta verdad y apropiarla por la fe, sucede igual que con nuestros pecados, llevados por Él en el Calvario muchos años antes de que fueran cometidos.

Es decir, que lo acaecido en el Calvario y en ese primer Domingo de Pascua – Su muerte y Su resurrección – trascendiendo las barreras de tiempo y espacio, llegan a revalidarse en nuestras propias vidas muchos años después, y dondequiera que nos encontremos, por la virtud del Espíritu Santo.

La vida de resurrección que tenemos en Cristo, se define como una vida nueva regida por los dictados del Espíritu de Dios, y que ya no está bajo el régimen viejo de la letra, según reza en Romanos 7:6.

No obstante, se hace necesario aclarar que esto no significa, de modo alguno, el dejar la letra de las Escrituras para ser guiados siempre y solamente por el Espíritu. Esto último es un evidente error, que raya entre la ignorancia y el fanatismo; tristemente, algunos han caído en él para su propio perjuicio espiritual.

La letra de las Escrituras – valga la frase – queda firmemente en pie, pero con la diferencia de que, con el hálito bendito del Espíritu, adquiere nueva fragancia, frescor y vida. Quienes lo están viviendo y experimentando, por cierto que saben bien la gran diferencia entre esto, en lo cual se conjugan las dos grandes ES, a saber, Escrituras y Espíritu, - y lo anterior de contar sólo con las Escrituras, y carecer del soplo vivificante del Espíritu.

La vida de resurrección también se puede resumir diciendo que se trata de caminar a diario como muertos al pecado, mas vivos para Dios, para servirle en Su plena voluntad, en amor, santidad, humildad y fe.

Aunque sin que se deba aplicar a rajatabla, y como si no pudiera haber ninguna excepción, es una vida que también nos imparte salud y energía física, para poder vivir cada día en la voluntad divina que nos ha sido trazada.

Para ello tenemos una promesa bien concreta, de la cual podemos y debemos echar mano:-

*“Y si el Espíritu de aquél que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”*  
(Romanos 8:11)

De verdad, esto es un precioso punto de apoyo para la palanca de nuestra fe. Haciendo uso de él y valiéndonos de ella – nuestra fe – podremos vivir en resurrección cada día, con fuerzas y vitalidad suficientes para cada tarea que nos asigne el Maestro.

Por último, la vida de resurrección es eterna, y como tal, no ha de conocer la muerte jamás.

*“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá. Y todo aquél que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”* (Juan 11:25-26)

Nuestro cuerpo mortal – de no mediar antes la venida del Señor – tarde o temprano habrá de perecer, pero la nueva vida impartida en nuestro ser interior por el Espíritu cuando renacimos, ha de perdurar por toda la eternidad.

¡Bendita esperanza, cierta y segura, que hace que los que somos Suyos de verdad no temamos a la muerte física, como le temen quienes no conocen al Señor! En cambio, la vemos como un trampolín a un más allá de bienaventuranza y de gloria, que ha de continuar por siempre jamás.

## 7) El bautismo en el amor cuadridimensional de Cristo, que excede a todo conocimiento.

Aunque este subtítulo para algunos suene altisonante, lo hemos puesto

de esta forma, porque creemos que es la mejor manera de definir lo que vamos a tratar en este último punto.

Sin duda que no faltarán quienes piensen que es un poco rebuscado incluir esto como parte del bautismo. Con todo, volviendo a nuestro punto de que el bautismo supone una unión e identificación plena con Cristo, no vemos cómo se puede prescindir de esta faceta, tan fundamental y maravillosa, de estar sumergidos en el océano insondable del amor de Cristo.

Pablo, en su avance continuo hacia nuevas profundidades y mayores alturas, evidentemente llegó a experimentarlo, y, en su grandiosa oración de Efesios 3:14-21, pidió que eso mismo pudiese ser también la dichosa porción de los amados efesios, y además, por extensión, de todos los santos.

Por nuestra parte, no vemos a esto en que estamos – el ser sumergidos e inundados por el amor que excede a todo conocimiento – como algo que va por separado, como una bendición adicional y casi independiente del resto.

Por el contrario, lo vemos como parte integral de un todo grande - gigantesco - completo; un dignísimo exponente de la multiforme gracia de Dios. Y al ponerlo en último término, tal cual aparece cronológicamente en las Escrituras, lo hacemos con la convicción de que representa, y de hecho, es, el digno broche de oro, y la sublime culminación de algo grandioso y tan propio de nuestro maravilloso Dios.

El fin a que Pablo nos lleva en esa oración a que nos referimos, habla de por sí con la máxima elocuencia - *“...para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”* (Efesios 3:19)

Seguramente que no puede haber en esta vida una meta más alta, ni una culminación más estupenda, y nos ayuda a empezar a ver las cosas *“a la Dios”*, y no dentro de los confines de nuestra pequeña y estrecha visión.

Al llegar al fin de este capítulo, volvemos a señalar que no se ha de esperar que estas siete facetas conquie concebimos el bautismo, se alcancen en su totalidad, simultáneamente y desde un principio.

Si bien los dos casos más destacados que tenemos en Los Hechos – Pentecostés y la casa de Cornelio, en Cesarea - apuntan bastante en esa dirección, creemos bien fundado el afirmar que, aun en esas dos ocasiones, les quedaba un buen trecho por andar para llegar a la plenitud que hemos estado considerando.

Concluimos con el deseo, que acompañamos con una ferviente oración, de que todo esto no represente para el lector una postura algo utópica y divorciada de la realidad de la vida cotidiana, con sus muchas vicisitudes y altibajos.

Antes bien, pedimos que le plazca al Señor convertirlo en un vivo aliciente, para así espolearlo a sondear nuevas profundidades y escalar mayores alturas, en su peregrinaje hacia las moradas eternas del más allá.

Que en esta única vida que tenemos para agradar y servir al Señor – o mejor dicho, en lo que resta de ella – sepamos dejarnos llevar por el Espíritu Santo a nuestro más alto destino en este gran bautismo celestial: el de ser llenos de toda la plenitud de Dios.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 10 – Luz parcial.-**

Ahora volvemos al símil comentado en el capítulo 3, en el que vimos a

Juan Bautista como una antorcha que ardía y alumbraba, en comparación con Jesús, el Sol increado y eterno.

Inmediatamente después de referirse a Juan en esos términos, Jesús les dijo a los judíos hostiles que le estaban escuchando:

*“...y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.”* (Juan 5:35)

De esas tres palabras – *por un tiempo* – podemos extraer bastantes reflexiones.

El bautismo de Juan era de arrepentimiento para perdón de pecados, según ya hemos visto anteriormente. La conciencia de esos judíos les inquietaba en alguna medida, sabiendo bien que distaban mucho de ser rectos, justos y limpios.

Por lo tanto, una oportunidad como ésta de someterse al bautismo que Juan les predicaba (ver Lucas 3:3) para así lograr el perdón por sus muchas faltas y pecados, les resultaba atractiva y deseable, al punto que Jesús afirmó que *se regocijaron* en la luz de esa antorcha de Juan el Bautista, el portador de ese mensaje.

Pero el Maestro agregó de inmediato que fue *por un tiempo*. Pasada la satisfacción inicial, pronto entraron en juego otros compromisos e intereses – la manera en que habían vivido antes por muchos años, sin importarles mayormente si una cosa no era del todo recta o limpia, con tal de satisfacer sus deseos de lucro o sus apetitos carnales.

De esa forma, la luz que había despertado en ellos ese regocijo transitorio, se les hizo opaca, y ya no le daban mayor importancia.

Así se termina cuando se entra con mal pie en las cosas sagradas de Dios. Pasado un tiempo, el corazón y los sentidos espirituales se insensibilizan, y a esas cosas sagradas ya no se las trata como se debiera. En vez, se empieza consentir el mal otra vez, con resultados funestos.

Como hemos afirmado más de una vez, el pecado endurece, ensordece, engeguece, y si se le deja seguir su curso indefinidamente, termina por enloquecer a sus víctimas. (Ver Números 12:11)

Pasamos ahora a considerar dos puntos importantes sobre este tema de la luz parcial en que estamos.

El primero de ellos es el de establecer dos posibilidades, una vez que esa luz parcial nos ha amanecido.

Una es la acogida y respuesta favorable, pero que más tarde se disipa y malogra; la otra, una respuesta que abraza de lleno esa luz, con un anhelo sincero y profundo que se abre más y más a sus rayos benéficos, hasta irrumpir en la luz plena de cuanto Dios tiene para los Suyos.

La primera posibilidad ya ha quedado bien ejemplificada al considerar las palabras de Jesús a los judíos que le escuchaban:-

*“...y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.”*

No hace falta ampliar sobre esto por ahora.

En cuanto a la segunda, como muy buen ejemplo tenemos lo que se nos narra en Los Hechos 18:24-28 acerca de Apolos, que era judío, natural de Alejandría.

De él se nos dice que era un varón elocuente y poderoso en las Escrituras, bien instruido en el camino del Señor y de espíritu fervoroso.

Haciendo buen uso de los recursos y conocimientos con que contaba, hablaba y enseñaba diligentemente y con denuedo en la sinagoga, si bien solamente conocía el bautismo de Juan.

Aquí tenemos, pues, un hombre con luz parcial e incompleta, pero que se brinda con diligencia y fervor a ella, siendo un excelente ejemplo de uno que es fiel en lo muy poco, y que también ha de serlo en lo más, según

nos enseñó Jesús en Lucas 16:10.

Viendo su sinceridad, y su fidelidad en lo poco que tenía – la luz parcial del bautismo de Juan, en que estamos en este capítulo - el Señor se encargó de que, por mediación de Priscila y Aquila, recibiese la luz plena del evangelio de la gracia del Señor Jesucristo.

Lucas nos dice muy escuetamente:

*“...pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios.”* (Los Hechos 18:26b)

En el relato de lo acaecido el día de Pentecostés, como así también en el de lo sucedido en la casa de Cornelio, y algún otro caso, Lucas nos cuenta más o menos detalladamente los puntos principales, como el arrepentimiento, la fe en Jesucristo, el bautismo, etc.

No obstante, y con el evidente deseo de no ser innecesariamente repetitivo, en oportunidades posteriores no entra en detalles, sino que generaliza con bastante brevedad y concisión.

Veamos un par de ejemplos.

*“...una mujer llamada Lidia...que adoraba a Dios, estaba oyendo, y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.”* (Los Hechos 16:14)

Asimismo, resumiendo el resultado de la proclamación del evangelio en Berea, en Los Hechos 17:12 se nos dice:

*“Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres.”*

Consignamos esto para apoyar nuestro punto de vista - que creemos que nadie querrá cuestionar - sobre la aportación de Priscila y Aquila para con Apolos.

Entendemos que, a pesar de la forma muy escueta en que lo relata Lucas, Priscila y Aquila (y los ponemos en ese orden, pues es el que le dan las Escrituras), le comunicaron e impartieron a Apolos toda la luz que ellos tenían del evangelio pleno de la gracia de Dios.

Es decir, que podemos tener la certeza de que Apolos quedó perfectamente interiorizado acerca del Calvario, la resurrección del Señor, la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, y todo el resto de la revelación conocida por ellos.

Además, nos atrevemos a afirmar que, merced a su espíritu diligente y anhelante, recibió la plenitud del Espíritu bien pronto, y como sabemos, pasó a ministrar de ahí en más esa luz plena, que ahora le había amanecido y llenado su vida.

Aunque esto signifique extendernos un poco en este punto, creemos oportuno seguir brevemente la trayectoria de Apolos, como uno que, tras abrazar de lleno la luz parcial que conocía, irrumpió en la luz plena y continuó escalando posiciones muy dignas.

En 1ª Corintios 3:6 Pablo define el ministerio de Apolos como el de uno que riega. No siempre se ha valorado debidamente este aspecto; cuando se lo comprende bien, uno cae en la cuenta de lo precioso, útil y maravilloso que es.

Cuando alguien está seco y a punto de marchitarse, ¡qué bendito resulta que venga un siervo con agüita fresca y abundante, para irrigar el alma sedienta, a fin de que pase a recobrar todo su verdor y lozanía!

El símil de regar que empleó Pablo en la cita que hemos dado, da a entender que los corintios se estaban secando, y ¡qué oportuna resultó la visita que Apolos sintió que les debía hacer!

*“...y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído.”* (Los Hechos 18: 27)

Además, dio muestras de ser un evangelista no solamente fogoso, sino también muy eficaz.



*“...con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.” (18:28)*

Con gran fervor, y valiéndose del arma irresistible de las Escrituras, de las cuales estaba tan impregnado, demolía todas las reservas y objeciones de los judíos que lo escuchaban. De esta forma, quedaban desarmados y convencidos de que Jesús era en verdad el Cristo.

Pensando superficialmente, uno podría decir: ¿Y quién no sabe eso?, restándole valor, por parecer algo tan elemental.

No obstante, siendo judíos, ellos sabían muy bien que el Cristo era el Mesías señalado por la profecía como el que había de venir para redimir al género humano; que Su nombre sería Emanuel, que significa el mismísimo Dios con nosotros, y mucho más.

Y esto los ponía en la obligación moral ineludible de rendirse de lleno a Él, y honrarlo y servirle el resto de sus vidas.

Como vemos, uno que empezó con luz parcial, pero que, merced a su disposición anhelante y fervorosa, pasó a la luz plena y pudo ser usado para impartirla a otros, y en abundancia.

Todo esto en cuanto a la segunda posibilidad a que nos hemos referido.

Ahora pasamos a otro aspecto que a menudo se presenta en la práctica.

No es infrecuente encontrarse con creyentes que, si bien conocen al Señor Jesús como Salvador, viven y se desenvuelven mayormente dentro de la esfera limitada del perdón de sus pecados, y algún poco más.

Para ellos no parece contar el hecho de que, para que pudiesen recibir ese perdón, fue necesario un sacrificio que, desde todo punto de vista, debiera comprometerlos a vivir para Él, sirviéndole con el mayor empeño y dándole lo mejor de sus vidas.

Esto necesariamente ha de conducir a una calidad de vida mediocre, con tibieza y egoísmo, que suponen un serio peligro de llegar a un mal fin.

No sabemos hasta qué punto puede tener real validez el dicho repetido tan a menudo en ciertos círculos, de conformarse meramente con tener el pasaporte para el cielo.

De todas maneras, exhortamos a todo lector a que destierre de su mente y corazón semejante actitud, y que en lugar de ello se haga eco de las palabras de Pablo en 2ª. Corintios 5:14-15:

*“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió y resucitó por ellos.”*

Continuando en la misma línea, pasamos a considerar otro aspecto, el cual surge del pasaje que se encuentra en Los Hechos 19.1-7.

En el mismo se nos narra la llegada de Pablo a Éfeso en su tercer viaje misionero. Hablando a ciertos discípulos, con su olfato de siervo avezado y de mucha experiencia, bien pronto detectó que les faltaba algo, y sin dilación les preguntó:

*“¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”*

La respuesta, dada en el mismo versículo, fue categórica:

*“Y ellos dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.”*

Por el resto del pasaje, entendemos que habían sido bautizados en el bautismo de Juan para arrepentimiento, y no resulta infundado suponer que lo habían sido como resultado de la predicación de Apolos en Éfeso, antes de que Priscila y Aquila - tal como lo expresa Lucas en el relato - le expusieran más exactamente el camino de Dios.

Entendemos que todo el que es realmente renacido por el

arrepentimiento y la fe en Jesucristo, de hecho tiene el Espíritu Santo, por el mismo hecho de haber nacido del Espíritu.

Entre otras Escrituras que lo confirman, tenemos 1ª. Corintios 3:16 *“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”*

No obstante, en el terreno de la práctica tenemos aquí otro caso de creyentes que están en el evangelio de Jesucristo, pero que no están disfrutando de su luz plena, y esto, en su relación con el Espíritu de Dios.

Los corintios, a pesar de haber sido convertidos bajo el ministerio de Pablo, y ser bautizados y poseer dones espirituales, daban claras muestras de no estar conscientes de la morada del Espíritu en sus corazones.

Pablo se los tuvo que señalar, y lo hizo no sólo en el versículo que ya hemos citado, sino también otra vez en 1ª. Corintios 6:19:

*“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”*

Por cierto que lo que ocurría en Corinto era una anomalía y una subnormalidad, las cuales en la práctica se presentan con bastante frecuencia.

Tal vez se los podría definir como creyentes carnales, que andan según los dictados de sus propios deseos, y a veces, de sus apetitos carnales.

Si se les pregunta si creen contar con la morada del Espíritu en sus vidas, tal vez contesten afirmativamente. Sin embargo, si llegan a sincerarse, muy posiblemente reconozcan que lo creen por haber sido enseñados de esa forma - es decir - que al convertirse ya recibieron el Espíritu Santo.

Muy posiblemente, agregarían que en realidad no están muy conscientes de esa morada del Espíritu en ellos, y descartarían por completo el haber experimentado la plenitud del Espíritu.

Esto constituye otra muestra de luz parcial, y esto por parte de quienes han tenido una experiencia de conversión por fe en Jesucristo.

En los tres casos que hemos visto: Juan 5:35, el de los judíos hostiles a Jesús; Los Hechos 18:24-28, el de Apolos, y Los Hechos 19:1-7, los discípulos hallados por Pablo en Éfeso, se debió a que sólo se les había impartido la enseñanza hasta el bautismo de Juan, lo cual constituía, como ya queda dicho, una luz parcial e incompleta.

Los judíos a que nos hemos referido en el primer caso, después de un tiempo dejaron que esa luz parcial se opacase, y todo indica que quedaron en tinieblas.

Por el contrario, los discípulos efesios, al igual que Apolos, avanzaron de la luz parcial a la plena.

Sin embargo, el caso que señalamos de quienes, estando bajo el paraguas del evangelio pleno, y entrando en algo en él por la conversión, es algo distinto y peligroso.

Aquí, no se trata de falta de luz o de enseñanza, si bien, en algunos casos esto último puede ser. Más bien, se trata de un detenerse en un punto determinado, y no estar dispuestos a avanzar, aceptando las responsabilidades y el compromiso que esa luz plena demanda.

A la larga, esto no sólo resultará en que no se alcancen todos los maravillosos beneficios de esa luz plena, sino que, como consecuencia natural, se quedará en un estado de semipenumbra, que será muy perjudicial y peligroso.

Sepa el lector seguir el ejemplo de Apolos y de los discípulos efesios, que avanzaron e irrumpieron en toda la gracia que nos trae la luz plena. No sea que, habiendo comenzado en ella por la conversión, se detengan

en una mediocridad y dualidad que podrían llevarlos a la ruina de su alma.

Con el deseo de estimular a que se progrese con paso firme hacia el disfrutar de esa luz plena, pasamos en el capítulo que sigue a considerarla en sus principales virtudes y proyecciones.

## **CAPÍTULO 11 – Luz plena.-**

*“Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.”* (Juan 1:9)

*“...las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya alumbra.”* (1ª. Juan 2:8b)

Ya hemos comentado la comparación que Jesús hizo, de que Juan Bautista había sido como una antorcha que ardía y alumbraba.

La noche en que le tocó actuar, espiritualmente hablando, fue de la más densa oscuridad. La hipocresía, avaricia y maldad de la mayoría de los fariseos, escribas y demás religiosos de aquel entonces había llegado al colmo.

En medio de semejantes tinieblas, la luz de esa antorcha que era él, brillaba con un fulgor llamativo, que la hacía fácil de distinguir a quienes, de alguna manera, buscasen luz en medio de tanta oscuridad.

No obstante, así como la luz de un farol que ilumina la calle, va perdiendo su fuerza a medida que va llegando el amanecer, la antorcha de Juan Bautista fue menguando con la venida del Sol de Justicia, hasta finalmente quedar extinta, según ya hemos visto, al haber acabado de cumplir el fin por el cual fue encendida.

*“Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquél que cree en mí no permanezca en tinieblas.”* (Juan 12:46)

Antes de proseguir, debemos enfatizar que esta luz plena de que estamos hablando es más que una fuerza iluminativa en sí:- es una persona, y esa persona es Cristo Jesús.

En Juan 8:12 tenemos otra Escritura semejante, pero que nos brinda una aportación adicional.

*“Otra vez Jesús les habló diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”*

No sólo se trata de no andar ni permanecer en tinieblas, sino también de tener la luz de la vida en su infinita proyección, parte de la cual intentaremos sondear y escudriñar en lo que resta del capítulo.

Antes de hacerlo, digamos brevemente que creer en Él y seguirle, que es la condición señalada en los dos versículos citados, no es algo superficial, ni nada que se le parezca.

Por el contrario, significa amarle de verdad por encima de todo lo demás en la vida; darse de lleno a Él para hacer Su expresa voluntad y no la propia; guardarse de todo lo que sea sucio, corrompido o contrario a Su pureza y santidad; servirle con lo mejor de nuestras fuerzas; buscar Su rostro en oración cada día, y andar en la luz de Su presencia en nuestro andar cotidiano; hacer de Su palabra – las Sagradas Escrituras – la fuerza normativa y rectora de nuestra conducta; en fin, vivir en Él, por Él y para Él, en todo.

Ahora sí, pasamos a examinar, hasta donde nos resulte posible, el alcance de *la luz de la vida*.

En Juan 1:4 se nos dice que *“En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”*

En esto tenemos una hermosa, y casi diríamos curiosa, reciprocidad.

En efecto: por un lado se nos habla de la luz de la vida, y por el otro, se

nos dice que la vida en sí es la luz de los hombres.

¿Cómo interpretamos esta doble afirmación?

Se trata de comprender que las dos cosas – la luz y la vida – se necesitan mutua e imprescindiblemente.

¿Por qué?

Porque no puede haber luz, espiritualmente hablando, sin que haya también vida. Y por otra parte, no puede haber vida, también espiritualmente hablando, sin que también haya luz.

Expresándolo en otros términos, la luz no puede ser o convivir con la muerte o falta de vida, y, similarmente, la vida no puede ser o convivir con las tinieblas o falta de luz.

Ya en los albores de la creación encontramos este principio establecido por Dios en lo natural, y, desde luego, trasladado posteriormente en las Escrituras a lo espiritual también.

Estando la tierra desordenada y vacía, y con las tinieblas sobre la faz del abismo, lo primero que hizo Dios fue iluminar todo ese escenario con Sus tres breves y maravillosas palabras: *“Sea la luz.”* (Génesis 1:3)

A renglón seguido, pasó a crear y ordenar la vida en sus diferentes escalas - vegetal, animal y humana - estableciendo así la clara relación y dependencia mutua de las dos cosas: la luz y la vida.

*“Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.”* (1ª. Juan 2:11)

*“... para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.”* (Los Hechos 26:18)

En estos dos versículos que hemos consignado, tenemos dos verdades cardinales bien conocidas.

Una de ellas es que las tinieblas, espiritualmente hablando, enneguecen a quien anda en ellas. Así como en lo natural, si andamos en completa oscuridad, no vemos nada, en lo espiritual sucede lo mismo.

Por el contrario, si andamos en la luz vemos bien dónde estamos y a dónde vamos, tanto en lo natural, cuanto en lo espiritual.

La otra verdad es que las tinieblas constituyen el reino de Satanás, mientras que la luz pertenece al reino de Dios.

Muy elemental todo esto, desde luego, pero una base importante que nos sirve de sólido apoyo para lo que sigue a continuación.

Las palabras de la segunda cita *“para que reciban por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”* nos llevan al punto siguiente.

En el contexto de convertirse de las tinieblas a la luz, establecen una diferencia importante entre la luz parcial y la luz plena.

Como vimos en el capítulo anterior, la luz parcial guiaba hacia el arrepentimiento para perdón de pecados como su meta principal.

Ahora bien, la luz plena no desecha ni prescinde de ese perdón, que en realidad es totalmente indispensable; antes bien, lo confirma, y además lo establece sobre una base más sólida y firme.

Pero además de eso, trae aparejada la *“herencia entre los santificados,” a la cual* en Colosenses 1:12 se la llama significativamente, *“la herencia de los santos en luz.”*

Tenemos, pues, aquí, la gran diferencia entre la luz parcial y la plena. La primera sólo alcanza al perdón de pecados, aun cuando con la mira de que desde allí se avance hacia la luz plena. Esta última, desde el perdón

de pecados – sobre una base más sólida y firme, como se ha dicho – pasa a introducirnos en la gloriosa herencia del Nuevo Pacto.

Y ese es el fin primordial de este capítulo y el siguiente: sondear y escudriñar la bendita herencia que proviene de la luz plena, y que en 1ª. Pedro 2:9 se califica tan acertadamente como *“Su luz admirable.”*

No viene mal empezar por notar que se trata de la herencia *entre los santificados, y de los santos en luz*, tal y cual reza en las citas que hemos tomado.

Vale decir que es una herencia de personas separadas y apartadas para Dios, con una calidad o nivel de vida que hace que se las llame santos.

A continuación vamos tomando los aspectos más destacados.

### **El sello del Espíritu Santo.-**

*“...habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia.”* (Efesios 1:13-14)

¡Bendito sello! En uno de sus himnos inmortales, Charles Wesley, con mucho acierto lo llama *la firma o rúbrica del amor divino.*

En 2ª. Timoteo 2:19 tenemos dos aspectos importantes del sello:

*“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquél que invoca el nombre de Cristo.”*

Por una parte tenemos la posesión o pertenencia exclusiva del Señor sobre nuestra vida. Con su mirada penetrante, que todo lo ve, nos mira y contempla, y sabe bien que no somos más de Satanás, del mundo ni del pecado, sino exclusivamente de Él, Quien es ahora nuestro Amo y Dueño absoluto.

Por la otra parte, está el hincapié en una auténtica santidad, que nos mueve a desechar completamente el mal en todas y cada una de sus manifestaciones. Y esto, en atención a que nuestros labios tienen el altísimo honor de pronunciar el sagrado nombre de Cristo.

De este sello del Espíritu Santo en nuestros corazones, Pablo agrega *“que es las arras de nuestra herencia.”*

Las arras, es decir, el anticipo, a cuenta de la herencia total.

¡Qué glorioso y maravilloso anticipo!

Nada menos que el Santo Espíritu del Dios viviente, morando en nuestros corazones, para impartirnos toda la gama de virtudes, y toda la gracia necesaria, para llevar a buen fin el propósito divino para nuestras vidas.

Pasamos ahora a enumerar las principales facetas de la multiforme actividad del Espíritu Santo, en relación con cada hijo de Dios a nivel individual, y con la iglesia en plano colectivo, según se la muestra en el Nuevo Testamento.

- 1) En un principio, redarguye o convence de pecado para llevar al arrepentimiento. También convence de justicia - por la ascensión de Jesucristo como nuestro abogado y representante ante el Trono del Padre - y de juicio, por haber sido juzgado el príncipe de este mundo. (Juan 16: 8-11)
- 2) Como el Espíritu de fe que es, valiéndose de la palabra de verdad, enciende la fe en nuestros corazones. (2ª. Corintios 4:13 y Romanos 10:17)
- 3) Nos regenera en el renacimiento, convirtiéndonos en nuevas criaturas en Cristo Jesús. (Juan 3: 3 y 5; Tito 3:5-7 y 2ª. Corintios 5:17)
- 4) Nos alimenta y nutre a diario cuando leemos las Escrituras,

confiriéndoles Su gracia vivificante y aleccionadora. (1ª. Pedro 2:2 y 2ª. Timoteo 3:16-17)

- 5) Da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. (Romanos 8:16)
- 6) Nos hace conscientes de la paternidad de Dios sobre nuestras vidas, clamando *Abba Padre*. (Gálatas 4:6)
- 7) Santifica a los escogidos de Dios. (2ª. Tesalonicenses 2:13 y 1ª. Pedro 1:2)
- 8) Escribe la epístola de Cristo y la ley de Dios en las tablas de carne de nuestro corazón. (2ª. Corintios 3:3 y Hebreos 8:10)
- 9) Siendo el Espíritu de fe, nos mueve a hablar y no callar. (2ª. Corintios 4:13 y Los Hechos 18:9)
- 10) Nos ayuda en nuestra debilidad cuando no sabemos orar como conviene, intercediendo por los santos conforme a la voluntad de Dios. (Romanos 8:26-27; Efesios 6:18 y Judas 20.)
- 11) Nos enseña todas las cosas, nos recuerda todo lo que Cristo ha dicho y nos mueve a permanecer en Él. (Juan 14:26 y 1ª. Juan 2:27)
- 12) Da testimonio acerca de Cristo, (Juan 15:26) y nos guía a toda la verdad. (Juan 16:13)
- 13) Nos hace saber cosas que habrán de venir, glorifica a Cristo, y toma de las cosas de Él para hacérselas saber. (Juan 16:13-14)
- 14) Nos comunica Su tristeza cuando pecamos o desobedecemos, para llamarnos la atención, y hacernos conscientes de que necesitamos ponernos a cuentas y remediar la situación. (Efesios 4:30)
- 15) Da distintos dones en el ámbito de la iglesia, repartiendo a cada uno particularmente como Él quiere, para así capacitar para cumplir satisfactoriamente la tarea o el ministerio a que cada uno ha sido llamado. (1ª. Corintios 12:7-11)
- 16) Capacita y da poder para ser testigos de Cristo. (Los Hechos 1:8)
- 17) Nos imparte Su testimonio aprobatorio de paz si andamos con pie firme en la voluntad de Dios, o bien el desaprobatorio de la falta de paz si nos estamos desviando de esa voluntad. (Romanos 9:1 y 2ª. Corintios 2:12-13)
- 18) Da Su fruto en nuestras vidas, que contiene los nueve preciosos ingredientes del amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. (Gálatas 5:22-23)
- 19) Morando en nosotros, vivifica nuestros cuerpos mortales, a fin de que podamos hacer la voluntad de Dios cada día. (Romanos 8:11)
- 20) Nos ayuda con Su gracia y virtud a hacer morir las obras de la carne, y así vivir la vida en abundancia, en limpieza y libertad. (Romanos 8:13)
- 21) Establece Su ley de vida en Cristo Jesús, para así librarnos de la ley del pecado y de la muerte. (Romanos 8:2)
- 22) Siendo como es, el Espíritu libre, establece e imparte libertad donde quiera que ejerza Su señorío. (2ª. Corintios 3:17)
- 23) En Su carácter de Consolador, está a nuestro lado y en nuestro interior para siempre, para animarnos, exhortarnos y consolarnos. (Juan 14:16)
- 24) No debe ser apagado con palabras, acciones o intervenciones fuera de lugar, ya sea en el andar cotidiano, como en el ámbito de la operación de los dones dentro de la iglesia. (1ª. Tesalonicenses 5:19)
- 25) Revela las maravillas que ojo no vio, ni oído oyó, y que Dios ha preparado para los que le aman. (1ª. Corintios 2:9-10 y 12)
- 26) Nos imparte sabiduría y revelación en el conocimiento de Cristo. (Efesios 1:17)

- 27) Nos da, como arma de guerra defensiva y ofensiva, Su espada de doble filo, que es la palabra de Dios. (Efesios 6:17)
- 28) Nos fortalece con poder en el hombre interior. (Efesios 3:16)
- 29) Nos une en Su comunión con el Padre, y el Hijo, y consigo mismo, y todos nuestros verdaderos hermanos en la fe. (2ª. Corintios 13:14)
- 30) Con santa pujanza se opone a la carne y sus obras, por ser tan perjudiciales para nuestra alma. (Gálatas 5:17)
- 31) Nos dará Su bendita siega de vida eterna a los que sembramos para Él. (Gálatas 6:8)
- 32) Morando en nosotros nos anhela celosamente para Dios y Sus valores eternos. (Santiago 4:5)
- 33) Dios lo ha dado, y lo da, a los que le obedecen. (Los Hechos 5:32)
- 34) Si siendo nosotros malos, sabemos dar buenas dádivas a nuestros hijos ¿cuánto más nuestro Padre celestial nos dará el Espíritu Santo a los que se lo pidamos? (Lucas 11:13)
- 35) Nos bautiza en un mismo cuerpo – el cuerpo de Cristo, Su iglesia universal - y se nos ha dado a todos a beber de Él – el mismo Espíritu. (1ª. Corintios 12:13)
- 36) Dice, da a entender y atestigua cosas de importancia, a través de las Escrituras del Antiguo Testamento y su simbolismo. (Hebreos 3:7; 9:8 y 10:15 )
- 37) Advierte o da a entender acerca de necesidades, o peligros que se avecinan, a través de la voz profética de Su siervos. (Los Hechos 11:28 y 21:10-11)
- 38) Da testimonio en las iglesias, confirmando esas advertencias de peligros. (Los Hechos 20:23)
- 39) Prohíbe, o bien no permite, hablar la palabra a Sus siervos en un lugar determinado, o en una ocasión dada, por no ser el tiempo o la voluntad expresa de Dios. (Los Hechos 16:6-7)
- 40) Habla a la iglesia mientras ministra al Señor buscando Su voluntad, a fin de separar y enviar misioneros a la obra a la cual Él los ha llamado, o bien para otros fines. (Los Hechos 13:2)
- 41) En ocasiones de crisis o polémicas, cuando se busca ante Dios con sinceridad y limpieza el camino a seguir, da Su parecer y establece un consenso que permite seguir adelante en unidad. (Los Hechos 15:28)
- 42) Guía a acercarse a un alma necesitada que Él desea alcanzar para salvar, restaurar o bendecirla de una forma u otra. (Los Hechos 8:26 y 29)
- 43) Es enviado desde el cielo, para respaldar y testimoniar la proclamación de las verdades gloriosas del evangelio, por parte de Sus verdaderos siervos. ((1ª. Pedro 1:12)
- 44) Da testimonio en el cielo, en absoluta unidad con el Padre y el Verbo, y también en la tierra, en concordancia con el agua de la palabra y la sangre. (1ª. Juan 5:7-8)
- 45) Da testimonio en los que son hijos de Dios de la encarnación de Jesucristo. (1ª. Juan 4:2)
- 46) Llena las vidas y corazones de los hijos de Dios que le buscan de verdad, para capacitarlos y fortalecerlos para cuanto sea la voluntad divina. (Los Hechos 4:31: 9:17: 13:9-12 etc.)
- 47) Habla repetidamente a las iglesias, ya sea en general, o de forma particular a cada una de ellas. (Apocalipsis 2:7; 2:11; 2:17, etc.)
- 48) Advierte claramente de la gran apostasía que habrá de venir en los postreros tiempos. (1ª. Timoteo 4:1)
- 49) Tristemente, es resistido por muchos que son duros de cerviz e

- incircuncisos de corazón. (Los Hechos 7:51)  
50) Junto con la esposa, dice al Amado Esposo: Ven. (Apocalipsis 22:17)

Estos puntos son los más destacados que encontramos en el Nuevo Testamento. Como se puede ver, se trata de una gran multiplicidad, dentro del marco del ministerio que le ha sido encomendado al Espíritu Santo, en Su calidad de – si podemos así llamarlo – el Ejecutivo de la Trinidad en esta dispensación.

Aun cuando no pensamos haber agotado el tema, estimamos que los puntos enumerados contienen una abundante dosis de lo que representa el sello de la verdadera morada del Espíritu en nuestros corazones.

Animamos al lector estudioso y anhelante, a que analice y busque apropiar y experimentar en su vida personal todo punto de relevancia para su andar diario y servicio al Señor. Seguramente que le resultará de mucho provecho.

En otro orden de cosas, lo extenso de este subtítulo – El Sello del Espíritu Santo – como así también del capítulo 10, en que tratamos el tema del bautismo del Espíritu, muy bien podrá llamar la atención, y dar lugar a que algunos lectores se hagan preguntas.

Por lo tanto, para evitar malentendidos, nos adelantamos a afirmar que no debe verse en esto el desequilibrio que se presenta en algunas partes, de colocar al Espíritu Santo en un lugar preponderante, de tal manera que resulte en desmedro de la persona del Padre y también del Hijo Amado.

Sabemos que en el Trino Dios por supuesto que no hay rivalidades ni nada por el estilo, pero, no obstante, tenemos bien claras dos cosas, a saber:

- 1) La supremacía del Padre, según surge con toda evidencia de 1ª. Corintios 15:24, 27 y 28.  
*“Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.”*  
*“Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquél que sujetó a él todas las cosas.”*  
*“Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.”*

- 2) El lugar de preeminencia que le ha sido otorgado al Hijo por Dios el Padre, según Colosenses 1:17-19)  
*“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.”*

Quede bien claro, pues, que toda esta gama de actividades y operaciones del Espíritu Santo que hemos presentado, las vemos en el contexto y dentro del marco de los dos puntos fundamentales que acabamos de recalcar.

Todas ellas, sin lugar a dudas, se desenvuelven en ese sentido y hacia ese fin, llevando así hacia delante todo el propósito y programa divino en la unidad y perfecta armonía del Trino Dios.

Continuamos en el capítulo siguiente.

----- ( ) -----



## **CAPÍTULO 12 – Luz plena (2)**

### **Un llamamiento celestial que nos constituye en hijos, en santos, en ministros del Dios Altísimo, y en reyes y sacerdotes.**

*“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial....”*  
(Hebreos 3:1)

Todo esto representa una gracia superlativa, la cual se nos confiere por el puro y maravilloso amor divino.

Es fácil, sabiendo estas cosas a nivel mental, perder la sensibilidad espiritual y no valorarlas debidamente. Pero pensemos y reflexionemos quedadamente ante el Señor sobre lo que significan.

Nosotros todos, que hemos sido pecadores rebeldes y que no merecíamos nada, somos ahora los agraciados depositarios de un llamamiento celestial. El Eterno Dios, tras fijar Su mirada en nuestras pequeñísimas vidas, aun conociendo lo peor de cada uno de nosotros, ha optado por amarnos, por escogernos para sí, y otorgarnos a cada uno un pequeño, pero muy digno lugar en Su gran programa universal y eterno.

**Hijos** del Dios y Padre Eterno, no por una adopción formal y legal, sino por el renacimiento. Hijos de un Padre fiel, lleno de sabiduría, gracia, amor y poder, que se preocupa de verdad por cada uno de Sus hijos, velando desde Su trono por su bien día y noche.

Por ser hijos Suyos, Él ha derramado en nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama, y por el cual clamamos *“Abba, Padre.”* (Gálatas 4:6 y Romanos 8:15)

Esto significa que desde lo más íntimo de nuestro ser brota un tierno amor filial, reconociéndolo a Él como nuestro verdadero Padre, con todo el inmenso bien que eso supone.

Dichosos somos los que de verdad nos sabemos hijos Suyos, e hijos bien nacidos, por Su inmensa gracia. En contraste con ello ¡cuán pobres aquéllos que no lo conocen como Padre y están faltos de tan inestimable dicha!

**Santos**, no por haber acumulado méritos con nuestros propios esfuerzos y recursos, sino por el poder santificador del Espíritu Santo, en virtud de la obra redentora consumada por Jesús a nuestro favor en el Calvario.

Una parte muy importante de esa obra, fue llevar en Su muerte expiatoria nuestra vieja vida, sucia y corrompida, y otorgarnos, en cambio, una nueva – la Suya, limpia, santa y pura.

En la Biblia aparece varias veces la frase *“la hermosura de la santidad.”* No se trata de una apariencia de piedad, reflejada a través de una religiosidad en la conducta o el estilo de vida.

En cambio, consiste en vivir en la esfera de la verdad, la honradez y la limpieza; una esfera que no sabe de las torceduras y las suciedades contaminantes de la mundanalidad y la vida carnal.

El contraste entre esto y una vida egoísta, corrompida y pecaminosa es absolutamente abismal, y ¡cuán gloriosa y bendita nos resulta en este aspecto – y en todos los demás también – la porción que nos ha tocado por herencia!

### **Ministros del Dios Altísimo.**

*“...ministros de nuestro Dios seréis llamados; comeréis la riqueza de las naciones, y con su gloria seréis sublimes.”* (Isaías 61:6)

La palabra ministro en realidad significa siervo. No obstante, en esto no cabe para nada el concepto de algo servil, propio de una persona de rango o nivel inferior.

Muy por el contrario, ser un verdadero siervo o sierva del Señor, constituye una dignidad y un honor realmente superlativo. Algunos no lo comprenden así, y aspiran a ser identificados o reconocidos por medio de títulos o cargos que consideran de más alto nivel y envergadura.

Jesucristo fue a todo lo largo de Su trayectoria terrenal el siervo modelo y perfecto, y por cierto que ninguno de nosotros debiera sentir que “nos queda chico” el ser reconocidos como siervos, con tal, claro está, que lo seamos de verdad.

**Reyes y sacerdotes.** En el Antiguo Testamento, en el pueblo de Israel ninguno podía ser rey y sacerdote a la vez.

La razón era que los reyes necesariamente debían ser de la tribu de Judá y de linaje real, mientras que los sacerdotes debían ser de la tribu de Leví y de linaje aarónico.

Una de las muchas glorias del Nuevo Testamento, que está basado en mejores promesas y en el más excelente ministerio del Señor Jesús, (Hebreos 8:6) radica en el hecho de que esa limitación del antiguo régimen ha perdido vigencia, y quedado plenamente superada.

Jesucristo, como Rey de Reyes que es, a través de Su sacrificio y la aspersión o el rociado de Su sangre real en nuestro espíritu, nos confiere la altísima honra de compartir Su realeza.

Igualmente, instituido con juramento como Sumo Sacerdote eterno, por la misma vía nos otorga también el dignísimo privilegio de ser sacerdotes del Dios Altísimo.

En verdad, esto constituye una bendición y un honor por partida doble, y de inestimable valor, procedente de Aquél de cuya plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia. (Juan 1:16)

Notemos también que esta doble gracia de conferirnos realeza y sacerdocio, se nos otorga como parte de la redención que tenemos en Su sangre. Tanto Apocalipsis 1:6 como 5:10, en que se nos declara que nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, van precedidos en el versículo inmediatamente anterior de Su sangre, como el medio de gracia por el cual semejante bendición y privilegio se nos ha acordado.

Para mayor abundamiento, estando *la vida en la sangre*, o *siendo la sangre la vida*, como se afirma en Levítico 17:11 y Deuteronomio 12:23 respectivamente, al verterla en el Calvario Jesucristo estaba derramando la preciosa semilla de Su propia vida.

Es por eso que en un párrafo anterior hemos puesto “*a través de la aspersión o el rociado de Su sangre en nuestro espíritu.*” Al rociarnos en nuestro interior con esa sangre del Rey de reyes y del Sumo Sacerdote eterno, el Espíritu Santo ha puesto en nosotros, como tesoro sagrado, la preciosa semilla de la misma vida de Jesús, destinada a reproducir en cada uno de los Suyos de verdad, un rey y un sacerdote para Dios a semejanza de Él.

Aunque para algunos esta última explicación podrá resultar casi innecesaria, hemos notado a través de los años que muchos no terminan de comprender esta verdad debidamente y en todo su rico contenido. Al hablar de la sangre de Jesucristo, a veces parece que algunos, lo único que comprenden es que nos limpia de todo pecado, según 1ª. Juan 1:7. Aunque esto de por sí es algo maravilloso, no es por cierto lo único – hay mucho más.

Lo que estamos diciendo de la sangre, en el sentido de que también es la semilla reproductiva, no es ni más ni menos que otra proyección del

principio de reproducir según la especie y el género, que aparece ya en la primera página de la Biblia.

En efecto: en Génesis 1:12-13 se la consigna por primera vez con respecto al reino vegetal, y el mismo principio posteriormente se extiende al reino animal, al género humano, y finalmente al reino espiritual.

En este último, al reproducir Dios en los santos escogidos tanto la realeza como el sacerdocio de Cristo, lo hace en base a este principio, elevándolo al mismo tiempo a un nivel mucho más alto.

Pero éste no es todavía el último peldaño; ¡todavía hay uno más encumbrado!

### **Participantes de la naturaleza divina.-**

*“...preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina.”*

Se ha afirmado, y con mucha razón, que en Cristo hemos alcanzado y logrado mucho más de lo que perdimos en Adán.

La caída de nuestros primeros padres Adán y Eva, provocó desastrosas y trágicas consecuencias de todo orden para el género humano.

Eso es innegable, y lo estamos viendo reflejado hoy día quizá como nunca antes, tanto a nivel colectivo en la sociedad, como individual o personalmente por doquier en vidas maltrechas, trastornadas o virtualmente deshechas.

La redención que el evangelio trae, no se ofrece a nivel colectivo, sino individual, a cada hombre y mujer que quiera recibirla. Por medio de ella se logra una restauración plena de todo lo perdido.

Pero además de ello, en el interior del vaso de barro que seguimos siendo, se recibe un depósito de infinito valor: la comunicación de la naturaleza divina.

Adán, antes de la caída era un ser inocente, que no había conocido el pecado, y que individualmente estaba altamente dotado, tanto física como mentalmente.

No obstante, no dejaba de ser un ser humano, al cual no le había alcanzado ni llegado esta gloria del nuevo pacto, de ser participante de la naturaleza divina.

La misma la debemos equiparar con lo que Pablo nos dice en Colosenses 1:27:

*... a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”*

Como vemos, se trata de algo con lo cual Adán no contaba, y que, además, tampoco conocía ni experimentaba el pueblo de Israel en el régimen del Antiguo Testamento.

Esto se nos confirma en 1ª. Pedro 1:12, donde, refiriéndose a los profetas de antaño, se lo puntualiza con toda claridad.

*“A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.”*

Tomemos, pues, plena conciencia de esta gloria tan maravillosa: somos, por pura y soberana gracia del Señor, participantes de nada menos que la misma naturaleza de Dios.

Y vivamos, también, a la luz y en la virtud de tan gloriosa verdad.

### **La muerte vencida.-**

*"Y todo aquél que vive y cree en mí, no morirá eternamente."* (Juan 11:26)

La muerte, ese terrible y postrer enemigo, es algo que a muchos, sobre todo cuando su llegada se aproxima, les causa espanto y horror.

Para los verdaderos redimidos el panorama es totalmente distinto. Amén del versículo que hemos citado, tenemos muchos más que nos hablan de nuestra gloriosa esperanza, como parte de la vastísima herencia que nos ha tocado.

Tomemos dos de ellos:

*"De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte."* (Juan 8:51)

*"...nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio."* (2ª. Timoteo 1:10)

Cuando dejemos de respirar y nuestro corazón dé su último latido, un médico de cabecera habrá de expedir el certificado de nuestra defunción, y se dirá de nosotros que hemos muerto.

No obstante, no es eso lo que Dios dice en Su palabra en cuanto a nosotros Sus redimidos.

Al acercarse el fin de su curso terrenal, Pedro afirmó:

*"...sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado."* (2ª. Pedro 1:14)

Por su parte, Lucas, al finalizar el relato del martirio de Esteban, tras consignar sus últimas palabras, agregó:

*"...y habiendo dicho esto, durmió."* (Los Hechos 7:60)

Igualmente, en 1ª. Corintios 15:6 y 1ª. Tesalonicenses 4:13, 14 y 15 Pablo no emplea el verbo morir, sino en su lugar *dormir*.

Aun antes de consumir Su sacrificio expiatorio en el Calvario, tanto de la fallecida hija de Jairo en Lucas 8:52, como de Lázaro en Juan 11:11, Jesús dijo que dormían.

Esa es la preciosa y emancipadora verdad – la gracia del evangelio ha transformado para nosotros la tan temida muerte en algo muy distinto:- en un plácido dormir, que nos ha de llevar al más dulce despertar que uno se pueda imaginar.

Sin querer internarnos en el escabroso laberinto de la escatología, afirmamos nuestra convicción de que se trata, y se tratará, de un dormir consciente, a la espera de que nuestro ser se vista del nuevo cuerpo espiritual, que será a la vez un cuerpo inmortal, totalmente exento de corrupción. (Ver 1ª. Corintios 15:44 y 53)

Hablando en un plano normal y corriente, ¡qué maravilloso invento del Señor ha sido el sueño!

Como es algo a lo cual estamos tan acostumbrados, no solemos reparar en el milagro que en realidad supone.

Agotados después de una intensa jornada de labor, dejamos de lado toda ocupación y preocupación, y tomamos la posición horizontal en nuestros lechos, desconectándonos de todo lo que nos rodea.

Bien pronto quedamos sumergidos en el mundo del sueño, a veces emitiendo ronquidos de diversa intensidad, y sin que nos demos cuenta de ello, pero que otros que se encuentran despiertos oyen, ya sea para su deleite o desagrado.

Así pasan varias horas, durante las cuales yacemos en un estado de humildad ejemplar. Durante todo ese lapso de tiempo, podrán decir lo que quieran de nosotros, ¡pero ni siquiera nos inquietamos, ni llegamos a pestañar en lo más mínimo!

Por fin, llegado el amanecer y la luz de un nuevo día, a unos muy pronto, a otros tal vez un buen rato más tarde, un maravilloso mecanismo interno nos dice que hemos dormido bastante – que ya no necesitamos

más sueño.

Y así nos despertamos, totalmente despojados del agotamiento anterior, con nuevas fuerzas y bríos, listos para iniciar la nueva jornada.

¿Se te ha ocurrido pensar, querido lector, qué sería de nosotros si el Sapientísimo Creador no hubiese inventado y dispuesto para Sus criaturas esta cosa tan maravillosa, restauradora y renovadora que es el sueño?

Aun cuando no lo hemos gustado todavía, tenemos la firme convicción de que el dormir de que disfrutaremos al terminar nuestra carrera aquí en la tierra, será todo lo bueno y dichoso del buen dormir natural, y aun mucho más. Y, desde luego, llegado su tiempo, nos llevará, como ya hemos dicho, al más dulce y bendito despertar eterno.

Esta verdad es otra parte, magnífica y maravillosa, de nuestra herencia en la plena luz del evangelio de la gracia y la vida eterna.

¡Qué contraste tan grande con un morir sin Dios, sin Cristo y sin esperanza!

### **Nuestra herencia en el más allá.-**

Aunque sin agotar ni mucho menos lo que nos toca en esta vida, insensiblemente nos hemos ido deslizando hacia el más allá.

La iglesia primitiva, por lo que nos indican las Escrituras del Nuevo Testamento, tenía siempre la mirada en la gloriosa esperanza de la vida eterna, más allá de la tumba.

Era una esperanza segura que la animaba y motivaba en su peregrinaje, tanto en los tiempos de tribulación y dificultades, cuanto en los de bendición y paz.

Creemos que esto es algo que, en muchas partes, la iglesia de la actualidad ha perdido, o por lo menos, algo que se ha visto muy disminuido en la apreciación de su verdadero valor.

Tener bien presente en el corazón la dicha que nos espera al terminar la carrera terrenal, no es por cierto algo que nos ha de desvincular del presente, con sus necesidades y desafíos, para centrarnos solamente en el futuro.

Eso sería algo negativo y estéril, excepto para aquéllos que, al acercarse el tiempo de su partida, y faltos ya de energía y salud para trabajar, y tal vez sintiendo los achaques de la vejez, sólo cuentan con la posibilidad de orar y adorar, ya sea en el sillón de la sala, o en el lecho de su habitación.

Para ellos, desde luego que, llegada esa etapa difícil, el poner la mirada en la vida futura y los consuelos y deleites que nos habrá de deparar, ha de ser un bálsamo bendito para sus almas.

Pero hecha esa salvedad, para los demás que seguimos en condiciones de trabajar y servir al Señor con lo mejor de nuestras fuerzas, la esperanza bendita del futuro eterno, abrazada debidamente, no ha de ser algo que nos desvincule del presente y del hoy. Por el contrario, ha de ser una fuerza que nos mueva e impulse con ánimo resuelto y un mayor anhelo, hacia la meta de que nuestro Dios pueda ver cumplido Su más alto propósito en cada una de nuestras vidas.

Al abordar el tema, queremos evitar el entrar demasiado en el terreno de la escatología, el cual resulta más bien escabroso cuando se intenta ubicar puntualmente los principales eventos del futuro, a partir de la 2ª. venida del Señor y en adelante.

Sobre este particular, los grandes estudiosos del tema no están por cierto en completo acuerdo, antes bien, en más de una caso hasta se han llegado a suscitar fuertes polémicas.

Está muy lejos de nuestro ánimo, el querer incluir en esta obra cosas

que puedan derivar en más polémicas o controversias.

Por ello, nos ceñimos a aquello que es indiscutible, y que nadie puede cuestionar, prescindiendo de todo lo que pretenda encasillar dentro de un programa u horario futuro, la forma precisa en que los hechos principales de ese futuro se han de ir desenvolviendo.

### **Las moradas celestiales.-**

*“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”*

*“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”* (Juan 14:2-3)

Estas palabras del Señor van precedidas de la exhortación a los Suyos de que no se turbe su corazón.

Es decir, que son palabras destinadas a traernos seguridad y confianza, y a disipar toda duda, temor o ansiedad.

*“Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho.”*

Él, que es la verdad personificada, de ninguna manera nos habría dejado de decirlo si las cosas fueran de otra forma – es decir, que en la casa de Su Padre hubiera escasez de moradas, y no habría lugar para nosotros.

Al mismo tiempo, tenemos por este pasaje una clara comprensión de una de las dos actividades en que está empeñado Él, el Cristo ascendido y glorificado: la de preparar lugar para nosotros.

El mero hecho del largo tiempo que lleva abocado a ese fin, nos debe dar una idea de lo maravillosas - y por cierto también, muy numerosas – que deben ser esas moradas.

Sin duda, serán algo muy digno y precioso, como todo lo que lleva el sello de Su persona y Su obra.

De paso, digamos que la otra actividad principal de que sabemos, es la de interceder por los Suyos, por medio de la cual los puede salvar completamente, según Hebreos 7:25.

Esta palabra *completamente* abarca toda contingencia y emergencia posible, y tiene, desde luego, como meta final, que podamos terminar nuestra carrera aquí en la tierra airoso y triunfantes, para así poder pasar a disfrutar del inefable bien que nos está preparando en esas moradas eternas.

Un siervo del Señor nos comentaba hace no mucho que, en su opinión, no se nos dice mucho en la Biblia sobre cómo será el más allá, en qué condiciones estaremos, y demás.

Quizá tenga algo de razón en cuanto a detalles y descripciones tangibles. No obstante, creemos y sostenemos que Dios en Su palabra nos ha dicho lo suficiente, es decir, que lo ha puesto en la dosis adecuada y precisa para darnos la necesaria iluminación y comprensión.

Hay muchas cosas que nos podremos preguntar cómo serán, pero Su propósito no ha sido ni es el de satisfacer nuestra curiosidad, por más sana que parezca. Sí se ha encargado, en cambio, de que sepamos en cuanto a esto todo lo que en realidad necesitamos saber.

Tomemos, pues, las principales cosas que se nos dicen en las Escrituras.

#### **1) *Será estar con el Señor, en Su misma presencia.-***

En esto hay una clara diferencia establecida a partir de la muerte y resurrección del Señor Jesús.

En el Antiguo Testamento, los siervos del Señor, al morir – que se definía a veces como *“entrar por el camino de toda la tierra”* (Josué 23:14) – eran unidos o recogidos a su pueblo (ver Génesis 25:8 y 35:29), o bien reunidos

con sus padres, como se nos dice de Jacob en Génesis 49:33.

En el Nuevo Testamento, como ya hemos visto, para los redimidos la muerte se ha transformado en dormir – un dormir consciente y en la presencia del Señor.

*“...pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.”* (2ª. Corintios 5:8)

*“...teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.”* (Filipenses 1:23)

Creemos que, por la resurrección y ascensión de Cristo, al subir a lo alto y llevar cautiva la cautividad (ver Efesios 4:8-10) el Señor trasladó a los santos del Antiguo Testamento a la misma situación y condición en que se encuentran los de la actual dispensación.

También debemos tener en cuenta las palabras de Jesús en Lucas 23:43: *“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”*

El paraíso se menciona en otros dos versículos del Nuevo Testamento, a saber 2ª. Corintios 12:4 y Apocalipsis 2:7.

Por el primero, entendemos que es un lugar en que se pronuncian palabras inefables, que no le es dado al hombre, como ser humano y finito que es, expresar comprensiblemente.

Por el segundo, sabemos que es un lugar en medio del cual está ubicado el árbol de la vida.

Con todo, es la cita de Lucas la que nos hace saber lo que es más importante acerca del paraíso: *es un lugar donde está presente el Señor.*

Nuestra curiosidad natural, y por lo que hemos podido observar, la de muchos otros también, se pregunta a veces: ¿dónde – en qué lugar – está el paraíso?

Y la verdad es que Dios no ha querido satisfacer esa curiosidad, pues no nos ha dado en la Biblia ningún indicio claro y concreto de dónde se encuentra.

Sin embargo, sí nos ha dado a conocer algo que es mucho más importante, y es el hecho maravilloso de que ahí, en el paraíso, está y estará el Señor.

Desde luego que eso nos debe bastar y sobrar, de modo que podamos, con toda satisfacción y calma, dejar de lado cualquier curiosidad en cuanto a la ubicación precisa, y cualquier otro detalle.

- 2) *Será un lugar de consuelo especial* para los que han padecido en el curso de su vida terrenal.

Esto surge claramente de Lucas 16:25, donde se nos hace saber que el mendigo Lázaro, que padeció muchos males en la tierra, está siendo ahora consolado en el seno de Abraham.

De paso, notemos que esto constituye la secuela o consecuencia final de lo que Jesús señaló en Mateo 5:4

*“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”*

- 3) *Un lugar en que no habrá muerte, llanto, clamor ni dolor.* - (Apocalipsis 21:4)

Tanto este punto, como el anterior, deben ser un fortísimo consuelo y aliento a la vez, sobre todo por las palabras finales del versículo citado:-

*“porque las primeras cosas pasaron.”*

El pesar, el dolor, la enfermedad, la angustia y todo lo demás que, de una forma u otra nos ha tocado enfrentar, dejados atrás para siempre, en un adiós definitivo y final.

- 4) *Un lugar de servicio incesante.* -

*“Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.”* (Apocalipsis 7:15)

Al no haber ya enfermedad ni dolor, y con el nuevo cuerpo espiritual con

que estaremos revestidos, en este servicio día y noche no habrá agotamiento, ni cansancio, sino que será un puro deleite, y además, un bendito privilegio.

Habrà en él distintas escalas de autoridad, y de privilegios y honor. Esto se desprende claramente de, entre otros pasajes, el de la paràbola de las diez minas. (Ver Lucas 19:17 y 19)

5) Pastoreados y guiados por el Cordero a fuentes de aguas de vida.-

*“Ya no tendràn hambre ni sed, y el sol no caerà mäs sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que està en medio del trono los pastorearà, y los guiarà a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugarà toda lágrima de los ojos de ellos.”* (Apocalipsis 7:16-17)

Pastoreados y abrevados por Él, ya no volveremos a tener hambre ni sed, es decir que estaremos en un estado de absoluta satisfacción siempre. Se deja librado a nuestra imaginación el concebir y visualizar la forma precisa en que tendrá lugar ese pastoreo, y cómo serán las fuentes de agua de vida a que nos irá guiando.

Seguramente que tanto lo uno como lo otro, cuando lo experimentemos, ha de ser mucho más dichoso y magnífico de lo que jamás hayamos imaginado.

Además, creemos que no será algo que se repetirá continuamente y de la misma forma, sino que habrá escalas progresivas de mayor gracia y grandeza cada vez.

Como broche de oro, al decírse nos que Dios enjugarà toda lágrima de nuestros ojos, entendemos que significa que todo lo triste y doloroso del pasado quedará sepultado en el olvido para siempre, y los malos recuerdos ya no nos afectarán en absoluto - todo será alegría, todo será amor.

6) Dios morando en medio de los Suyos - ya no habrá necesidad de sol ni de luna.

*“...y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.”* (Apocalipsis 21:3)

*“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”* (Apocalipsis 22:5)

El ser humano nunca ha podido ver al Dios invisible, y ello le está vedado mientras se encuentre en su estado actual, como ser mortal y finito. (Ver Juan 1:18 y 1ª. Timoteo 6:16)

No obstante, en ese maravilloso futuro, en el cual, quitado todo vestigio de pecado, estaremos revestidos de inmortalidad (ver 1ª. Corintios 15:53-54) podremos verle y morar a Su lado, sin el menor temor y sin que la conciencia nos acuse para nada.

Desde luego que siempre tendremos un sano temor reverencial de Su persona, y el mismo será para motivarnos a adorarle y servirle en plenitud y en perfección.

Esa maravilla de estar a Su mismo lado continuamente, sin duda sobrepasará también todo lo que podamos imaginar.

También reinaremos con Él por los siglos de los siglos, ejerciendo así la realeza que Él, el Rey de Reyes, nos ha conferido.

El autor se permite intercalar aquí una observación de carácter personal. Durante los 81 años que lleva de vida, nunca ha estado en su ánimo gobernar ni reinar sobre nadie, antes bien, se ha propuesto cultivar el espíritu sumiso y servicial que el Maestro ostentó durante Su vida terrenal. Se pregunta, por lo tanto, de qué forma el Señor habrá de modificar o ajustar su disposición, a fin de que pueda realizar debidamente algo que, durante su vida actual, no ha querido ni intentado hacer, por no ser de su



agrado.

Se trata, seguramente, de una de las muchas incógnitas que se habrán de develar cuando estemos con Él.

*“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.” (Apocalipsis 21:23)*

Como sabemos, en el estado actual de nuestro planeta, la luz solar a menudo se ve disminuida por nubes, y a veces por oscuros nubarrones. Además, el calor del sol muchas veces resulta perjudicial, e incluso puede producir cáncer de la piel y otros males.

La luna, por su parte, en sus distintas fases sólo nos ilumina en forma parcial, y a veces también puede causar trastornos.

Nada de eso habrá entonces. Será una luz que llevará en sí la gloria de Dios y del Cordero; una luz sublime, sumamente benéfica, que nunca nos causará daño alguno. Por el contrario, su fulgor bendito, santo y sagrado, nos rodeará por doquier, como acariciando nuestro ser entero con el más dulce y excelso bien.

7) *Palabras fieles y verdaderas que disipan toda duda.*

*“...Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.” (Apocalipsis 21:5b)*

Habitados como estamos a un mundo en el que impera tanta maldad, corrupción e inmundicia, a nuestra mente tan estrecha le cuesta entender y creer que nos espera algo tan maravilloso, y totalmente exento de dificultades, problemas, enfermedades, lágrimas y dolores.

Por eso – para disipar toda duda que pudiéramos tener – se nos dan estas palabras que nos infunden absoluta certeza y total confianza.

No hay en todo esto nada de utopía ni fantasía. Son todas promesas fieles y verdaderas, avaladas por el carácter del Dios que nos las ha dado, y del cual se nos dice con todo énfasis en Hebreos 6:18, que es imposible que Él mienta.

Una reflexión final:- ¿por qué estas cosas, tan estupendas y maravillosas, y en su mayoría bien conocidas por los creyentes, en general, no provocan el gozo y la expectativa gloriosa que debieran?

Creemos que se debe, en gran parte, a que la gran mayoría está tan absorta en lo tangible y visible de lo terrenal y los afanes de la vida práctica, que han perdido, hasta cierto punto, la capacidad de valorar debidamente la esperanza del siglo venidero, y de gozarse en los deleites que nos aguardan en él a los verdaderos redimidos del Señor.

Que sepamos emanciparnos de esa tendencia tan fuerte, de sólo vivir y pensar en términos de la actualidad terrenal en que nos encontramos. Por el Espíritu Santo cobremos alas para volar por encima de todo ello, y recrearnos y extasiarnos en el magnífico futuro que el Señor nos tiene preparado.

Así, al volver a “poner los pies sobre la tierra”, lo haremos con mayor firmeza y renovados bríos, para poder completar nuestra carrera en plenitud de realización y fruto.

----- ( ) -----

### **CAPÍTULO 13 – Fe que flaqueó y fe que nunca vaciló.**

No hemos perdido el hilo central de contrastes y comparaciones entre

Juan Bautista y Jesucristo, como podría parecer.

Al considerar buena parte de la inmensidad de la herencia de la luz plena, necesariamente hemos tenido que dejar atrás a Juan – aunque transitoriamente – para remontarnos a esferas que van mucho más allá.

Mas ahora retomamos nuestro hilo conductor, para considerar el contraste que marca el título.

En un capítulo anterior ya puntualizamos el efecto que su encarcelamiento le produjo a Juan.

Enterado de los milagros que Jesús estaba haciendo, “...llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, para preguntarle *¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?*” (Lucas 7:18-19)

Como ya dijimos, esto resulta sorprendente. Después de haber recibido la señal inconfundible que le había dado Dios, de que el que él esperaba sería aquél sobre quien vería al Espíritu descender y permanecer; después de cumplirse ante sus propios ojos tan clara señal, y después de haber afirmado ante la multitud presente: “*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo;*” (Juan 1:29) después de todo eso, decimos, mandar a preguntar si era de verdad Él, o había que esperar a otro, nos parece casi increíble.

Sin embargo, no debemos ser demasiado severos en esto, olvidando el efecto deprimente que le debe haber causado, el encontrarse detrás de rejas y sin ver la luz del sol por un buen tiempo.

Recordemos las ocasiones en que, atravesando por fuertes pruebas, nuestra fe no ha sido todo lo firme que debiera haber sido, para así no juzgar, para no ser juzgados, (Mateo 7:1), y ser misericordiosos, para que podamos alcanzar misericordia. (Mateo 5:7)

No obstante, no podemos resistir la tentación de hacer la comparación entre Juan Bautista y el apóstol Pablo.

Considerándose éste el más pequeño de todos los santos, (Efesios 3:8) entra y cuadra perfectamente dentro de lo que Jesús afirmó en Lucas 7:28:

*“...el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.”*

Estando en prisiones por varios años, lejos de titubear o dudar, el pequeño gran siervo de Dios se mantuvo plétórico de fe y confianza, llegando a ser en esa etapa tan difícil de su carrera, el vaso privilegiado por medio del cual Dios nos ha otorgado por sus epístolas, un legado preciosísimo, y de valor tan vital para la iglesia y los santos de todos los tiempos.

En la consideración de las posibles causas que llevaron a Juan a dudar, identificamos las tres más probables.

- 1) Lo ya mencionado del efecto deprimente de estar encarcelado y sin ver la luz del día por un buen tiempo.
- 2) El factor hereditario, derivado de su padre Zacarías, quien dudó al recibir el anuncio del ángel Gabriel, según ya vimos en el primer capítulo.
- 3) El hecho significativo de que era el último eslabón del Antiguo Testamento, el cual estaba basado en hacer o cumplir las obras de la ley, a diferencia del régimen del Nuevo Pacto, en el que nos acogemos por la fe a los beneficios de la obra redentora de Cristo.

Esta última es de índole más bien teológica, bastante discutible, y no tan práctica como las dos primeras.

La segunda causa que hemos puesto – el factor hereditario – es algo que muchas veces se comprueba en el terreno de la experiencia, si bien es justo consignar que a veces se dan excepciones.

Finalmente, yendo en orden inverso, la primera no deja de ser atendible, y debemos ponernos en el lugar de él, encerrado en la lúgubre

cárcel, y no ser tajantes, juzgándolo o menospreciándolo, por no haberse mantenido lleno de fe y confianza, como lo hizo Pablo a través de su prolongado encarcelamiento.

No obstante esto último, debemos tener muy en cuenta lo que se ha dicho más de una vez, acerca de los dos males que Jesús, durante Su ministerio terrenal, fustigó con mayor severidad.

Uno de ellos fue la hipocresía de los fariseos y escribas, y el otro, la incredulidad.

En el caso, por ejemplo, de Pedro cuando intentó andar sobre las aguas, cualquiera de nosotros tal vez habría sido benévolo y complaciente con él, pensando que, en medio de un mar tan embravecido, con las fuertes olas y el recio viento, Pedro no había estado tan mal después de todo. Por lo menos dio unos primeros pasos, mientras que los demás discípulos no se atrevieron, y permanecieron sentados en la barca como meros espectadores.

Sin embargo, al tenderle la mano y asir de él, le dijo con todo énfasis: “... *¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?*” (Mateo 14:31) – lo cual fue, por cierto, una severa reprensión.

Debemos comprender que había una razón muy importante por la cual el Señor fustigó la incredulidad tan severamente.

Aunque lo hemos señalado con cierto detalle en una obra anterior, no está demás que lo volvamos a puntualizar, aunque en forma más condensada.

La incredulidad es en realidad la madre de todo pecado. De Adán y Eva, si bien puede decirse que su primer pecado fue desobedecer a Dios, ahondando un poco, hemos de caer en la cuenta de que esa desobediencia brotó de no creer en lo que Dios les había dicho.

En efecto: seducida por la serpiente, Eva creyó lo que ella le dijo, que, en síntesis, era que Dios no les estaba diciendo la verdad a ella y a su marido, y que les estaba queriendo privar de algo muy bueno. En otras palabras, que Dios era un mentiroso y que les estaba engañando – una blasfemia horrorosa e infernal.

La incredulidad – el pensar que un Dios de absoluta verdad, honor y majestad pueda mentir – entró así en el corazón del hombre y de todo el género humano, como un cáncer maligno y maldito.

En la actualidad, por la presentación del evangelio, Dios nos lleva ahora, por así decirlo, a foja número uno, esto es, al lugar donde estaban Adán y Eva en un principio.

Al poner Él delante de nosotros Su palabra, ella nos presenta una doble opción. Una es la de no creer en ella, como Adán y Eva, y en ese caso quedar hundidos en la oscuridad, sin esperanza alguna, por quedar divorciados por esa incredulidad del único ser que nos puede procurar el bien y la bienaventuranza, tanto en esta vida como en la venidera.

La otra opción es la de dar la espalda a todo lo que nos quiera inducir a la incredulidad, y en cambio, creer de todo corazón en lo que Dios nos dice por Su palabra, para así abrazarla y obedecerla plenamente.

En suma, que Jesús veía con toda claridad, lo que nosotros también debemos ver y entender cabalmente, a saber, que dudar de Dios y Su palabra equivale a alinearnos con la serpiente antigua y engañosa, y que, por el contrario, creer de verdad esa palabra Suya, equivale a unirnos, y reunirnos o religarnos con Dios, al quedar reparado y restaurado el eslabón de la unión con Él, que se rompió en un principio en el jardín del Edén.

Es muy importante que se entienda esto con absoluta claridad, y animamos al lector a leer esta explicación detenidamente y por segunda vez, a fin de absorberla y asimilarla debidamente.

Verá en esto también la razón poderosa por la cual el justo deberá necesariamente vivir por la fe, como se nos recalca en varias Escrituras. De ser por otro camino, el cáncer maligno de la incredulidad quedaría sin curarse, con todas sus terribles consecuencias.

Aquí pasamos, ahora, del aspecto negativo de la fe de Juan el Bautista, que llegó a flaquear, y asimismo de la de Pedro, que también lo hizo, al anverso de la medalla - a la de Jesús, que nunca flaqueó ni vaciló.

Hebreos 12:2 lo presenta como el autor y consumidor de nuestra fe, en el cual debemos fijar los ojos, durante ésta, nuestra carrera terrenal.

Como hemos señalado más de una vez en la exposición oral de la palabra, significativamente en Hebreos la palabra fe como sustantivo aparece treinta y tres veces.

Hemos tomado esto como un indicio numérico, que concuerda desde luego con lo que los cuatro evangelios nos hacen conocer del Señor, a saber, que a todo lo largo de los treinta y tres años de Su vida aquí en la tierra, Él ostentó una fe absoluta y perfecta siempre.

Debemos comprender que, al tomar sobre sí la forma de un ser humano, de carne y hueso como tú y yo, Él también tuvo hambre y sed, fatiga y dolor, y sintió además los rigores del frío y del calor excesivo.

Decimos esto, recordando haber oído hace muchos años a una mujer que no aceptaba la deidad de Cristo, afirmando que, de haber sido Dios, Su vida, sacrificio y ejemplo no habrían tenido mérito alguno.

Su razonamiento era, al parecer, que en ese caso todo lo que hizo y padeció lo habría logrado fácilmente y sin esfuerzo, por ser Dios.

Verdad que Su encarnación no deja de ser un misterio, que no nos es dado por ahora sondear y comprender en toda su amplitud y profundidad.

No obstante, sabiendo a ciencia cierta que Su preexistencia, eternidad y deidad están firmemente establecidas en las Escrituras, también podemos comprender con toda claridad que las mismas se vistieron de la humanidad nuestra, con todas las propensiones del género humano, excepto la del pecado.

El entender esto nos ayudará bastante a valorar más su fe inquebrantable.

Por ejemplo, volvamos al relato que hemos tocado en parte, de la ocasión en que Pedro intentó andar sobre las aguas - (Mateo 14:22-23) - mirándolo ahora desde la perspectiva de Jesús.

El Maestro había tenido una jornada intensa, atendiendo a la gran multitud que le seguía, para la cual había multiplicado los panes y los peces. Tras hacer subir a la barca a Sus discípulos, subió al monte a orar, y esa subida, desde luego que debe haber supuesto un buen esfuerzo físico.

Sin el reposo de unas horas de sueño, llegada la cuarta vigilia, y consciente de que la barca en que estaban los discípulos estaba azotada por las olas, se dispuso a ir en su auxilio.

Tenía por delante el mar embravecido, con un fuerte viento y el vaivén impetuoso de las fuertes olas.

No obstante, con fe indómita y con serena calma, se puso a andar sobre las aguas, sabiendo que era la voluntad del Padre que acudiese a socorrer a los doce.

Él también vio el fuerte viento y las gigantescas olas que lo atemorizaron a Pedro, pero nada de eso hizo la menor mella en Su ánimo y en Su fe. Caminó sobre el mar sin la menor ansiedad ni temor, con absoluto dominio de la situación, y, casi diríamos, con toda naturalidad, como si hubiera sido algo a lo cual estaba habituado a hacer.

Como si fuera poco, ante el grito de "socorro" de Pedro, acudió a Él, y

“apoyado” sobre las aguas, levantó su peso muerto que se estaba hundiendo, a la vez que se mantuvo a sí mismo en pie, firme sobre el turbado mar.

Al ver todo eso, y cómo se calmó el viento al subir los dos a la barca, con toda razón los discípulos vinieron y le adoraron diciendo:

*“Verdaderamente eres Hijo de Dios.”* (Mateo 14:33)

Por cierto que la fe que desplegó en aquella oportunidad fue realmente asombrosa, como para dejarnos boquiabiertos.

Se cuenta que en el mover de Dios en Indonesia, en la década de los sesenta del siglo pasado, en una ocasión varios creyentes tuvieron la misma experiencia de andar sobre las aguas.

En aquella ocasión, fueron comisionados por el Señor para predicar la palabra en un punto situado del otro lado de un río caudaloso, no habiendo ningún puente que permitiera cruzarlo.

Fue así que caminaron sobre las aguas, y se dice que las plantas de sus pies no estaban sobre la misma superficie, sino sumergidas algo así como un centímetro.

También hemos sabido de un informe que consideramos muy fehaciente, que, posteriormente, otros creyentes quisieron hacer lo mismo, pero sin ningún mandato del Señor.

Trágicamente, perecieron ahogados, lo cual no nos extraña, pues sabemos que cuando el poder de Dios se está manifestando de forma abierta y evidente – como sin lugar a dudas lo estaba en Indonesia en ese entonces – resulta muy temerario actuar con presunción, como quien quiere manipular las cosas sagradas de Dios, y jugar con vanagloria con ellas.

Otro caso muy destacado en que rayó a gran altura la fe de Jesús, fue el de la resurrección de Lázaro.

Tenía delante de sí la piedra que cubría la boca de la cueva en que estaba sepultado. Había estado allí por cuatro días, y su cuerpo hedía.

Con toda esa evidencia, que proclamaba que se hallaba ante un imposible absoluto, nos maravilla la serena confianza con que, alzando los ojos a lo alto, pudo decir:

*“Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado.”* (Juan 11:41-42)

Debemos agregar que, desde luego, esa fe de Él siempre operó en función de la voluntad de Dios.

Con Su mente y corazón siempre al unísono con el Padre, Él sabía bien en cada caso lo que era la voluntad del Padre y lo que no lo era.

Cuando se encontraba con algo que sabía que lo era, aun cuando las apariencias le gritasen que era imposible, las enfrentaba con total fe y seguridad y las vencía siempre.

Por otra parte, cuando sabía que algo no era la voluntad o el tiempo señalado por el Padre, no perdía el tiempo y se cuidaba bien de no meterse en ello.

Tal, por ejemplo, el caso del cojo de nacimiento que era puesto para mendigar a la puerta del templo, según se nos narra en Los Hechos 3:1-10.

Como bien se ha dicho, Jesús lo debe haber visto más de una vez, pero, no teniendo ninguna directiva del Padre, no intentó sanarlo. Quizá, hasta tenía entendido que ese milagro el Padre lo tenía reservado para Pedro y Juan después de Pentecostés.

En muchas más ocasiones el Maestro hizo gala de su fe inquebrantable. Las veces en que alimentó a multitudes de varios millares,

multiplicando los panes y los peces que había; la ocasión en que liberó y sanó al muchacho atormentado por un espíritu mudo y sordo, contra el cual los discípulos nada habían podido hacer; otra en la cual el endemoniado gadareno, poseído por una legión de espíritus inmundos, quedó completamente liberado, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su juicio cabal; la resurrección de la hija de doce años del principal de la sinagoga, llamado Jairo; y la del hijo único de la viuda de Naín, no son sino algunos de los muchos milagros maravillosos que Él hizo, por el poder del Espíritu Santo, y merced a Su fe perfecta y absoluta.

No debemos olvidar las palabras finales del evangelio de Juan. Jesús hizo muchas otras cosas no consignadas en las Escrituras, de las cuales Juan dijo que si se escribiesen una por una, pensaba que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. (Se entiende en esto que en aquel entonces no existían los adelantos actuales de la imprenta y demás, y cada cosa se tenía que escribir a mano y en voluminosos libros y pergaminos. (2ª. Timoteo 4:13)

A pesar de la grandeza y maravilla de tantos milagros que hizo, estimamos que Su fe alcanzó la máxima expresión en la muy difícil etapa final de Su vida y ministerio, desde el Getsemaní hasta el Gólgota.

Pero antes de pasar a considerar y escudriñarla, no debemos omitir el hecho muy importante de que Jesús, a la par que fustigó severamente la incredulidad, valoró la fe con mucho beneplácito las pocas veces que se encontró con quienes la tenían en buena medida.

Tal el caso de la mujer cananea que se nos cuenta en Mateo 15:21-28. A pesar de que el Maestro, en un principio, no le respondió palabra ante su clamor por su hija gravemente atormentada por un demonio; a pesar, asimismo, de que los discípulos le instaban a despedirla por las voces que daba tras ellos; y no obstante también, dos respuestas negativas que recibió seguidamente del Señor, ella siguió insistiendo, hasta prorrumpir en las conmovedoras palabras:

*“Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.”* (15:27)

Esto arrancó de Jesús el mayor tributo que Él haya dado a una mujer por su fe:

*“Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.”* (15:28)

Jesús le dio la migaja que ella insistía en pedirle. ¡Y qué migaja!

La otra ocasión que acude a nuestra mente es la del centurión, cuyo siervo estaba enfermo y a punto de morir, relatada en Lucas 7:1-10.

Aparte de amar a la nación de Israel y edificarles una sinagoga, amaba mucho a su siervo enfermo y era muy humilde, considerándose indigno de que Jesús entrase bajo su techo.

Todo esto es muy de tenerse en cuenta, pues la rigidez de la vida y la disciplina militar, por cierto que no se prestan idealmente para que un hombre pueda conservar esas hermosas virtudes.

Sin embargo, éste era una excepción, como lo fue también posteriormente el centurión de la compañía llamada la Italiana, cuya conversión y la de toda su casa se nos cuenta tan minuciosamente en Los Hechos 10.

Al oír Jesús las palabras que le envió a decir el primero de estos dos, en el sentido de que ni era necesario que Él fuese adonde estaba el enfermo – sólo bastaba que Él dijese la palabra - el Maestro se maravilló, y, dirigiéndose a los que le seguían, les dijo:

*“Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.”* (Lucas 7:9)

Notemos de paso, y sin comentarios, la anomalía tan inesperada de que estos dos casos tan destacados eran personas gentiles, no israelitas.

Ahora sí pasamos a esa etapa final y tan difícil de la carrera de Jesús, del Getsemaní hasta el Calvario.

Es una verdad comprobada hasta la enésima potencia, que cuando experimentamos el dolor, la enfermedad, o bien el agotamiento físico, en un plano normal se nos hace muy dificultoso mantener nuestra entereza espiritual, ya sea en términos de la paz interior, la fe, o bien la comunión íntima con el Señor.

En situaciones como éstas, cuando lo logramos, es solamente merced a la gracia divina operando a nuestro favor.

Dicho esto, pasamos a recordar algunos de los sufrimientos y las penurias que nuestro amado Señor tuvo que soportar en ese tramo final, que a veces llamamos la vía dolorosa.

En el jardín del Getsemaní Su alma se entristeció y angustió en gran manera, al punto que les dijo a los tres discípulos que estaban con Él – Pedro, Juan y Santiago – que estaba entristecido *hasta la misma muerte*.

Algunas veces, cuando alguien padece, por ejemplo, de un fuerte dolor de cabeza, se le oye decir: “Tengo un dolor de cabeza que me muero”, lo cual no deja de ser una gran exageración.

Huelga decir que Jesús no estaba exagerando, sino que era precisamente lo que Él decía: la angustia de la carga inmensa que se había despeñado sobre Su alma era tal, que se encontraba al borde de la muerte.

Lucas 22:43-44 nos hace saber que en esa hora suprema *“se le apareció un ángel del cielo para consolarle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.”*

Al igual que otros estudiosos de la Biblia, creemos que Hebreos 5:7 se refiere a esta misma coyuntura. Veamos lo que dice:

*“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.”*

Desde luego que, estando en la cruz, Jesús no oró pidiendo ser librado de la muerte, pues Él sabía muy bien que el morir sacrificado para salvar a la humanidad perdida, era el fin expreso y principal por el cual había venido al mundo.

Dudamos de que haya habido otra ocasión relacionada directamente con el versículo citado. Si la hubo, no está consignada en ninguno de los cuatro evangelios.

Inmediatamente después de esa agonía del Getsemaní, vinieron los principales sacerdotes, los jefes de la guardia y los ancianos, junto con una turba para apresarle. Y de ahí en más fue calumniado, acusado de blasfemia (¡nada menos que Él, el Hijo Eterno de Dios encarnado!), golpeado a puñetazos, azotado, escupido en el rostro y abofeteado e injuriado, todo con el odio infernal más horrible que se pueda concebir.

En este punto nos detenemos, antes de continuar hasta Su crucifixión, para acotar cómo todo eso – y seguramente mucho más que no está en los relatos de los evangelistas – habría sido más que suficiente para que cualquier otro mortal, por estoico que fuese, claudicase y perdiese todo vestigio de fe.

Nada de eso en nuestro maravilloso Jesús. Su fe, y Su seguridad absoluta en el triunfo final, se mantenían intactas.

En la prosecución del relato, los evangelios nos detallan cómo la multitud, instigada por los principales sacerdotes y los ancianos, pidió a gritos que se le crucificase a Él, y se soltase a Barrabás.

Ese rechazo público de Él, después de no haber hecho más que el bien

en todo momento; ese pedir que, en vez, se le diese la libertad a un homicida en preferencia a Él; y luego, salir de la ciudad a la vista de todos, con el dolor de los azotes, puñetazos y bofetadas que había recibido, condenado como un delincuente...

Pero todavía faltaba el ser atravesado por los clavos en Sus manos y Sus pies, y ser levantado en alto sobre la cruz.

Pensemos un poco en lo que ello significaba. Imaginemos que, tomados de una barra, nos suspendemos en el aire, aferrados a ella. Nuestras manos pronto empezarían a sentir el peso de nuestro cuerpo por la fuerza de la gravedad, y a poco tendríamos que pensar en soltar, porque la presión y el dolor se harían bastante intensos.

Para el crucificado era mucho más que eso. Suspendido en la cruz, se trataba de aguantar el peso del cuerpo – 60, 70 u 80 kilos – no con las manos tomadas de una barra, sino en carne viva, atravesada por los clavos en ambas manos y en los pies.

Para más, tengamos en cuenta que, mientras se padece de dolor en una cama, después de una operación quirúrgica, por ejemplo, uno de los medios para obtener algún alivio, aunque sólo sea momentáneo, es el de cambiar de posición.

Nada de eso podían hacer los crucificados, y así lo tenemos, pendiendo inmóvil de esa cruz por unas largas seis horas.

La agonía física, y la moral sobre todo, escapan a nuestra muy limitada comprensión. Pálido, como un espectro de dolor y angustia – Él, que surcaba el espacio de todo el universo con Su divina omnipresencia, reducido a una inmovilidad total sobre el madero; Él, que con su poder y omnipotencia había creado y sustentaba todas las cosas, reducido a la más absoluta impotencia.

Y en medio de ese escenario, las crueles voces de los sacerdotes y escribas que llegaban a sus oídos, cargadas de la ponzoña infernal de Sus burlas e injurias.

Todo esto, y seguramente mucho más, no sólo de la narrado en los evangelios, sino de lo que no se nos narra en ellos, desplomándose con su peso tremendo y aplastante sobre Sus hombros y Su santa persona.

¡Como para pegar un grito desgarrador de angustia y dolor indescriptible, y claudicar “tirando la toalla” por fin!

Pero nada de eso en nuestro admirable Jesús. Sin una sola amenaza, ni recriminación, ni queja, a lo largo de toda esa horrorosa trayectoria final, como titán incomparable e invencible, mantuvo su fe incólume hasta el momento final y supremo, en que pudo exclamar “CONSUMADO ES”, e inclinar Su frente, mientras encomendaba al Padre Su espíritu.

Bien podemos concluir diciendo:

Bendito Jesús, gigante sin igual del amor y de la fe –inúndanos de ese amor Tuyo, y haz que crezca y aumente nuestra fe, de tal manera que podamos ser hombres y mujeres del amor, y de la fe verdadera, como la Tuya. Amén.

----- ( ) -----

#### **CAPÍTULO 14 – La voz que clama en el desierto.-**

Como ya hemos visto, Juan Bautista, al preguntarle los sacerdotes y levitas quién era él, les respondió diciendo:

*“Yo soy la voz de uno que clama en el desierto.”* (Juan 1:23)

De esta manera, él se identificó a sí mismo y su función o cometido, con lo predicho en Isaías 40:3, donde, a las palabras citadas se añade:

*“...Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a*



*nuestro Dios.”*

Muchas veces hemos señalado, y seguramente que otros también lo han hecho, que a veces, casi más que las palabras que se dicen, lo que importa es la voz con que van acompañadas.

En efecto: palabras a las que, objetivamente nada se les puede objetar, al ser pronunciadas con un tono o acento indebido, pueden causar mucho daño.

En el tono o acento indebido puede haber una infusión de enfado, o de reproche, amargura, ironía y muchas cosas más, todas las cuales no harán sino afectar y dañar a quien o a quienes vayan dirigidas.

Afortunadamente, también pueden ir cargadas de bondad, amor, gozo, optimismo, fe, confianza, y muchas virtudes más, las que sin duda contribuirán a que hagan bien a quienes las oigan.

La voz de Juan Bautista, según la profecía que hemos visto, debía ser la de uno que clamaba *en el desierto*, y que, entre otras cosas, debía enderezar calzada *en la soledad*.

Cuando Dios prepara de verdad a un siervo, no solamente forja su carácter. Necesariamente, siempre debe también formar y forjar su voz, y al mismo tiempo, identificarlo con el mensaje que ha de llevar.

De esta forma, habrá de lograr que haya una estrecha unidad y armonía entre el siervo y su carácter, con su mensaje y la voz con que lo ha de proclamar.

Tristemente, hay siervos y mensajeros cuyo carácter y cuya voz, no guardan la relación de unidad y armonía que debieran con el mensaje que propagan.

Resulta por demás significativo, en el caso en que estamos, lo que se nos dice en Lucas 1:80:

*“Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.”*

¡Días, semanas, meses, años enteros, en la soledad de lugares desiertos, prestándose a que Dios le preparase esa voz – la que debía llevar el tono y el acento del desierto y la soledad!

Situémonos imaginariamente en su lugar.

Horas y horas contemplando el entorno que lo rodeaba, sin ver más que tierra seca, polvorienta y desértica, y sin ningún ser humano con el cual comunicarse, en una soledad absoluta.

Por una parte, ese desierto en que estaba sumergido, le estaba dando a su voz, hora a hora y día a día, ese tono que clamaría adecuada e idealmente, en medio del desierto y la gran sequía espiritual del pueblo de Israel, para el cual iba a ser el portavoz del mensaje divino.

Por la otra, esa soledad absoluta en que se encontraba, le habría de mover a comunicarse con el único otro ser que se encontraba allí – el Dios que lo había llamado y lo estaba formando.

De esa forma, con el correr del tiempo, ese mensaje que debía llevar a las multitudes, se iba plasmando lentamente –paulatinamente – pero, también, profundamente en todo su ser.

En otro orden, también vemos el paralelo importante de lo que le estaba sucediendo a él, con la labor que le esperaba: el paralelo de una larga y minuciosa labor preparatoria en su propia vida, para equiparlo idealmente para lo que tendría que hacer más tarde: es decir, preparar el camino del Señor.

Vemos en todo esto la mano diestra y eterna del artífice divino, totalmente exenta de la publicidad, y de lo mecanizado o estereotipado. Por el contrario, a escondidas de las masas y multitudes, con singular pericia y sabiduría, va forjando un vaso singular, sui generis, de algo que nunca volverá a repetir o hacer exactamente igual.

Los principios fundamentales y las líneas directrices, sí que se volverán a dar siempre, pero nunca habrá otro idéntico a Juan Bautista – él quedará por siempre como un vaso particular, de carácter único, al igual que todo otro siervo auténtico del Señor.

Llama poderosamente la atención la forma en que Lucas nos presenta la inauguración del ministerio público de Juan Bautista.

Consecuente con lo que expresó al comienzo del evangelio – “...después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen...” (Lucas 1:3) - pasa a dar una minuciosa constancia de quiénes eran las principales autoridades civiles y religiosas de ese entonces.

*“En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite y Lisaniás tetrarca de Abilinia, y siendo sacerdotes Anás y Caifás...” (Lucas 3:12)*

Y tras el listado de todos esos personajes importantes, agrega las contundentes palabras: “...vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.”

Son los caminos inescrutables de Dios: dejando de lado a todas esas personalidades célebres de aquella hora, cada una de ellas situada en una ciudad o región de importancia, en cambio se dirige al desierto y a la soledad, donde está el hombre que había estado preparando por años y años. Allí le da, por fin, la palabra que ha de hablar al pueblo de Israel en esa hora tan trascendental.

Del desierto y la soledad, Juan pasa repentinamente al escenario público, y multitudes de hombres y mujeres acuden a él para ser bautizados.

No hay el menor indicio de que, desacostumbrado como estaba a conducirse ante las masas, él, que había vivido hasta entonces en la más estricta soledad, se sintiese tímido o cohibido al enfrentar esta nueva coyuntura.

Muy por el contrario, dominando enteramente la situación, hace oír su voz con todo peso y autoridad.

Tal la experiencia de todo siervo genuinamente levantado y comisionado por el Señor. Sin alardes de vanidad, y exento de todo aire de autosuficiencia, abre su boca bien grande para decir lo que Dios le ha hecho saber que debe decir. Lo hace, además, con voz limpia y clara, para que todos puedan oírla bien, y sus palabras se emiten con la voz y el acento que Dios mismo ha ido forjando en él, en la soledad de las horas en que ha estado a solas con el Señor en su vida, en esa labor preparatoria tan vital e imprescindible.

Así, Juan Bautista irrumpe en ese escenario de toda la región contigua al Jordán. Espiritualmente hablando, debido al legalismo y la hipocresía de los religiosos de aquel entonces, y a la superstición y el mal que imperaban por doquier, era un inmenso desierto, seco, polvoriento y muy árido.

Llegada, pues, la hora, con precisión en el reloj divino, la voz de Juan Bautista se hace oír, clamando y clamando en ese desierto espiritual, tal y cual el profeta Isaías lo había predicho unos buenos siglos antes.

En un capítulo anterior ya hemos analizado en algo su predicación, que tenía como punta de lanza y objetivo primario el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados.

Como ya queda dicho, esto tenía como fin una función preparatoria del camino del Señor, Cuyo ministerio público estaba a punto de comenzar.

Más específicamente, esa preparación tenía varios aspectos primordiales, claramente delineados por Isaías en su sorprendente

profecía a que nos hemos referido.

a) "...*Enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.*"

Aparejar una calzada derecha – recta – para un Dios que no puede, de ninguna manera, transitar en lo torcido o tortuoso.

b) "*Todo valle sea alzado.*"

Esos lugares bajos, que en geografía se suelen llamar depresiones, debían ser alzados y puestos a su debido nivel.

c) "...*bájese todo monte y collado.*"

La altivez y altanería debían ser depuestas, para dar paso a una muy necesaria y saludable humillación.

d) "...*y lo torcido se enderece.*"

No sólo debía enderezarse calzada para que el Señor anduviese por ella; las torceduras tan manifiestas del engaño y la trampa de la gente, debían también deponerse y dar lugar en vez a una transparente rectitud.

e) "...*y lo áspero se allane.*"

La aspereza tan propia de la vida en que no hay temor de Dios, debía trocarse en algo liso y llano, para ir en el sentido contrario, es decir, el de lo que las Escrituras definen como el principio de la sabiduría, es decir, el temor del Señor. (Proverbios 1:7)

Todo esto iba a posibilitar que se manifestase la gloria del Señor, con la pronta aparición en el escenario del Mesías prometido y largamente esperado, uno de Cuyos nombres era Emanuel, es decir, Dios con nosotros. (Mateo 1:23)

De los resultados de ese clamor que se hizo oír en semejante desierto, ya hemos visto como el mismo Jesús dio cuenta en Lucas 7:29-30.

"...*y todo el pueblo, y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios bautizándose con el bautismo de Juan.*"

"Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios de sí mismos, no siendo bautizados por Juan."

Muchas veces, en el uso corriente del idioma, hasta el día de hoy se emplea la frase *predicar en el desierto*, con la acepción de proclamar, exhortar o animar a algo – como ser, a una más alta moralidad, honradez, etc. – sin que la gente preste mayor atención ni haga mucho caso.

Esto se hace, derivándose la frase en ese uso corriente, del relato de Juan el Bautista y su predicación, es decir, la voz que clama en el desierto.

Sin embargo, esta derivación resulta inexacta e incorrecta, toda vez que, si bien los fariseos y escribas la desecharon, el pueblo y los mismos publicanos, tenidos por todos como pecadores corruptos, la aceptaron y se sometieron al bautismo de Juan, el cual fue en público y ante muchos testigos.

La forma en que Jesús se refiere, tanto a los unos como a los otros, es particularmente significativa.

Para los fariseos y los escribas, Dios tenía buenos designios si se arrepentían y sometían al bautismo de Juan, pero al negarse a aceptarlo, ellos mismos desecharon esos buenos designios y quedaron así autoexcluidos de la bendición divina.

En cambio, el pueblo y los publicanos al responder afirmativamente, justificaron a Dios, y de hecho pasaron a ser partícipes de los buenos designios y la bendición que Dios tenía para con ellos.

En el curso ulterior de los acontecimientos predominó la misma tónica. Jesús fue resistido y rechazado durante Su ministerio público por los fariseos, escribas y ancianos, mientras que el pueblo, en general, lo alababa y le escuchaba con avidez y atención.

Bien es cierto que, al acercarse la oscura hora de Su crucifixión y muerte, incitada por los principales sacerdotes y ancianos, la multitud pidió que se soltase a Barrabás, y daban voces y gritaba ¡Crucifícale!

¡Crucifícale!

No obstante, después de Su resurrección y a partir del día de Pentecostés, hubo una gran cosecha de almas, no sólo en Jerusalén sino también en la región circunvecina, y posteriormente en toda Galilea, Judea y Samaria.

De todos éstos, que no nos quepa ninguna duda de que muchos habían sido bautizados anteriormente con el bautismo de Juan, y así pasaron de la luz parcial preparatoria, a la luz plena del evangelio de la gracia y la vida eterna.

Esto nos hace ver las cosas desde una perspectiva mucho más amplia y muy favorable por cierto.

Esa voz que clamaba en el desierto no había sido un fracaso, ni mucho menos. Muy por el contrario, había tenido el rol de una labor preparatoria muy importante y, en realidad, imprescindible.

Vista de otra forma, había constituido también una muy buena siembra, de la cual, poco más tarde, el Espíritu Santo, los primeros apóstoles, y, anteriormente, el mismo Jesús, pudieron recoger una excelente cosecha.

Esto nos debe ayudar a sopesar y a discernir los resultados de las labores que se hacen para el reino de Dios, con una mayor madurez y una mejor comprensión.

No es siempre lo que se ve de inmediato, o a breve plazo, lo que da un dictamen certero.

No pocas veces, lo que se forja en la soledad y sin llamar la atención de muchos; lo que, a primera vista, no parece estar rindiendo mucho resultado, pero que, no obstante se ha hecho por designio divino y en fiel obediencia y humildad; eso, con el correr del tiempo y contra las previsiones de la mayoría, produce un fruto genuino y duradero que lo termina por avalar como algo precioso de Dios.

Por otra parte, bendiciones rápidas, con todas las apariencias de grandiosas y gloriosas, no pocas veces, también con el correr del tiempo, se esfuman y dejan secuelas de frustración y fracaso.

En tales casos, el dicho de Jesús – *“muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros”* (Marcos 10:31 – tiene plena y clarísima aplicación.

Concluimos rindiendo un merecido tributo a esa voz de Juan Bautista en el desierto – la voz del hombre que estuvo escondido y a solas la mayor parte de su vida, mientras el Señor le daba el tono y el acento preciso y exacto. Y también la voz del que, después de cumplir fielmente su importante cometido, supo callar y hacerse a un lado, para que, en vez, pudiera oírse otra voz – *la voz sin igual* del Maestro, que a continuación pasamos a comentar.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 15 – La voz sin igual.-**

La fiesta de los tabernáculos, de la cual se nos da cuenta en el séptimo capítulo de Juan, fue una ocasión memorable.

Los principales sacerdotes y los fariseos estaban llenos de celo y de odio contra Jesús.

Sus prédicas, tan huecas y faltas de autoridad por la gran incoherencia de sus vidas y conductas, no atraían la atención ni contaban con la aprobación del pueblo.

En abierto contraste con ello, la gente estaba prendada del Maestro, por Su hablar tan sabio y convincente, por los muchos milagros que hacía,

y por el amor y la bondad con que trataba a quienes acudían con sinceridad a Él, en busca de ayuda o socorro.

Así las cosas, decidieron enviar alguaciles con la consigna de llevarlo preso.

Tal vez ignorando la verdad de lo que estaba pasando, éstos irían pensando y quizá comentando entre sí:

“Debe ser una mala persona para que nos manden prenderlo,” diría uno de ellos.

“Seguramente que debe ser un hombre peligroso,” acotaría el otro.

Llegados al lugar donde la multitud estaba congregada, empiezan a contemplar todo el escenario que tienen por delante, procurando identificar, en medio de tanta gente, al hombre que tenían que llevar preso.

Ése fue, muy probablemente, el momento en que Jesús se puso en pie. Deseando ser oído por todos, espera unos breves momentos hasta que la gente haga silencio. Y ya, sin esperar más, Su rostro lleno de la más serena calma, y dominando totalmente la situación, levanta la voz y con tono solemne, limpio y claro, exclama:

**“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.”**

Un alguacil, mirando al otro, le dice en voz baja:

“Aquí debe haber un error.”

El otro, asintiendo, le responde:

“No puede ser que sea éste el que tenemos que arrestar.”

Así, totalmente desarmados, vuelven con las manos vacías.

Increpados por los sacerdotes y los fariseos – “¿Por qué no le habéis traído? – responden con las contundentes palabras del subtítulo:

**“Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre.”**

¡Que palabras tan precisas y acertadas!

Tanto, que cada verdadero hijo de Dios las puede hacer suyas, con toda propiedad y sin ninguna reserva..

Nadie jamás nos ha hablado como Él; ninguno con la gracia, dulzura y comprensión con que Él lo ha hecho, llegando a nuestros corazones necesitados y a nuestras vidas maltrechas, para transformarlas maravillosamente, y darles un rumbo nuevo, celestial y eterno.

Lo que haremos a continuación en este último capítulo, será tomar algunos de los muchísimos dichos de Su hablar incomparable, para procurar desgranarlos adecuadamente, y extraer y absorber algo de su rica y variada sustancia.

**“Sígueme”** (Lucas 5:27)

Ubiquémonos en el relato. Un cobrador de impuestos, de nombre Leví, pero también reconocido como Mateo, está sentado al banco de los tributos públicos, tal vez ante una cola de contribuyentes.

De repente, ve que pasa Jesús, y dirigiéndose a él, le dice lacónicamente: “Sígueme.”

Sin titubear, ni pedir explicaciones ni más detalles, como ¿Con qué fin? ¿Por cuánto tiempo? ¿En qué condiciones? etc., Leví se incorpora de inmediato, y como nos señala Lucas, dejándolo todo, le sigue. (Lucas 5:28)

Quizá algunos podrían pensar en los serios inconvenientes que esto podría haber provocado en la oficina tributaria. Un empleado que se

marcha de golpe y porrazo, sin dar explicaciones, dejando a la gente plantada y sin ni siquiera reclamar el pago de los haberes que le correspondían hasta entonces.

Podemos estar seguros de que, del dinero cobrado, él no se llevó nada, pues se nos dice enfáticamente: *“dejándolo todo.”*

Por nuestra parte, no creemos que su marcha, tan súbita e imprevista, haya ocasionado serios trastornos.

Llevados por nuestra imaginación, visualizamos al jefe inmediato de Leví, inicialmente contrariado por su repentina desaparición.

No obstante, habiendo comprobado que Leví no se había llevado ningún dinero, reacciona favorablemente, diciéndose para sus adentros:

“Después de todo, aquí nadie es indispensable. En su lugar ya pongo a otro empleado igualmente capaz, y todavía nos queda la ventaja, por su marcha tan apresurada y sin aviso previo, de no tener que pagarle lo que le correspondía en lo que va del mes.”

“Al final de cuentas, el perjudicado es él – no nosotros.”

Así tal vez pensara:- que al marcharse de esa forma, Leví se perjudicaba a sí mismo, sobre todo por no cobrar lo que se le debía.

Ese jefe inmediato poco o nada sabía de lo que en realidad había acontecido. A cambio de esos haberes a los cuales había renunciado, pasaba a ser un depositario más del tesoro más grande que puede tener un ser humano – el maravilloso e incomparable Jesús.

Al mismo tiempo, notemos el impacto impresionante de esa única palabra que pronunció el Maestro.

Para apreciarlo mejor, imaginémonos una situación parecida hoy día, con un cajero en un banco, atendiendo a la clientela.

Supongamos que a alguno se le ocurriese imitar a Jesús, y, pasando por la oficina y dirigiéndose a él, le dijese escuetamente la misma palabra: *“Sígueme.”*

El cajero, intrigado, se diría algo así:

“Ése, ¿qué o quién se piensa que es? Yo, ¿dejar mi trabajo, que me da el sostén para mi esposa e hijos? - para ir tras suyo, y ¿En busca de qué?”

“Ese hombre debe estar loco de remate.”

A diferencia de todo esto, la palabra de Jesús tenía un peso y un atractivo tan especial, que, casi diríamos que para Leví la hizo irresistible.

¡Cuántos de nosotros hemos experimentado lo mismo!

La verdadera gracia y dicha de oír Su voz nos llama a seguir en pos de Él, y saber que no nos podemos negar. Muy por el contrario, con el mayor gusto respondemos, dejando nuestro mundo atrás, para vivir en la gloriosa aventura de estar con Él en una vida nueva, distinta y mucho mejor.

Ahora bien, ahondando un poco, ¿Qué significa seguir a Jesús?

Seguir a alguien, en el sentido más elemental, significa ir en pos de él, seguirle las pisadas, abrazando así el mismo rumbo que él ya ha abrazado.

No obstante, en términos de nuestra fe cristiana, seguir a Jesús significa mucho más.

Es, principalmente, amarle por encima de todo lo demás en la vida. Como fruto de ese amor, brotan a renglón seguido una serie de consecuencias que enumeramos, sin comentarios, y sin ubicarlas necesariamente en el mayor o menor nivel de importancia que cada una de ellas tiene.

Seguir a Jesús, pues, también implica modelar nuestras vidas, tomándole a Él como el ejemplo perfecto.

Seguirle también significa pasar buenos ratos a diario con Él, expresándole nuestro amor y gratitud, presentándole nuestras

necesidades y peticiones, y dejando que Él nos hable, para guiarnos, corregirnos, alentarnos o consolarnos.

Seguirle también es servirle con cariño y devoción; es leer y estudiar asiduamente Su palabra y obedecerla en la vida práctica; es vivir en limpieza y blancura, en total honradez y transparencia, así como vivió Él; es confiar en Él, tanto en las buenas como en las malas, procurando enfrentar estas últimas con resignación, esperanza y buen ánimo.

Es, además, buscar vivir a diario en Su voluntad y no en la nuestra; es anteponer lo espiritual y eterno a lo material y temporal; es saber perseverar en el lugar que Él nos ha asignado dentro de la iglesia, sin buscar cambios o escapatorias en tiempos difíciles.

Es, finalmente, ser testigos fieles de Él, tanto con el hablar de nuestra boca, como en la forma de conducirnos cotidianamente.

Ya vemos, pues, cómo de esa sencilla palabra *sígueme*, por haber sido pronunciada por el Maestro, se desprenden tantas cosas de verdadero interés y de sumo valor.

*“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”*

*“Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.”* (Juan 10:27-29)

Una afirmación categórica, y muy maravillosa por cierto. Aunque ha sido objeto de innumerables predicaciones, y se ha escrito muchísimo sobre ella, no por eso dejamos de dedicarle algunos párrafos.

En contraste con lo lacónico del dicho anterior – sólo una palabra: *sígueme* – aquí tenemos una declaración bastante extensa, y desde luego, muy explícita y llena del más rico contenido.

Para empezar, notemos la definición, clara y precisa, que el Buen Pastor nos da de Sus verdaderas ovejas.

*Oyen mi voz.* - Ya sea a través de la palabra escrita – la Biblia – o bien por Su hablar a nuestra conciencia y corazón en la relación diaria con Él, corrigiendo, reprendiendo, animando y orientándonos, según la ocasión se presente y las circunstancias lo requieran.

¡Cuán bienaventurados somos por poder oír esa voz que siempre nos habla con amor – aun en la reprensión – y para nuestro bien!

*Yo las conozco.* - Como Pablo nos dice con énfasis en 2ª. Timoteo 2:19, *“Conoce el Señor a los que son suyos.”*

Él nos conoce como posesión Suya, como Suyos de verdad. Ya no somos del mundo, del pecado, ni de Satanás. Él nos ha redimido al precio indecible de Su sangre, y hemos pasado a ser propiedad exclusivamente Suya.

Desde el punto de vista nuestro, Él es nuestro Amo y Dueño absoluto. Y esto lo sabemos de verdad, sin ninguna duda.

*Me siguen.* - Él va adelante y nosotros vamos en pos de Él. Sabemos que es el mejor rumbo que podemos tomar en la vida, y, más aun, que no hay otro que podamos tomar – el Suyo es el único para nosotros.

Tras esta definición puntual y precisa, Jesús pasa a afirmar que nos da vida eterna. Al decir *“Yo les doy vida eterna”* en tiempo presente, nos da a entender con toda claridad que es una vida que ya pasamos a poseer. Disfrutamos de ella desde el momento en que la recibimos de Él en el renacimiento espiritual, sin necesidad de esperar hasta el siglo futuro.

A continuación nos hace saber dónde estamos ubicados los que somos Suyos. Geográficamente, podrá ser en un sitio determinado de una ciudad o región; laborablemente, podrá ser en una fábrica, oficina, hospital, escuela u otro lugar de trabajo, y así sucesivamente.

Con todo, espiritualmente hablando, y por encima de todo lo demás, estamos en Su bendita mano – en esa diestra de gran poder, pero que todavía lleva la cicatriz del clavo de Su crucifixión, como emblema de Su amor eterno.

Y como si fuera poco, esa mano se encuentra a su vez envuelta y sostenida por otra mayor aun: la del Padre Omnipotente.

Él es mayor que todos, y no hay nada ni nadie que nos pueda arrebatarnos de Su mano todopoderosa.

Aunque la comparación quizá resulte algo cruda, o más bien materialista, se trata de un seguro contra todo riesgo, de duración ilimitada, pues se extiende más allá de nuestro peregrinaje terrenal, por un derrotero eterno - sin fin.

Lo maravilloso del caso es que no hay que abonar ninguna suma abultada de dinero en concepto de prima – basta el entregarle incondicional y totalmente nuestras vidas, para que Él disponga y se haga cargo de todo lo demás.

En las pólizas de seguros normales y corrientes, uno se debe cuidar mucho de la letra chica, que a menudo consigna cláusulas imprevistas y desfavorables para el asegurado.

Como por ejemplo: En todo reclamo por daños o perjuicios, los primeros 300 euros correrán por cuenta del asegurado.

En tales y tales circunstancias, la aseguradora quedará exenta de toda responsabilidad, recayendo la misma sobre el asegurado.

Bendito sea el Señor, tanto en esta declaración y promesa maravillosa, como en todo Su trato con nosotros, subterfugios y trampas de esa naturaleza, tan corrientes en el mundo en que estamos, no existen para nada; con Él todo es limpio, claro y totalmente justo y recto.

Eso sí, cerciorémonos de que en verdad entramos debida y satisfactoriamente dentro de Su definición de Sus verdaderas ovejas. Así, podremos disfrutar del reposo, la seguridad y la dicha que nos da ésta, que es una de Sus más maravillosas afirmaciones y promesas.

*“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”* (Juan 8:36)

La palabra libre a veces se usa, al decir, por ejemplo, que uno es una persona libre, en el sentido de alguien que no es tímido, sino bastante expresivo, comunicativo, o también extrovertido; todo eso a diferencia de aquél que es reservado, parco en el hablar, o más bien tímido.

Sin embargo, debajo de esa apariencia interna de libertad, a veces puede yacer un estado o una condición que en realidad es todo lo contrario, y que se está tratando de ocultar, consciente o inconscientemente, con esa apariencia.

Al usar los términos *libre* y *libertad*, Jesús no estaba orientado en ese sentido, sino en uno muy distinto, claramente señalado por el versículo 34 del mismo pasaje:

*“Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado.”*

Es decir, que no se estaba refiriendo a un estado de ánimo o psicológico de una persona, sino a estar o quedar liberado de ese flagelo que ha azotado al ser humano desde la caída de nuestros primeros padres, Adán y Eva: el pecado.

El tiempo de verbo que emplea en el original griego al decir *“todo aquél que hace pecado”* es el presente continuo, que denota siempre una acción habitual y continuada.

La comprensión clara y precisa que Él tenía de la gravedad de esa condición, queda puntualizada con toda evidencia por lo que agrega



inmediatamente después: quien se encuentra en ese estado de pecar a diario y en forma continuada, es en realidad un esclavo del pecado.

Sin embargo, no dejó las cosas en eso, sino que señaló, por una parte “...*conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*” (versículo 32) y por la otra “...*si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.*” (Ver versículo 36)

Notemos la importancia que Él en esto le dio a *la verdad*. Se trata de conocer *la verdad*. No dijo conocer *el amor, el gozo o la paz*, bien que éstas son virtudes muy valiosas y encomiables.

No obstante, en este terreno de ser liberados de la esclavitud del pecado, la verdad es la virtud cardinal que tiene el rol prioritario.

¿Por qué?

Porque toda esclavitud del pecado, aun con su gran multiplicidad de manifestaciones y ramificaciones, tiene latente en sí la raíz de la mentira.

El pecado nació de la serpiente, el diablo, a quien Jesús, con sobrado acierto lo llamó *el padre de mentira*.” (Juan 8:44b) y al ceder ante la tentación, Eva lo hizo seducida y engañada por una mentira.

Esa mentira, aceptada también tácitamente por Adán, entró así en el género humano, y, como ya dijimos, sigue latente de una forma u otra en todas las expresiones y ramificaciones del pecado.

Debemos comprender, como algo absolutamente lógico e incuestionable, que el único verdadero antídoto y remedio de la mentira es el polo opuesto de la verdad.

De la persona de Dios, se nos dice en Hebreos 6:18 que es imposible que Él mienta. Jesucristo, por Su parte, es la verdad personificada (Juan 14:6), y del Espíritu Santo, Él dijo que es el *Espíritu de Verdad*, que nos ha de guiar a toda la verdad. (Juan 16:13)

Conocer al Dios Trino, de pura y absoluta verdad, es pues la única forma de alcanzar ese dichoso estado de ser liberado de la esclavitud del pecado.

No obstante, para que eso se cristalice, es menester que uno también conozca la verdad en cuanto a sí mismo – es decir, su condición pecaminosa y su absoluta impotencia para superarla, librado a sus propios recursos.

Esto lo ha de conducir, como resultado de una búsqueda real y sincera, a echar mano de los medios que el Dios de verdad ha dispuesto a favor de todos nosotros, los necesitados.

Los principales son:

- 1) La obra redentora de Cristo en el Calvario, en la que se llevó el castigo de nuestros pecados, y en la cual también nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él. (Romanos 6:6)
- 2) El poder purificador y santificador de la sangre de Jesucristo, vertida también en el Calvario, y rociada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (Hebreos 12:24 y 1ª. Pedro 1:2)
- 3) La palabra de Dios, que es la palabra de verdad del evangelio pleno de nuestra salvación. (Efesios 1:13)
- 4) La obra vivificadora del Espíritu Santo, por medio de la cual hacemos morir las obras de la carne. (Romanos 8:13)

Jesucristo no dijo “*seréis relativamente, o bastante o mayormente libres*”, sino con todo énfasis y en el tono más positivo “*seréis verdaderamente libres.*”

Con esto, no quiso decir que alcanzaremos en nuestra condición de hombres y mujeres de carne y hueso un grado de perfección final y absoluta, y de estar totalmente exentos de faltas y pecados todo el resto de la vida.

Lo que con toda seguridad quiso decir, es que el pecado, como una

constante que esclaviza y denigra, ya dejará de ser y funcionar en nuestra vida, de modo tal que podamos vivir de blanco y en libertad y dignidad delante de Dios y de los hombres.

Ésta es una gracia bendita – un don superlativo e inefable, que nos permite cobrar alas, por el Santo Espíritu, y remontarnos a alturas de paz y comunión con nuestro Dios y Padre, viviendo así en un nivel distinto y muy superior.

En definitiva, un algo muy precioso, que el hablar de Su voz incomparable ha puesto a nuestro alcance, y como una meta muy digna y maravillosa.

Que cada lector pueda buscarla con verdadero ahínco, y también alcanzarla y disfrutar de ella plenamente.

*“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”* (Juan 14:2-3)

Como ya hemos señalado anteriormente, en más de una oportunidad nos hemos preguntado por qué, en términos generales, en la iglesia de hoy en día, y en particular en la del mundo occidental en su parte próspera, la visión de la gloria futura en el más allá, no parece ocupar el lugar de importancia que indudablemente tenía en la iglesia primitiva.

Creemos que la principal razón ha de ser que, mientras esta última a menudo padecía persecución y no abundaba en riquezas o bienes temporales, lo contrario sucede con la iglesia de la actualidad en nuestro entorno occidental.

Huelga decir que la comodidad y la abundancia con frecuencia conspiran contra la salud y pujanza espiritual, y tienden a afincarnos y absorbernos en lo terrenal y no en lo celestial.

Leyendo y estudiando las epístolas paulinas, se alcanzan algunas conclusiones en cuanto a la disposición de Pablo sobre este tema.

Si bien la segunda venida de Cristo ocupa un lugar importante en muchas de sus epístolas, su deseo personal de marchar y estar con el Señor para siempre, recién comienza a insinuarse en la carta a los Romanos (ver 8:23) y en 2ª. Corintios (ver 5:1-4). Ambas fueron escritas después de haber efectuado lo que consideramos la obra magna de su ministerio, durante los tres años en que estuvo en Éfeso.

Allí pudo ver al Señor levantar a través suyo una obra poderosa y ejemplar, que se extendió a la mayor parte de la zona que en aquel entonces se conocía como Asia.

Posteriormente, estando preso en Roma, ese deseo se hace más evidente, en pasajes tales como Filipenses 1:23 y sobre todo en 2ª. Timoteo 4:6-8, cuando ya está cerca de su partida.

Nos parece correcto deducir de todo esto que, inicialmente, y hasta el fin de su tercer viaje misionero, su anhelo grande de cumplir la gran labor a que había sido llamado, lo absorbía plenamente, y su enfoque y visión se concentraban mayormente en ella, aunque sin perder de vista ni mucho menos la esperanza de la vida venidera.

Posteriormente, a medida que se acercaba al fin de su carrera, y habiendo casi completado el servicio que le fue encomendado, su visión del futuro eterno con el Señor iba en aumento, aunque sin perder de vista tampoco aquello en que todavía pudiera aportar, tanto para el bien de las iglesias como el de sus consiervos.

Opinamos que, en líneas generales, así es como debe ser la experiencia del verdadero siervo del Señor:- un aumento gradual y progresivo de la visión del siglo futuro, a medida que el propósito de Dios

para su vida se vaya desarrollando y acercando a su fin.

En cuanto al pasaje de Juan 14 que hemos citado al principio de esta sección, creemos que en algunos sentidos es el más explícito y entrañable que tenemos sobre el tema.

Por el mismo, como también ya hemos puntualizado anteriormente, entendemos que preparar lugar para nosotros, junto con Su ministerio de intercesión a favor nuestro (ver Hebreos 7:25) es la labor prioritaria que Jesucristo ha estado llevando a cabo por ya casi veinte siglos.

Eso en sí – lo volvemos a señalar - nos debe hacer pensar cuán hermosas y maravillosas han de ser esas moradas que nos aguardan – el resultado de una larga y esmerada labor preparatoria.

Y nos entenece el corazón pensar también en Su promesa de venir otra vez *para tomarnos para sí mismo, para que donde Él esté, en ese lugar tan sublime y de gloria sin par – nosotros también estemos*. Es como decir que para Él el cielo no estaría completo sin nosotros, ¡tal es la profundidad del amor con que nos ama!

Como ya hemos visto, en ese lugar ya no habrá tristeza, llanto, dolor ni enfermedad; tampoco habrá pecado en ninguna de sus manifestaciones. Esto resulta maravilloso y casi difícil de concebir y asimilar plenamente, dado lo habituados que estamos a vivir en un mundo en el cual todo eso prolifera por doquier.

Será una dicha indecible, sólo superada por la aun mayor de que allí estaremos continuamente en la presencia del Señor, conociendo en plenitud, como hemos sido conocidos.

Lo veremos cara a cara, le serviremos en un nivel mucho más elevado y perfecto; entenderemos el por qué de muchas cosas que actualmente están más allá de nuestra comprensión; nos guiará a fuentes de aguas de vida, en las cuales iremos descubriendo alturas y sondeando profundidades cada vez mayores de Su gracia, sabiduría, amor y poder.

En fin, todo lo que podamos imaginar de felicidad, amor y gloria lo encontraremos allí, ¡y mucho más también!

Y es nuestro amado Señor Jesús – y ningún otro – que nos ha podido, con la voz de Su hablar incomparable, impartir una esperanza tan bendita y gloriosa.

Así llegamos, pues, al fin de nuestro estudio de los contrastes y las comparaciones entre Juan Bautista y nuestro Señor Jesús.

A lo largo de su desarrollo, hemos visto reflejado en muchas maneras lo que pusimos al principio:

*De lo malo a lo bueno; de lo bueno a lo mejor; y de lo mejor, a lo óptimo.*

Y hemos llegado en nuestra parte final a lo óptimo por excelencia - si cabe tal expresión - que nos aguarda en la eternidad futura.

Empero, por ahora seguimos en nuestra carrera y peregrinaje terrenal.

Que tú, cara lectora, y también tú, querido lector, os sintáis motivados a superaros más y más, para así pasar también en vuestra vida, escalonadamente, de lo malo a lo bueno; de lo bueno a lo mejor, y de allí a lo óptimo.

¡Qué bueno pensar que, con el Señor, nunca habrá fronteras que nos limiten!

Arriba, pues, ese corazón; cobra renovados bríos y ánimo, y sigue ascendiendo en la gloriosa carrera y batalla de la fe.

----- ( ) -----

PARA PONER EN LA CONTRAPORTADA

En este libro se tratan muchas de las importantes verdades de la vida cristiana, a través de un prisma singular, y por un camino tal vez muy poco transitado por otros.

Desde un principio, capítulo tras capítulo, se toman la vida de Juan el Bautista y la del Señor Jesucristo, estableciendo una serie de comparaciones y contrastes entre ambos.

Del primero, Jesucristo dijo que, de entre los que nacen de mujer, no se ha levantado otro mayor que él, tras lo cual agregó la sorprendente afirmación de que el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él.

Su breve trayectoria está jalonada por importantes eventos, desde antes de su nacimiento hasta su martirio, al ser decapitado por orden del rey Herodes.

Dentro de la inagotable gama y riqueza de las Escrituras, se descubre aquí una faceta más, que posiblemente haya pasado desapercibida para muchos.

La misma consiste en el rico caudal de inspiración y enseñanza, de muchas de las grandes verdades y principios de la vida espiritual, a través de esas comparaciones y contrastes, que se van fijando escalonadamente a lo largo de la obra.

Por una parte, van apareciendo virtudes encomiables de Juan Bautista, junto con algún fallo que tuvo; por la otra, como un peldaño ascendente y un desafío para cada uno de nosotros, se contraponen las virtudes más excelentes y el camino más alto, totalmente exento de fallos y claudicaciones, del varón perfecto, Jesús de Nazaret.

De esta manera, la trama de comparaciones y contrastes, presentada de forma amena y original, va dando al lector un abundante caudal de inspiración y enseñanza de verdades cardinales.

Varias de ellas apuntan hacia la superioridad del Nuevo Pacto, sellado con la sangre de Cristo, sobre el régimen antiguo del Viejo Testamento. Esto constituye, sin duda, un aspecto muy importante, que favorece la formación de creyentes sólidamente arraigados en la verdad presente del evangelio pleno de la gracia divina.

Además de todo ello, algunos dichos no fáciles de comprender, y que para algunos pueden representar un enigma o plantear interrogantes, se explican en su verdadero sentido y alcance, aclarándolos satisfactoriamente, con el consiguiente provecho y enriquecimiento.

En fin, se trata de un libro breve, pero con cada página salpicada de suculentas ideas y verdades, todas ellas limpiamente trazadas sobre la base de las Sagradas Escrituras. El lector ávido de aprender y progresar, encontrará en esta obra abundante material para ese fin, y hará bien en dar a cada capítulo una lectura detenida y esmerada.

----- ( ) -----

### **PARA PONER EN LA SOLAPA IZQUIERDA**

De una forma amena, y más que inusual, totalmente original, en este libro se va tratando uno a uno numerosos principios y verdades de la vida cristiana, todos ellos eminentemente prácticos y de relevante importancia.

No hay aquí el estilo típico de tratados sistemáticos de teología, con encabezamientos ordenados de los diferentes puntos, con sus respectivas divisiones y subdivisiones.

En cambio, brotando de las narraciones de los eventos según constan en los cuatro evangelios, se van presentando de una manera viva y muy legible, que hace que no bien se termine un capítulo se desee pasar al siguiente.

El hilo conductor consiste en una serie abundante de comparaciones, diferencias y contrastes entre Juan Bautista y Jesucristo, en una trama impregnada de cosas que, además de sabrosas y succulentas, son también prácticas y provechosas.

Muchas de ellas, el lector las encontrará tan útiles e importantes, que querrá releerlas para asimilarlas mejor.